

68



EL SURCO

LIBRO de LECTURA

por Hector Pedro Blumberg

ANGEL ESTRADA y CIA EDITORES

Bolivar 466 Buenos Aires

LL
1926
BLO

a^c 4
68



00025816

SA 34-2



Dupl del
Nº 26282

El Surco

LIBRO DE LECTURA

POR

HECTOR PEDRO BLOMBERG

NOVENA EDICIÓN

*O.R.
C. N. de E.
Exp. 2852-B/9/2
año 1935*



"ANGEL ESTRADA y Cía."

TOMAS E. de ESTRADA

466, Bolívar, 466 — Buenos Aires

Es propiedad de los Editores,
quienes la ponen bajo el amparo
de las Leyes N.ºs 7092 y 9510.



DEL MISMO AUTOR:

PENSAMIENTO. Libro de lectura para tercer grado.

EL SEMBRADOR. Libro de lectura para cuarto grado.

El juco - 5º gr?

PRÓLOGO

Con el presente volumen, escrito durante el invierno de 1926, y que entrego al juicio de los señores maestros y las autoridades escolares de la República, completo la serie de libros de lectura que comencé en marzo de 1925 con "Pensamiento" y continué con "El Sembrador" en septiembre del mismo año.

Nada más grato para un escritor recién incorporado a las actividades didácticas que el éxito inmediato y nacional de aquellos dos libros con que se iniciaba en la literatura pedagógica. Para no repetir lo que exponía en los prefacios respectivos, sólo agregaré que en "El Surco" he perseguido el método que adopté, especialmente en "El Sembrador", dándole un sabor nacional y americano.

El amor a la Naturaleza en sus diversas manifestaciones, el culto del sentimiento patrio en lo que tiene de más profundo y puro, la exposición simplificada de los grandes principios e hipótesis de la ciencia, la poesía histórica y descriptiva, los ejemplos de la moral práctica, han sido tenidos en cuenta al escribirse este libro, por cuyas páginas desfilan los héroes de los grandes poemas de la Humanidad.

Al incorporar nuevos elementos educativos en el tercer volumen de mi serie escolar, he tenido también en cuenta, no sólo la formación del gusto literario del alumno, sino igualmente la cultura del maestro, a cuyas manos confío esta nueva obra con la convicción, probada ya, que su inteligencia y su pericia subsanarán las posibles deficiencias de la misma, y la ayudará en su noble misión de iluminar las inteligencias infantiles.

Héctor Pedro Blomberg.

Septiembre de 1926.

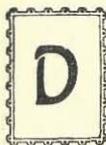
EL SURCO



LIBRO DE LECTURA



Los libros.



DE todos los privilegios que disfrutamos en este siglo, el que más debemos agradecer es la facilidad de obtener libros.

« Son los maestros que nos instruyen sin férulas y sin imposiciones, sin cólera y sin molestia », escribía un obispo inglés en el siglo XV. Si uno se acerca a ellos, están despiertos esperándonos; si se les interroga, todo lo contestan; si se es ignorante, ellos no se burlan de la ignorancia de los hombres. La biblioteca del saber es la más preciosa de las riquezas.

Petrarca, el poeta, escribía: « Tengo unos amigos cuya sociedad prefiero a la de muchos; son de todos los países y de todos los tiempos. Nunca me dan trabajo. Contestan a todas mis preguntas. Unos me cuentan los acontecimientos de las pasadas edades; otros me revelan los secretos de la Naturaleza; algunos me enseñan a vivir, y otros, cómo debo morir. Unos distraen mi angustia o mi pesadumbre, mientras que otros llenan mi espíritu de fortaleza. Me abren todos los caminos del arte y de la ciencia, y no me piden nada en cambio ».

« Imaginad — dice otro escritor célebre — que estuviera en nuestro poder evocar los espíritus de los hombres más grandes y más sabios que hayan existido, y obligarlos a conversar con nosotros de lo que saben... Este poder está en los libros ».

Carlyle ha dicho que una colección de libros es una verdadera universidad, y según un proverbio árabe, « la tinta

de la ciencia es más preciosa que la sangre de los mártires ».

Cicerón afirmaba que una habitación sin libros es un cuerpo sin alma.

Y leer, en realidad, no significa el esfuerzo de estudiar. Otro escritor famoso asegura que la literatura de poesía y emoción es la más necesaria en la vida cotidiana.

Con unos cuantos libros, podemos quedarnos en nuestras casas, y al mismo tiempo viajar por toda la tierra, con los grandes exploradores y descubridores, que nos muestran y explican los misterios de la Naturaleza; con Humboldt y Herschell, que nos conducirán más allá de los astros; el mundo mismo no tiene límites para nosotros. La historia se extiende detrás de nosotros; la geología nos hará retroceder millones de años antes de la creación del hombre hasta los orígenes de la materia universal misma.

El torrente de luz que sale de los libros silenciosos iluminará todas las sombras y despejará todas las dudas del espíritu humano.

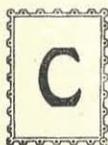
Y estos tesoros están al alcance de todos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, grandes y pequeños.

El libro es la llave de oro que abre la silenciosa puerta del saber. En cada biblioteca podemos leer las historias más importantes, los relatos más interesantes de viajes y aventuras, los poemas más hermosos; podemos encontrarnos con los grandes poetas, filósofos, sabios, estadistas, alcanzar las ideas de los grandes pensadores y disfrutar de las creaciones más sublimes del genio humano.



Canto de las Provincias Unidas.

I



AMPOS de promisión, llanuras de oro
Que iluminaba el cántico de Mayo
Con resplandor de amanecer sonoro;
Música del pampero en los trigales...
¡Buenos Aires, la madre de los libres,
La que cantó primero el «Oid, mortales»!

II

¡Oh verdes selvas y cuchillas solas
Donde el León de Montiel alzó en su lanza
Las blancas y celestes banderolas,

Y exclamó « Libertad, hermanos míos » !
Tú alumbraste la noche de veinte años,
Hueste libertadora de Entre Ríos.

III

Gaboto, al amarrar en tus riberas,
Y Garay en tus límpidas corrientes
Contemplaban las horas venideras :
Vefan tus trigales y ciudades,
Tierra de Santa Fe y santa esperanza
En la ardiente visión de las edades !

IV

Tres siglos resonaron tus campanas,
Y en el alma de hierro de tus héroes
Despertaba el cantar de los mañanas.
¡Córdoba de los sueños seculares,
Que vió llegar la Libertad, cantando
Con el eco de bronce de sus lares !

V

Fué en el templo del bosque tucumano
Donde se hiciera realidad un día
El sueño milagroso de Belgrano ;

¡Oh verde monte, musical montaña,
Que guardaron, envueltas en sus soles,
Cada sueño de gloria y cada hazaña!

VI

El Cristo de los Andes bendecía
Los viñedos, los campos, las ciudades,
Y Mendoza soñaba todavía
Con la errante legión libertadora,
Cuando clareó en la sangre de sus viñas
El resplandor de la sagrada aurora.

VII

¡Oh San Juan...! ¿No fué aquí, do el cóndor vuela,
Y sollozan los vientos de los Andes,
Que abrió Sarmiento la primera escuela?
¿No fué aquí, entre sus tímidos pequeños,
Que el titán luminoso de la Patria
Soñó, enseñando, sus primeros sueños?

VIII

¡Salta! Aun se yerguen en la azul frontera
Las sombras del caudillo y de sus gauchos:
Es la inmortalidad que los espera.

Están de pie en la ensangrentada Historia,
Y los vientos que besan tus montañas
Aun nos dicen el himno de su gloria.

IX

Escuchad esos cánticos ardientes
Que en sus boscajes y sus ríos canta
La indomable y romántica Corrientes...

Bajo el fuego del trópico, tenía
La fe de los antiguos paladines,
Y al sentirla, tembló la Tiranía!

X

Tierra riojana, dulce Catamarca,
Ya no se oyen los pasos de Facundo:
Hoy es la Libertad en tu comarca;
El indio duerme en las oscuras minas,
Y en el silencio de los viejos valles
Canta un sueño de glorias argentinas.

XI

Dulce voz de guitarras santiagueñas
Cantando las vidalas de la gloria...
¿Allá en el fondo de tus bosques sueñas

Con el ayer, Santiago del Estero?
Jujuy te oía, y en su quena triste
Hay música de ensueño y de entrevero.

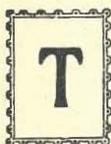
XII

¡Santa canción de las provincias más,
Santa canción de las hermanas libres
Bajo el gran cielo de los claros días:
Lanzad vuestra canción libertadora
A los vientos del mundo y de la Vida,
Pueblos en marcha hacia la eterna aurora!

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG



La carreta.



TOSCA, primitiva, cubierta por las plantas parásitas, yacía la carreta, perdida en una picada antigua, abierta a golpes de hacha en el corazón de la selva. Una punta del eje roto se clavaba en la tierra, junto a la rueda desprendida. El largo pértigo labrado caía sobre el descarnado esqueleto de uno de los bueyes de tiro.

La espesura de la selva amparó la carreta contra los estragos de la intemperie, pero la entregó indefensa a las alimañas y a las recias ramas de los « isipó », que la envolvían en el estrecho abrazo de sus tentáculos vivientes.

Escurríanse las lagartijas entre los rayos de las ruedas; las avispas suspendieron sus camoatís en un ángulo del alero, y las hormigas recorrieron el pértigo en innumerables procesiones. Legiones de reptiles y de insectos rondaban en torno de la carreta abandonada, dejando sus huellas en la madera muerta.

Con el andar del tiempo se disipó la curiosidad inquieta de los « carayás », los monos pequeños, que ya se aproximaban, profiriendo agudos chillidos, a observar el vehículo tumbado.

Uno de los bueyes, mordido por una víbora, murió unido al yugo. Su compañero, inmóvil, aplastado por trágica pesadumbre, le sintió morir, y dos días más tarde, también cerró los ojos mansos, claros, y agonizó de hambre, de sed y de tristeza. Los necróforos de la selva limpiaron sus gigantescos esqueletos.

La carreta, llena de reliquias y de recuerdos, había sido abandonada por los que marchaban hacia el Aquidaban, siguiendo al ejército en su retirada.

Sus tablas de cedro, su techo de cuero, albergaron amores e inquietudes, dolores y alegrías en sus travesías largas y lentas a través de los montes y los valles.

Llevó una vez el viático al rancho de un moribundo. Al regreso, la carreta, que fué hogar errante, tálamo y cuna, trajo por entre las selvas, llenas de voces y de vida, el ataúd de un pobre.

¡Qué fiesta era para los niños cada viaje por las picadas misteriosas, sumidas en la penumbra, sonora con el canto de los pájaros, el chillido de los monos y el silbar de las víboras fugitivas!

Luego, el paso de los riachos, que humedecían el cedro de la carreta con su agua azul.

El lamento monótono, interminable, de las enormes ruedas era un rumor familiar, una promesa de novedades, para los rancheríos lejanos, para las alquerías solitarias.

Ahora estaba tumbada allí, abandonada y triste. Sólo habitaban espectros, invisibles y fugaces sombras, la carreta que anduvo por todos los caminos de la República, al paso lento de los bueyes, crujiendo en las picadas.

Un día la puerta carcomida cayó hecha polvo. Los ojos curiosos de los carayás vieron los tesoros humildes de la familia desaparecida en la guerra: el apero chapeado de plata, el cofre de trébol claveteado de bronce, la escasa vajilla de plata del Perú, un puñado de monedas de oro...

Y en el fondo del cofre, entre papeles y cartas amarillentas, una trenza de mujer, reliquia de una muerta misteriosa, de un amor desvanecido en el horror de las batallas

El pequeño payaguá.



A canoa, cargada de cañas de tacuara, encalló en costa baja y arenosa. Dos peones saltaron a tierra. Eran de una estancia vecina.

Apenas pisaron tierra, el llanto quejumbroso de un niño hirió sus oídos. Pusiéronse a buscar entre las plantas acuáticas que se amontonaban al pie de la barranca. Allí encontraron a un niño de pocos meses, un diminuto y horrible Moisés indio. Se lo llevaron a la estancia, tendido sobre un haz de tacuaras, una tosca y pequeña camilla, que colocaron sobre un carro abierto tirado por dos bueyes.

Allí lo dejara, largas horas antes, la tribu payaguá que llegara a esa ribera del Paraguay a celebrar una de sus orgías de alcohol periódicas.

El indiecito fué enviado por la dueña de la estancia, una señora de Asunción, a la servidumbre. Era el día de San Romualdo, y se le dió ese nombre, abreviado, según la costumbre guaraní, hasta convertirlo en Romú.

Allí creció Romú, entre la indiferencia bondadosa de los hombres y las mujeres, vigoroso, tranquilo, grotescamente feo. Ninguna de las mujeres que criaban quiso amamantarlo, porque decían que tenía « olor a indio », y el niño tuvo por nodriza una cabra.

Bajo, rechoncho, de cabeza abultada, con los pómulos salientes y la piel del color del tabaco, era un verdadero payaguá, un descendiente puro de la raza famosa de las selvas.

Adherfase el pequeño a todos los grupos que iban a pescar, a cazar, a carnear o a labrar la tierra. Cuando caían las lluvias, se quedaba en los galpones o en los ranchos, y allí veía cocinar, pisar el maíz, tejer la paja y el mimbre.

Andaba desnudo siempre. Arrojava los trapos que le ponían las mujeres, y era silencioso, taciturno, pacífico.

Romú cumplió siete años. Era ya un indiecito barrigón, fuerte como un puma y más horrible que nunca.

Un día desapareció de la estancia. Se le llamó y se le buscó en vano durante muchos días. Después todos le olvidaron.

Tres meses más tarde, unos peones que habían ido a cortar cañas en una isla del centro del río encontraron a Romú en la costa opuesta, frente al Chaco. Estaba pescando tranquilamente. Tenía su honda de cuero de carpincho. un cuchillito que llevara de la estancia y un aparejo de pescar. Con estas herramientas y armas, el Robinson Crusoe de siete años había vivido tranquilo, procurándose su alimento, defendiéndose de las víboras, en una isla del río Paraguay durante tres meses.

El río y el monte eran su despensa; cruzaba a nado la corriente para ir al monte en busca de huevos, frutas, miel y perdices que llevaba atados al cuello, dentro de calabazas vaciadas y secadas al sol.

Los sauces le servían de techo y atalaya; desde lo alto del ramaje veía pasar los buques blancos, las barcazas y las canoas que arrastraba la corriente.

Un pontonero que pasaba por allí periódicamente lo invitó a irse con él, río abajo, pero el pequeño payaguá rehusó el ofrecimiento. Negóse también a regresar a la estancia, donde nunca le faltó nada.

Al partir de aquélla, se apropió una piragüita que encalló en una punta de la isla; la calafateó con paja, limo y resina, y se dispuso a realizar sus incursiones a lo largo del río natal, cuya corriente le hablaba con las voces misteriosas y seculares de su raza. Al pie de los sauces tenía un pequeño cobertizo de cañas atadas con « isipós », un fogón de arena endurecida, asadores de palo aguzado a cuchillo, y unos cuantos rústicos sombreros de paja brava.

Era feliz, el diminuto Robinson, en su isla solitaria del río. Todos acabaron por dejarle estar a sus anchas en su voluntaria soledad.

Llegada la estación de las lluvias, aceptó el regalo de un poncho que le enviaron de la estancia, y dormía en las ramas hospitalarias de los sauces, como un pájaro de la selva.

Pasaron los meses, se sucedieron las estaciones. Y otro día, el pequeño payaguá que no había querido civilizarse, desapareció de su isla. La piragüita, quilla arriba, se balanceaba entre el juncal. Intactos, clavados en sus asadores de palo, los peones vieron un pescado asado y una perdiz fresca.

Se le buscó nuevamente, como tres años antes. Pero esta vez Romú había desaparecido para siempre. Después de una prolongada sequía y una gran bajante, las lluvias habían sido torrenciales y las crecidas extraordinarias.

Los peones se encogieron de hombros.

— Se lo habrán comido los yaguaretés, — dijo uno.

— O se habrá ahogado en la crecida, — opinó otro.

Y un tercero murmuró:

— Qué se va a ahogar, un indio... Se ha ido con su tribu, allá en el fondo del Chaco. Los payaguás son así...

El indio.



VENÍA

No se sabe de dónde.
Usaba vincha como el benteveo,
Y penacho como el cardenal.

Si no sabía de patrias, sabía de querencias.
Lo encontró el español establecido;
Pescador en los ríos, cazador en los bosques,
Bravío en todas partes y cerrándole el paso
Con arreos de guerra, vivo o muerto;
Siempre como un estorbo, siempre como una cuña
Entre él y el horizonte.

Modelado en barro de rebeldías,
Pasa como una sombra, desnudo y ágil,
Por los senderos ásperos de la Leyenda.

Esbelto, musculoso, retobado en hastío,
Entre el cobre y el rojo estaba su color;
Una señal de guerra le hacía punta a su instinto,
Y entonces, por sus venas
En vez de correr sangre corría sol.

Estético instintivo,
Se ponía en el rostro los más vivos colores,
Y en la cabeza plumas, como las aves bellas;
Si el exceso de adornos no lo hacía más indio,
Cuanto más se adornaba se sentía más hombre.

Señor de la comarca,
Por un pleito de caza con la tribu vecina
Blandía su coraje afilado en el viento;
Como los troncos de la flora indígena
Era duro por fuera y era duro por dentro;
Su única dulzura temblaba en su lenguaje,
Como en las ramas de la flora india
Tiemblan las pitangas.

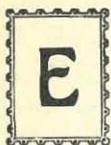
Vadeaba los arroyos en canoas;
Entraba a las querencias de las fieras,
O ambulaba durante varias lunas
En una aspiración horizontal
Curtido de intemperie,
Rojo de sol o húmedo de tormentas,
En los días rayados de chicharras
O en las noches tubianas de relámpagos.

La conquista española enderezó sus rumbos;
Y las tribus que erraban por rutas diferentes
Se ataron en un haz, alrededor de un jefe,
Para rodar a un tiempo,
Como las boleadoras.

No sabía reír, no sabía llorar,
Bramaba en la pelea como los pumas
Y moría sin ruido, cuando mucho
Con un temblor de plumas, como mueren los pájaros

FERNÁN SILVA VALDÉS.

Las fuentes del calor.



El calor es una manifestación de la energía universal, por la cual se obtienen los fenómenos de la sensación del frío y del calor, que hace dilatar los cuerpos, que los hace cambiar de estado y que constituye la fuente de la vida orgánica de la Tierra ».

Desde los tiempos más remotos, los hombres adoraban el fuego, es decir, la manifestación de esta energía. Los antiguos persas adoraban las llamas de las hogueras o fogatas que encendían, y los primitivos mejicanos al Sol, fuente del calor universal.

Cuentan los viajeros que los grandes monos africanos, dotados de gran inteligencia, al imitar los actos de los hombres, jamás intentaron producir el fuego, que sólo logró producir por medios artificiales la inteligencia humana, frotando maderas endurecidas o golpeando piedras.

Las fuentes del calor son diversas, pero las principales son las que siguen: 1, las reacciones químicas; 2, las acciones mecánicas; 3, las acciones eléctricas; 4, las fuentes naturales, y 5, la vida.

En las reacciones químicas se encuentra una gran fuente de calor, y esta fuente es la que se utiliza con más frecuencia en la industria, como por ejemplo en la combustión.

La fuente de calor en las acciones mecánicas se observa mirando cómo golpea el martillo sobre el yunque, o el frotamiento de dos cuerpos.

El calor obtenido por medio de las acciones eléctricas

se pone de manifiesto observando los efectos del rayo, o recordando que es debido a la electricidad que tenemos los focos de luz eléctrica.

Fuentes naturales del calor encontramos en el calor del Sol y en el calor de la Tierra, manifestado por las fuentes termales, o de agua caliente, y en el aumento de la temperatura, que va aumentando cuando se penetra dentro de la capa terrestre, en los pozos y en las minas.

Finalmente, tenemos como fuente de calor, la vida misma, pues nuestro cuerpo y el de los demás animales, exceptuando algunas especies, como los peces y las serpientes, poseen calor propio.

Para comprobar la acción del calor en la vida animal y vegetal, recuérdese que en las zonas frías de la Tierra, en las zonas polares, hombres, animales y árboles casi no pueden subsistir; toda manifestación de vida languidece en medio de los hielos y de las nieves.

Mientras que en las zonas ecuatoriales, en los trópicos, donde el calor del Sol es más intenso, la vida florece en manifestaciones grandiosas, las razas humanas se multiplican, las especies animales son abundantes y numerosas, y el mundo vegetal presenta selvas espesas e inmensas, y plantas y hierbas de variedades infinitas.

El calor es la vida.



Los insectos.



EMOS seguido al pájaro en todas las libertades de vuelo, del espacio y de la luz; pero la tierra que abandonábamos, no nos abandonaba. Las melodías del mundo alado no nos impedían escuchar el murmullo de un mundo infinito de tinieblas y de silencio, que carece de los idiomas humanos, pero que se expresa enérgicamente por medio de muchos idiomas silenciosos.

Reclamo universal que nos llega a la vez de toda la Naturaleza, del fondo de la tierra y de las aguas, de la entraña de todas las plantas, del aire mismo que respiramos. Reclamo elocuente de todas las artes ingeniosas del insecto, de sus energías de amor tan vivamente manifestadas por sus alas y sus colores, por la escintilación brillante con que ilumina nuestras noches.

Reclamo temeroso por el número de los que reclaman. ¿Qué es la pequeña tribu de pájaros, o de cuadrúpedos, comparados con ellos? Todas las especies animales, todas las formas de la vida, colocadas en presencia de una sola, desaparecen y nada son. Poned de un lado el mundo, del otro el mundo-insecto. Y éste estará en ventaja.

Nuestras colecciones contienen alrededor de cien mil especies. Pero, si pensamos que cada planta alimenta por lo menos tres insectos, se encuentra que, según el número de plantas conocidas, existen ciento sesenta mil especies de insectos. Y cada uno de ellos, de una fecundidad prodigiosa.

Recordemos ahora que todo ser viviente nutre otro seres en sus tejidos, sus fluidos y su sangre. Cada insecto es un

mundo diminuto habitado por otros insectos; y estos últimos contienen otros más.

Esto no es todo. En las masas que habíamos creído minerales e inorgánicas, se nos muestran seres vivos de los que sería necesario mil millones para alcanzar el tamaño de una pulga.

Continuemos. Los moluscos, que tantas islas han levantado en los mares del Sur, que cubren literalmente las mil doscientas leguas que separan Europa de América, dichos moluscos han sido denominados «insectos embrionarios», de modo que sus tribus fecundas constituyen como una dependencia de este pueblo superior, podría decirse, de los aspirantes a la dignidad de insectos.

¡Los insectos! Son los constructores imperceptibles del globo. Con sus cuerpos, con sus despojos, ellos han preparado el suelo que pisamos. Son los más pequeños los que hacen las cosas más grandes. Es un insecto invisible el que levantó las cadenas de montañas.

¡Qué de cosas maravillosas podría decirnos el insecto si hubiera podido hablar! Nos contaría todo lo que ha hecho por nosotros. «Tú nos desprecias, hombre, dirían, pero nosotros te hemos alimentado, somos los preparadores de tus culturas, de tus habitaciones. Las ciudades se han levantado sobre nuestros despojos milenarios».

Estos trabajos de los constructores imperceptibles que los sabios admiraban en las especies extinguidas, han sido encontrados de nuevo por los viajeros en las especies vivientes; ellos han sorprendido, hoy mismo, esos laboratorios inmensos donde trabajan seres casi invisibles; constructores de islas y montañas, llevan a cabo empresas que harían vacilar al hombre.

MICHELET.

Juan Díaz de Solís.



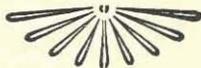
L mar se lanza el varonil piloto
Con noble afán por rutas ignoradas,
Y le siguen las olas encrespadas,
Fieros guardianes de un Edén remoto.

Traidores syrtes del abismo ignoto
Sobre el peñón, de flores coronadas,
Y en opalino resplandor bañadas
Quebrar intentan del marino el voto.

Mas él no escucha la canción errante;
Hiende las glaucas aguas del Atlante,
Surca el estuario del platino río.

Huella la margen donde el indio fuerte
Emboscado le acecha... Y su bravío
Corazón rasga el dardo de la muerte.

LEOPOLDO DÍAZ.



Los animales-plantas.



QUEL ser extraño había nacido en las profundidades tenebrosas del mar. Tenía la forma de una estrella de cinco picos, una estrella viscosa, que movíase lentamente al vaivén de las aguas. No se le veían ojos. De su extraño cuerpo, que solía permanecer inmóvil durante largas horas, desprendíase una misteriosa y vacilante claridad que iluminaba débilmente la perpetua sombra submarina.

Allí vivía la estrella del mar, el animal-plantas. Cuando llegaba el tiempo de poner los huevos, arrastrábase penosamente entre las madréporas y las algas, hinchada y temblorosa, en medio de la indignación de los otros animales-plantas que vivían en las negras profundidades del océano.

A veces la estrella viva y pegajosa, en la lenta marcha, tropezaba con otros cuerpos blandos y porosos, compuestos por innumerables y diminutos seres: eran las esponjas de los mares tropicales.

Había otras plantas vivientes y misteriosas, allá, bajo las aguas. La estrella solía agitarse débilmente entre unos diminutos arbolitos rojos, sin hojas. Estos arbolitos tenían unas rosetas microscópicas, dentro de las cuales movíanse unos gusanillos inquietos con ocho tentáculos o bracitos: eran los pólipos. Y los arbolitos eran el coral. Formaban a veces grandes arrecifes en la superficie del mar, islotes rojizos que surgían en medio de las aguas.

Los erizos de mar, unos cuerpos redondos, pasaban rodando algunas veces junto a las estrellas, que encogían sus

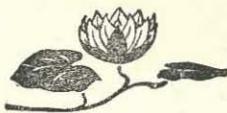
picos. Mas de una vez estos picos se rompían, pero volvían a crecer rápidamente.

Los animales-plantas, que los naturalistas llaman «zoófitos», respiraban y veían. Sus ojillos invisibles presenciaban, atentos y temerosos, los dramas del hambre, de la vida y de la muerte en las profundidades misteriosas. De sus huevecillos nacían generaciones de otros animalitos-plantas.

Sobre ellos, en torno suyo, palpitaba la vida del Océano, nacían, luchaban y morían millones de otros seres silenciosos, moviéndose entre las eternas penumbras acuáticas.

Allá arriba, en la superficie, rodaban los oleajes, coronados de espumas; pasaban los navíos, cargados con la esperanza de los hombres y con las riquezas de los países.

Y allá abajo, en las aguas, seguía palpitando la vida invisible de los seres misteriosos del mar.





Cervantes.

NACIÓ don Miguel de Cervantes Saavedra, príncipe de los ingenios españoles, en Alcalá de Henares, en el mes de octubre del año 1547.

Era hijo de nobilísima y preclara estirpe la familia de los Cervantes, quienes desde Galicia se trasladaron a Castilla y suenan ya en la historia bajo el reinado de Fernando III; todo esto aceptando como verdadero el árbol genealógico publicado comúnmente y juzgado como el más probable. Fueron sus padres don Rodrigo Cervantes y doña Leonor Cortinas, señora ilustre, natural, según parece, de Barajas. De este matrimonio nacieron cuatro hijos: Andrea, Luisa, Rodrigo y Miguel, que era el menor de todos.

La familia de Cervantes, sin embargo, había decaído de su antiguo esplendor. Sus padres vivían tan faltos de recur-

sos que mal hubieran podido dar a sus hijos la educación que les correspondía a no haber fijado su domicilio en Alcalá de Henares, cuya Universidad ya entonces tenía asomos de competencia con la de Salamanca. No por esto se ha de creer que Cervantes cursó en aquellas aulas, pues consta lo contrario; pero si se tiene en cuenta su carácter, podrá admitirse que en dicha culta población habló sobre asuntos literarios con personas discretas, nutrió sólidamente su espíritu por medio de la lectura, el estudio y la reflexión, y adquirió la filosofía que rebosa en sus escritos. Siempre manifestó amor al estudio, y así él mismo dice que, siendo muchacho, recogía para leerlos cuantos papeles encontraba en la calle. Poseía una imaginación vivísima y una memoria privilegiada, gracias a las cuales habiendo oído declamar en sus más tiernos años a Lope de Rueda, retenía en la edad madura los versos con que se deleitara su ánimo infantil.

Hay quien afirma que concurrió por algún tiempo a las aulas salmantinas, pero tal afirmación no ha podido ser justificada claramente, en primer lugar porque no es posible explicar en razón de qué había de trasladarse a estudiar a otra ciudad, y luego no puede saberse cómo costeaba su vida en ella. Ni debe olvidarse que, como dice don Tomás Tamayo de Vargas, los contemporáneos de Cervantes tildaban a éste de *ingenio lego*, lo que en el lenguaje de la época quería significar que aquella quien así se calificaba no había *arrastrado bayetas ni pisado las losas de la Universidad*.

Delos primeros maestros de Cervantes, se conoce únicamente el nombre del presbítero Juan López de los Hoyos, hombre pladoso y grande humanista, que después fué nombrado catedrático de Gramática Latina en el Estudio de la Villa de Madrid y posteriormente cura de la parroquia de San Andrés.

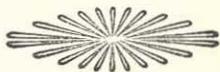
Prescindiendo de cuanto se refiere a este primero y obscuro período de su vida, es cierto que Cervantes se hallaba en Madrid cuando el 24 de octubre de 1568 celebraba la Villa de las Descalzas Reales las exequias de Isabel de Valois, mujer de Felipe II. El maestro López de los Hoyos escribió para esa oportunidad un libro titulado *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito de Isabel de Valois*, en el cual figuraban, entre otras poesías, unas quintillas, dos sonetos y una elegía de don Miguel de Cervantes.

Fué quizá esto lo primero que publicó el glorioso escritor que residió desde entonces en la corte, brilló por su talento y se hizo famoso entre príncipes y plebeyos, de modo tal que sólo podemos formarnos una idea de su popularidad si recordamos la anécdota del estudiante que paseando a orillas del Manzanares, leía cierto libro, interrumpiéndose de cuando en cuando con mil demostraciones de regocijo; y viéndolo desde un balcón del palacio el rey Felipe III, dijo a los cortesanos que le rodeaban: «Aquel estudiante, o está fuera de juicio o lee el Don Quijote». Pero volvamos a los tiempos primeros de su vida. Relatar, hecho por hecho, todos los acontecimientos de su vida hasta el día en que se alistó en las filas del ejército pontificio, o acaso sentó plaza en las del español, es un detalle éste que no está bien averiguado, aunque sí consta que ya en el año 1570 formaba parte de la compañía de Diego de Urbina, perteneciendo al tercio del famoso don Miguel de Moncada.

El 7 de octubre de 1571 se daba la memorable batalla de Lepanto. Ese día Cervantes amaneció enfermo y yacía en su camarote de la galera «La Marquesa» mientras se preparaba la batalla, y a los primeros ruidos de ésta se olvidó de su mal, saltó a cubierta, se puso al frente de doce hom-

bres que estaban a sus órdenes y combatió con ellos en el sitio de más peligro, porque tal era el puesto que pidió a Diego de Urbina. Peleaba con denuedo, y en lo más recio del combate recibió una herida de arcabuz en el pecho y otra que le destrozó para siempre la mano izquierda. Una vez curado de sus heridas se incorporó al tercio de don Lope de Figueroa, concurrió a la jornada de Levante y tomó parte en la empresa de Navarino. En 1575, ansioso de volver a España, solicitó una licencia a don Juan de Austria, y éste, que lo tenía en gran aprecio desde el día de Lepanto, accedió a su pedido y le dió, además, cartas de recomendación ante el rey para que éste le confiase el mando de alguna compañía. Se embarcó con su hermano Rodrigo en la galera «Sol», que zarpó de Nápoles el 26 de septiembre de 1575. A poco andar vióse la galera rodeada por una escuadrilla de galeotas que mandaba el corsario Mami, albanés renegado, capitán a la sazón en el Mar de Argel. Comienza entonces la terrible época del cautiverio, que duró hasta el 19 de septiembre de 1580, en que recuperó la libertad. Fué y vino entonces por las ciudades de Europa y poco es lo que se sabe de aquella época de su vida, ignorancia tanto más sensible cuanto que fué en ese tiempo que dió forma a su obra inmortal: «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha».

Encontrándose en Madrid, falleció el 23 de abril de 1616.





Gabriela Mistral.

HACE muchos años, no era más que una humilde maestrita de campo. Vivía con su madre, anciana y pobre, en un oscuro pueblo de Chile.

Durante los mejores años de su juventud, Lucila Godoy enseñó a los niños chilenos. Había nacido para enseñar, y enseñaba en los inviernos y en los veranos, en los otoños y en las primaveras, con un amor que la hacía cada vez más grande, con una fe que la hacía cada vez más augusta.

Una parte inolvidable de su juventud la pasó allá en las duras riberas del Sur. Su colegio de Punta Arenas, frente al océano gris y turbulento, bajo los vientos helados que soplaban del Antártico, era un pequeño templo de amor y de luz.

Porque allí, entre el silencio de la Patagonia y las voces del mar, ardía el alma luminosa de Lucila Godoy.

Un día, desde una aldea perdida de Chile, la maestra de campo empezó a escribir versos. Sus cantos inundaron la América española firmados con este nombre que se ha hecho célebre: Gabriela Mistral.

Fué una revelación para su patria, y los demás países acabaron por reconocer en la obscura maestra de Punta Arenas a la mujer más grande de América.

Desde entonces, la dulcísima voz de la alondra chilena sigue cantando, orando, gimiendo y bendiciendo.

Cada uno de sus versos es, además de una joya, un grito del alma, cuando no un alarido; brota de las profundidades del dolor, y fluye con mansedumbre de paz y de ruego, a borbotones, como sangre de una herida.

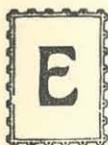
Pero lo que hace más admirable a esta mujer tan modesta cuan célebre, es la luz intensa de amor que brilla en toda su obra; los chispazos de su genio sólo son latidos de su corazón.

¡Las plegarias de Gabriela Mistral!

Son los acentos de su amor sin límites, que se derrama sobre todas las almas y sobre todas las cosas. Nada ni nadie es lo bastante mísero y pequeño para que sus ojos ardientes y piadosos no lo vean, ni para que su corazón no lo ame.

Gabriela Mistral, como todos llaman hoy a la Lucila Godoy de la escuelita de campo, estuvo en Méjico. Allá, gobiernos y universidades la llenaron de honores. Su nombre, el más ilustre entre las mujeres americanas contemporáneas, corrió por el Nuevo Mundo, en medio de la admiración general, y llegó a Europa, donde actualmente Gabriela Mistral trabaja, junto con los grandes hombres de este tiempo, por la paz y la felicidad de los pueblos.

Marina.



Es la hija más famosa de la tierra azteca esta princesa Marina, que unió para siempre su nombre y su recuerdo a los del conquistador de Méjico.

Fué su padre un cacique célebre en los anales de la Conquista, «señor de muchos cantones y feudatario de la corona de Méjico». La muerte sorprendió al caudillo en plena juventud, dejando a la pequeña Marina en el mundo.

La vemos salir de las tierras de su padre, despojada de sus collares de oro y de sus hábitos púrpura de princesa indígena, desnuda y dolorida, camino de Tabasco, ciudad donde existía entonces un mercado de esclavos.

Comprada y vendida varias veces, pasó la muchacha, junto con un pequeño grupo de esclavos, a poder del cacique y señor de Tabasco. Pero la gloriosa aventura de la vida de Marina estaba por comenzar.

Hernán Cortés, el hombre más extraordinario de la historia de América, el conquistador de hierro, el paladín que regó con sus lágrimas el árbol secular de la Noche Triste, solicitó le fueran remitidas algunas esclavas con objeto de cocinar el maíz de que se alimentaban sus tropas.

Allá fué la princesa, convertida en cocinera de los soldados, con otras pobres indias.

De una inteligencia penetrante, aprendió rápidamente el idioma de los conquistadores. La vió un día el héroe, y su rudo corazón de aventurero se estremeció ante la hermosura extraña de la hija del cacique muerto. Le habló, con su bron-

ca voz de soldado, y el acento de la princesa andrajosa vibró en sus oídos como un gorjeo celeste.

Había llegado para Marina la hora del destino.

Desde ese día lejano, fué el amor de Hernán Cortés, la consejera del conquistador, el numen de sus fabulosas hazañas. Seguíalo a todas partes. Sus negros y ardientes ojos de india lo envolvían amorosamente en medio del fragor de las acciones, impasible, intrépida, entre el estampido de los arcabuzazos.

Fué ella quien enjugó en las rugosas e hirsutas mejillas del héroe el llanto de Otumba.

¡ Malintzin ! ¡ Malinche !

El nombre indígena de su compañera borraba las sombras y disipaba las tempestades en el corazón de Cortés.

Marina era cristiana. Este nombre, con el que había de immortalizarse, fué el que le dió la religión católica. Este nombre, que es el de una de las mujeres más famosas del Nuevo Mundo, fué la canción de amor que sonó en medio de las estupendas hazañas del siglo XVI, el de la paloma azteca entre el hierro de los paladines.

Largos y terribles años amó la princesa a su héroe, con sostenida pasión. Hasta que un día el corazón de acero se quebró para siempre, y la muerte cerró los ojos de Hernán Cortés. Pero su sombra grandiosa vivirá más que el árbol milenario de Otumba, aquel que regó con las únicas lágrimas que derramó en su existencia fabulosa.

Después de la muerte de Cortés, Marina casó con un caballero de Castilla, y se convirtió en doña Marina de Jaramillo. A España fué con el caballero que restañara la herida de su corazón, y la pobre india que fué cocinera de los soldados, luego la musa de Hernán Cortés, fué recibida en el Escorial con los honores de princesa, como había nacido.

Sebastián Gaboto.



DUERME tu largo sueño, buen piloto,
Que al remontar inexplorados ríos
Selvas cruzaste y páramos sombríos
Conduciendo el bajel por rumbo ignoto

¡Noble, cristiano, varonil, devoto,
A Dios invocan tus ensueños píos,
Y refrenas los ímpetus bravíos
De la marina gente, audaz Gaboto!

El anchuroso Paraná surcando
Dirigen tus pesadas carabelas
Su ruda proa al Trópico distante,

Y tus profundos ojos van soñando,
Mientras cálida brisa hincha las velas,
Con las vírgenes islas del Atlante.

LEOPOLDO DIAZ.

La vidalita de las montañas.



Es dicho alguna vez que las músicas de los montañeses tiene una tristeza profunda: sus cantos son quejas lastimeras de amores desgraciados, de deseos no satisfechos, de anhelos indefinidos que se traducen en endechas tan sentidas como primitiva es su expresión. Las noches se pueblan de esos cantares oídos a largas distancias, acompañados por el tamborcito que sostienen con la mano izquierda, mientras con la derecha golpean el parche, arrancándoles ecos como de gemidos lúgubres. Es la vidalita provinciana en la que el gaucho enamorado, de inspiración natural y fecunda, traduce las vagas sensaciones despertadas en su alma por la constante lucha de la vida, la influencia de los llanos solitarios, de las montañas invencibles y el fuego salvaje de su sangre tropical.

Me he adormecido muchas veces al rumor de esos cantos lejanos que parecen descender de las alturas como despedidas dolientes de una raza que se pierde, ignorada, inculta, olvidada, y se refugia en medio de las peñas como en el último baluarte, repudiada por una civilización que no tiene para ella ocupación activa. Desterrada dentro de la patria, se esfuerza por volver al seno de la naturaleza que la vió nacer; y las horas mortales de su abandono, girando eternamente como los astros, engendrán en sus hijos esa íntima tristeza reflejada en los ojos negros, en las creaciones de su fantasía y en los tonos y sentido de sus canciones.

Fatigados de luchar en vano con la selva centenaria, con la roca impenetrable y con la tierra estéril, abandonan su

energía a las sensaciones físicas que adormecen y matan la actividad psicológica; o concentrados en sí mismos, van ahondando ese ignoto pesar que forma el fondo de sus concepciones poéticas. La vidalita de los Andes es el *yaravi* primitivo, es el triste de la pampa de Santos Vega, es la trova doliente de todos los pueblos que aun conservan la savia de la tierra; la canta el pastor en el bosque, el campero en las faldas de los cerros, el labrador que guía la yunta de bueyes bajo los rayos del sol, la mujer que maneja el telar, el niño que juega en las arenas del arroyo y el arriero impasible que atraviesa la llanura desolada.

La vidalita tiene su escenario y sus espectadores; es todo un rasgo distintivo de aquellas costumbres casi indígenas, y como el canto de ciertas aves, aparece en la estación propicia. Es cuando los bosques de algarrobos comienzan a despedir sus frutos amarillos de excitante sabor, y cuando el *coyofo*, de largo y monótono grito, adormece los desiertos valles y los llanos interiores. Entonces ya se comienza a descolgar del clavo los tambores que durmieron un año, cubiertos de polvo, bajo el techo del rancho de *quincha*; se buscan cintas para adornarlos, se pone en tensión la piel sonora y se invita a los vecinos, los compañeros de siempre, para las serenatas, allí donde ya se tiene preparada la aloja espumante, y adonde concurren las muchachas engalanadas y donosas como los árboles nuevos. Ya llega el grupo de cantores, anunciando con suaves sonidos, como a manera de saludo, que van a cantar en su puerta. El tambor bate entonces el acompañamiento, y los dúos quejumbrosos hunden el aire sereno de las noches de estío.

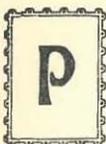
Escucharlos de lejos, es gozar de la impresión perfecta; porque la escena prosaica, el conjunto grosero formado en

derredor, y la cercanía de aquellas voces rudas pero intensas, destruyen el encanto que la distancia sólo crea, como la más admirable orquesta se convierte en un estruendo que ensordece si el observador se sitúa en medio de ella. El espacio purifica a los sonidos, les separa lo tosco y lo áspero para transmitir la esencia, la nota limpia, el tono simple, la melodía aérea que vuela sobre la onda liviana, dejando percibir las palabras de la dulce poesía campesina por encima de los árboles y las rocas. Le prestan ayuda el silencio de los valles, la repercusión lejana del eco, y esa arrobadora influencia de las noches solemnes en medio de la naturaleza solitaria. Todo allí es armónico y de efectos combinados: la música es un accidente de la tierra misma, es la expresión de su vida, es una vibración de su espíritu. Por eso la impresión de la belleza resulta del sitio y de la hora aparentes, del aspecto del cielo que invita a idealizar con aquellos astros como llamas, cuyos movimientos parecen más vivos, y con las mil voces ocultas que parecen un coro lejano de aquel canto.

JOAQUIN V. GONZALEZ.



La caza de vicuñas.



PARA cazar tan gracioso rumiante, los calchaqufes tienen un sistema curiosísimo.

Llegada la época, los cazadores se reúnen formando compañías mandadas por capitanes elegidos por ellos y a los que obedecen ciegamente.

El capitán pasa revista a su gente, y después de haber comprobado cuáles son los cerros más ricos en caza, la dirige a ellos; cada uno de sus hombres marcha provisto de un atado conteniendo estacas y una larga cuerda de lana, de la que cuelgan, de trecho en trecho, cintas de colores vivos.

Formados los cazadores al pie del cerro, el capitán hace un agujero en el suelo, en donde todos depositan una ofrenda de coca, cigarros y *Uicta*, en tanto que el primero, derramando un poco de aguardiente, invoca, para que le sea propicia en la cacería, a la *Pacha Mama*, en la siguiente forma:

Pach Mama — Santa Tierra:
Kusiya Kusiya
Vicuñata cuay
Amá - mi - uaicho
Kusiya Kusiya

Cuya traducción libre es:

Madre del Cerro y de la Santa Tierra
Haz tú que nos vaya bien,

Danos vicuña y no nos la mezquinas,
Danos fortuna y no nos hagas enfermar (apunar).
Haz tú que nos vaya bien,
Haz tú que nos vaya bien!

Concluída la invocación, se deshace la *Kacha Kuna* o formación, y cada uno levanta sus estacas, cuerdas de lana, boleadoras y demás útiles de caza, que previamente habían colocado en tierra, en torno del ofrendario, para mayor solemnidad de la ceremonia.

El agujero es tapado, y los hombres, de acuerdo con las órdenes del capitán, ocupan sus puestos respectivos en la guerrilla que despliegan a los pies del cerro. Así distribuídos, todos, a una señal dada, empiezan a trepar, y llegados a cierta altura clavan las estacas tendiendo las cuerdas para formar un inmenso corral, dentro del cual quedan aprisionadas las vicuñas que se hallan en las cumbres.

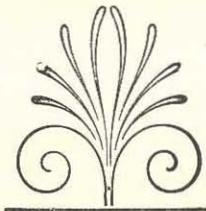
Como en una evolución militar, el cerco se estrecha paulatinamente. Ariscas como son, las vicuñas huyen de los que se aproximan, pero al llegar a las cuerdas, asustadas por los colgajos coloridos que flotan al viento, retroceden sin animarse a salvar la frágil valla.

Cerrado el círculo, penetran en él los cazadores, a pie o jinetes en mulas, y lanzan las certeras boleadoras, abatientes de desgraciadas vicuñas, que son inmediatamente degolladas.

Al final de la matanza, el capitán reparte equitativamente las presas, cuyos cueros son vendidos a los acopiadores o bien beneficiados por los mismos cazadores, quienes hilan la delicada lana y fabrican con ella los renombrados ponchos de vicuña. La carne que *charquean* es conducida a los hogares para alimento de las respectivas familias.

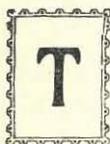
Como en la invocación a la Pacha Mama piden los libre de enfermedad, ha de entenderse que se refieren a la puna, enfermedad conocida con el nombre de mal de la montaña, esto es, la perturbación ocasionada por el enrarecimiento del aire, y que en tales alturas, agravada con los ejercicios violentos realizados por los cazadores, puede tener hasta la muerte como consecuencia.

Para contrarrestar su influjo, además de la coca usan frecuentemente el ajo, que suponen remedio eficaz, y del que siempre llevan una cabeza; otros, al notar los primeros síntomas, se arrojan de bruces y comen tierra o se restregan las manos y las tibias con tierra sacada de debajo de las piedras.





El maestro suizo.



ENÍA veintinueve años y había estudiado mucho. Siempre recordaba los años intensos de la primera juventud cuando estudiaba inglés, alemán, italiano, solo sin maestros, en la ciudad de Zurich, donde viniera al mundo, en 1746.

Después, el hombre pálido, de semblante anguloso y enérgico, de ojos pensativos, estudió teología, leyes. Lo abrasaba la pasión de saber, y la primavera de su existencia floreció entre los libros, pero su corazón permanecía siempre joven y lleno de amor hacia sus semejantes.

Un día sintió cansancio. Cerró sus libros y se fué a los campos. Allí soñó, pensó mucho, en la vida apacible de las campiñas suizas. Habló con los hijos de los campesinos, se compadeció de la ignorancia de los niños, y tuvo el sueño más luminoso y más bello de su existencia.

—Vengan conmigo, — les dijo un día. Y las gentes de

una ciudad llamada Neuhof, cerca de Berna, la capital suiza, vieron que Juan E. Pestalozzi, el pálido estudiante de Zurich, pasaba, seguido de cincuenta niños abandonados, camino a la ciudad de Stanz, y fundaba allí, con sus cincuenta huérfanos, una escuela que fué el primer instituto pedagógico del mundo.

Pero las guerras de la Revolución Francesa sacudían como tempestades a todos los pueblos de Europa. La tormenta de fuego pasó sobre Stanz, y Pestalozzi, que entonces tenía cincuenta y dos años, se vió sumido en la ruina, y tuvo que cerrar su instituto.

Más su corazón valeroso no desmayaba. Poco después se establecía como maestro de escuela en otra ciudad, Burgdorf.

Allí, en esa ciudad de hombres inteligentes y generosos, Pestalozzi explicó lo que era el sueño de su vida, el resultado de sus estudios y sus meditaciones, sus ideas de maestro, el método que había ensayado con tanto éxito entre sus huerfanitos de Stanz, el ejercicio gradual de las aptitudes, siguiendo el orden indicado por la Naturaleza.

Los hombres de Burgdorf lo comprendieron y lo apoyaron generosamente. Le facilitaron elementos para fundar otro instituto, que funcionó durante largos años, y en cuyas aulas toda Europa vió cómo el método del antiguo estudiante de Zurich convertía a los pobres niños ignorantes en hombres inteligentes y útiles.

Al mismo tiempo que enseñaba, Pestalozzi escribía libros inolvidables, siendo de lo más célebre «El libro de las madres», que fué traducido a todos los idiomas civilizados.

A los ochenta años Juan E. Pestalozzi sintió que llegaba la hora de morir. ¡Cuánto había trabajado en su larga y gloriosa existencia de soñador y de maestro!

Murió dulcemente entre sus niños.

El vendedor de naranjas.



UCHACHUELO de brazos cetrinos

Que vas con tu cesta
Rebosando naranjas pulidas
De un caliente color ambarino;

Muchachuelo que fuiste a las chacras
Y a los árboles amplios trepaste,
Como yo me trepaba cuando era
Una libre chicuela salvaje;

Ven acá, muchachuelo, yo ansío
Que me vuelques tu cesta en la falda.
Pide el precio más alto que quieras.
¡Ah, qué bueno el olor a naranjas!

A mi pueblo distante y tranquilo
Naranjales tan prietos rodean,
Que en agosto semeja de oro
Y en diciembre de azahares blanquea.

Me crié respirando ese aroma,
Y aun parece que corre en mi sangre.
Naranjitas pequeñas y verdes
Siendo niña, enhebraba en collares

Después, lejos llevóme la vida.
Me he tornado tristonra y pausada.
¡Qué nostalgia tan honda me oprime
Cuando siento el olor a naranjas!

Si a otro pago muy lejos del tuyo,
Indiecito, algún día te llevan,
Y no eres feliz, y suspiras
Por volver a tu vieja querencia.

Si una tarde, en un soplo de viento,
El sabor de tus montes te asalta,
¡Ya sabrás, indiecito asombrado,
Lo que es la palabra « nostalgia »!

JUANA DE IBARBOUROU.





El canal de Suez.

LA primera impresión es deliciosa. El buque pasa entre suntuosas arboledas. A lo lejos, los minaretes se destacan, esbeltos, blancos, en la atmósfera azul. Y durante veinte minutos el encanto persiste.

Pero en cuanto las riberas se estrechan y el verdadero canal principia, la vista no descubre, a uno y otro lado, sino arena, seca y áurea arena, arena incendiada por soles monstruosos.

A la izquierda es la soledad asiática. Del otro lado, el yermo africano, las tierras legendarias y ardientes. De vez en cuando, en la playa, un beduino salta, haciendo gestos que visiblemente piden limosna. Dos o tres galgos flacos le siguen. Luego la soledad comienza de nuevo; la soledad asoleada que dura horas enteras, y que sólo interrumpe a lo lejos la escuálida silueta de un camello, o en el agua misma,

el ruido de las dragas que sacan arena del fondo para aumentar la arena del desierto.

La vista no abarca la colosal obra. ¡Es necesario acudir a recuerdos de antiguas lecturas para comprender cuán gigantesca fué la labor!

¡Es preciso evocar aquellas legiones de «fellahs» (obreros indígenas) que durante años y años penaron bajo este sol para abrir el camino del Extremo Oriente! «Nada entre lo que han hecho los hombres — dice Flaubert — parece más estupendo».

Y es cierto. Pero yo creo que, más que la obra material misma, lo épico fué la obra de energía del gran francés cuya estatua acabamos de saludar en la rada de Port Said.

Esta no es labor humana. Es lucha titánica. El hombre solo con su idea, tenía enfrente, como enemigo, un imperio colosal, que se esforzaba en impedir su proyecto grandioso.

Las fuerzas eran desiguales. ¡No importa! La voluntad suplía la fuerza.

¡Oh, aquella voluntad! Si yo fuera dueño de la instrucción pública en países jóvenes y llenos de porvenir, haría leer en las escuelas la historia de Fernando de Lesseps, el ingeniero que abrió el canal de Suez, historia que contiene, sin sangre, más batallas y más conquistas que las vidas de los Césares.

El proyecto de abrir un canal en el istmo de Suez había sido acariciado ya durante varios siglos por califas soñadores. En las leyendas antiguas del Egipto se encuentran vestigios remotos de la idea.

Así el gran francés, como aun se le llama en estas latitudes, no tuvo en un principio más mérito que el de ver de un modo práctico lo que otros habían contemplado como un miraje. Su verdadero genio, su mérito admirable, reside en su voluntad tenaz, en su lucha ardiente contra los enemigos

del proyecto, en su increíble actividad, y, sobre todo, en su fe inquebrantable y profunda, tanto, que pudo sostenerlo aún en los largos días en que la batalla parecía perdida.

¡Y qué batalla! Era un hombre contra un imperio colosal. Pasaba el tiempo, los meses, los años, y las dificultades se multiplicaban.

«La empresa de Lesseps ha fracasado», se decía en toda Europa, en el mundo entero. Sólo un hombre seguía creyendo en el triunfo final, y era Fernando de Lesseps. Le llamaban iluso, y él sonreía en su energía sobrehumana.

Le decían que era empeño de niño terco obstinarse contra la realidad, y él sonreía. El emperador Napoleón III le había escrito años antes: «Tenga fe». Y Lesseps tenía fe...

— Señor — díjole durante una audiencia — confío en la victoria de nuestra voluntad.

Napoleón III acababa de vencer en Italia.

— Está bien — le contestó, — propongamos a Inglaterra y a Turquía que yo personalmente sirva de árbitro.

La proposición fué aceptada, y una luz de esperanza iluminó a los que creían en Fernando de Lesseps y en su obra. Pero, al autorizarse la apertura del canal que había de unir el Occidente con el Oriente, se obligaba a la compañía de Lesseps a renunciar a las tierras de uno y otro lado del canal, que el gran francés había soñado en poblar y fertilizar en beneficio de Francia, de Egipto y de la Humanidad.

Pero su abatimiento no duró mucho. Después de reflexionar, dijo:

«Está bien. Lo acepto todo. La batalla está ganada».

Y en efecto, el gran hombre había realizado su magnífico ensueño.

E. GOMEZ CARRILLO.



Martín Fierro.



ACE cincuenta años que «el gaicho Martín Fierro» vive cantando sus aventuras y sus desventuras en el corazón popular.

José Hernández, cuando dió fin y publicó las toscas pero palpitantes estrofas del «Martín Fierro», quizá ignoraba que había creado el más humano, el más real de los héroes de los poemas americanos.

¿Quién es Martín Fierro?

Un pobre gaicho, uno de los viejos parias de la campaña argentina, valiente, un poco peleador, tocador de guitarra, ignorante y sencillo, pero con un fondo de bondad. Un duelo criollo lo convierte en un fugitivo, en una víctima de las leyes duras y las bárbaras costumbres de otro tiempo. Vaga por los campos, dejando en la miseria a su mujer y a sus hijos

En su vida errante y miserable, va cantando su desgracia. El gaucho siente la Naturaleza, que no tiene secretos para él. El yuyo y el pájaro, el árbol y la estrella, el monte y el indio, viven en sus cantos. Se refugia con su amigo Cruz entre los indios.

Vive allí miserias espantosas, hasta que un día huye, salvando a una pobre mujer blanca que hacía muchos años estaba cautiva en poder de los salvajes del desierto.

¡Pobre Martín Fierro!

A su vuelta, encuentra que su familia se ha dispersado; su mujer murió, uno de sus hijos está en la cárcel, los otros han desaparecido en la inmensidad de los campos.

Pero Martín Fierro es un gaucho. Su alma ignorante y ruda no se subleva contra el Destino. Sigue cantando en las pulperías y en los caminos, y en sus cantos hay una resignación melancólica.

Martín Fierro es el pasado gaucho oprimido en medio de la salvaje libertad de los campos por las viejas leyes bárbaras. A su regreso, las leyes y los jueces de paz, duros y crueles, ya no lo persiguen.

Y el errante bardo criollo, sin familia, sin hogar, dolorido el rudo corazón por los designios de la fatalidad, continúa sus peregrinaciones solitarias por las campañas, cantando el dolor del pobre. Recuerda sus padecimientos en el fortín y en la tolдерía.

Pero la Naturaleza, los campos, las hierbas, las estrellas, los pájaros, le hablan todavía con sus voces gauchas, y su corazón tiene todavía inspirados acentos.

El poema de Hernández, que fué un notable periodista del tiempo de Sarmiento, es seguramente el más leído de los poemas que se hayan escrito en América. La desgracia y la miseria del héroe criollo llegaron inmediatamente al

corazón popular. Sus rudas estrofas corrieron triunfantes por todo el continente. Desde hace medio siglo, el « Martín Fierro » se encuentra en cada rancho, en cada chacra, en cada estancia, en cada pulpería, en cada colonia de la República. El dolor de Martín Fierro es el de cada pobre en los campos del tiempo que fué, y él, en la lira de José Hernández, lo supo cantar con acentos magníficos, en palabras y frases oliendo a campo y a emoción humana.

Varios libros notables se han escrito sobre este poema con el cual un periodista de Buenos Aires, hace cincuenta años, enriqueció la literatura universal.

Pero, más que todo lo que se haya escrito, ahí está el poema mismo, con sus toscos versos imperecederos viviendo siempre en el corazón de las gentes.

José Hernández tal vez no soñó nunca, cuando hace decir a su héroe gaucho

« Ruempo, dijo, la guitarra
Por no volverme a tentar:
Ninguno la ha de tocar,
Por seguro tengaló,
Pues naides ha de cantar
Donde este gaucho cantó »,

que tres generaciones de argentinos habían de recoger, como un tesoro de poesía nacional, los cantos de « Martín Fierro ».



A Buenos Aires.

(FRAGMENTO)



PRIMOGENITA ilustre del Plata

En solar apertura hacia el Este,
Donde atado a la cinta celeste
Va el gran río color de león.

Bella sangre de prósperas razas

Esclarece tu altivo linaje

Y en la antigua doncella salvaje

Pinta en oro la noble sazón.

Joya humana del mundo dichoso

Que te exalta a tu bien venidero

Como el alba anticipa el lucero

Aun dormida en su pálido tul;

Cada vez que otro día dorado

Te aproxima a la nueva ventura

Se diría que el Sol te inaugura

Sobre abismos más hondos de azul.

Ser la Villa del Plata que tiene

Su franqueza por llave sonora

Y por puerta de calle la aurora

En visión de solícito Edén.

Dar a todos los tristes consuelo

Sin dejar de ser noble y ser bella

Como no se aminora la estrella

Porque haya ojos que amantes la ven

No relegue por vana quimera
La esperanza que en ti puso el triste,
Es más arduo ser libre, y lo fuiste
Al tajar de la espada veloz.

Tu labor de ideal odia al hierro,
Más no olvide su noble fatiga
Que el lozano vigor de la espiga
Necesita buen filo en la hoz.

Mientras llega a ese triunfo la hora
De cantarla al poeta futuro
Y el capuz de su germen obscuro
Tu simiente de luz rompe al fin.

Cobre el timbre filial de mi canto
Precedente elocuencia en tus bronce,
Y el pampero le preste hasta entonces
Valeroso y ufano clarín.

LEOPOLDO LUGONES



El agua.



El agua es sublime... Es sublime, cuando con negras nubes obscurece los rayos del sol y entolda el cielo. Sublime, cuando a la luz de un rayo y al fragor del trueno bate con ímpetu la tierra, baja con estrépito por ramblas y barrancos, hincha y desborda los ríos, hunde puentes, inunda pueblos, cubre los anchos valles.

Es sublime en los grandes ríos, en cataratas como las del Niágara, en raudales como los del Orinoco, en saltos como el de Tequendama. Conmueven el ánimo esas inmensas moles de agua que hace siglos de siglos van incesantemente despeñándose.

Es sublime el mar, principalmente en el crepúsculo, cuando desde el buque en que navegamos llena nuestro horizonte; sublime, cuando se entumecen sus aguas y escalan el cielo y abren abismos que sólo alumbra la luz de los relámpagos; sublime, cuando bate con furor las rocas de la playa y arroja por encima de los más altos arrecifes sus oleadas de espuma; sublime, cuando ruge en el silencio de la noche.

Es sublime el agua, cuando lucha con el incendio y lo extingue; cuando, hecha vapor, empuja por los mares el buque de hélice y por la tierra la locomotora. Su fuerza sobrepasa entonces la de millares de caballos, y mueve masas enormes.

Es sublime, por fin, el agua en el fondo de misteriosas grutas, donde, a través de hórridos peñascos y a fuerza de siglos, labra imágenes fantásticas y alimenta oscuros lagos.

El agua es a la vez bella y sublime en las grandes géysers, donde, estremecida la tierra y rugiente el cráter, brota hirviente, se lanza al cielo en chorros altísimos, y allá en la cúspide refleja todos los colores. Cae con estruendo y se esparce en arroyos por la llanura.

¡Oh, agua, tú no eres sólo bella y sublime; tú eres la vida! Mantienes tú los seculares árboles de los bosques vírgenes, jamás cultivados por el hombre. Sin ti, ni aun con el cultivo darían fruto montes ni valles. Si contigo el sol fecunda, sin tu concurso quema y mata.

De ti necesita cuanto en la tierra vive, y en ti vive todo un mundo de seres que en la tierra mueren. Manantial eres, repito, de toda vida. Diéronte origen de gases: el hidrógeno y el oxígeno; tú lo diste a los vegetales y a los animales. Albérganse aún en tus saladas ondas esos seres que participan de las dos naturalezas y parecen corresponder a los dos reinos.

En algunos lugares corres tan honda que sales hirviendo. Tomas de las sustancias que atraviesas y adquieres altas virtudes. Eres gran disolvente. Gota a gota horadas las más duras peñas.

Eres la pureza de los cuerpos y de las almas.

FRANCISCO PI Y MARGALL



Juana Ortiz de Zárate.



ESTE es un episodio de la conquista.

Los hombres de hierro del tiempo de Carlos V andaban fundando ciudades por América. Un vizcaíno llamado Juan de Garay, miraba correr las aguas azules y profundas del Paraná; soñaba, quizá, divisar en las misteriosas profundidades del gran río indio, que todavía resonaba con los cantares de Gaboto, con las torres de una ciudad de ensueño que se llamaría Buenos Aires.

Juana Ortiz de Zárate nació en las tierras tropicales del Paraguay, donde llegara su padre en los tiempos de Irala y Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

Don Juan Ortiz de Zárate, caballero extremeño que durante treinta años tomó parte activa en todas las proezas fabulosas de su tiempo, vió morir a su esposa, que era de sangre incásica, cuando su hija contaba quince años.

La enterró bajo las palmeras tropicales, y un día, contemplando las horcas donde se balanceaban los ajusticiados, espectáculo frecuente en la Asunción en esa época de ambiciones sangrientas, sintió el deseo de ser Adelantado del Paraguay.

Fuése a su casa, y mirando a su hija que hablaba con unas indias, la acarició gravemente.

—Tú serás la primera Adelantada que haya en estas tierras— le dijo.

Fué entonces cuando propuso al gobernador del Perú fundar ciudades, traer navíos y ganados, todo de su fortuna

personal, a cambio del título de Adelantado, « que se había de conferir por toda su vida y la de su heredera sobre lo ya descubierto y lo que después se descubriera en la provincia del Paraguay y sus comarcas ». ¡Desventurada Juana!

Aquellas palabras de su padre, que tan distraídamente escuchó una tarde, estaban destinadas a llenar su vida de trágicos acontecimientos.

El gobernador del Perú aceptó la propuesta de Ortiz de Zárate. Le expidió el título de Adelantado, con cargo de ir a solicitar su confirmación a España. Con este objeto, fué a Lima, llevando consigo a su hija, y allí se embarcó en el año 1567.

Durante el viaje « le apresó y robó un corsario francés ». Pero Juana en cuyas venas corría la sangre de los conquistadores, no experimentó espanto. El corsario aceptó un rescate en oro. Ambos, padre e hija, llegaron a España después de un año, y el 10 de julio el soberano confirmó el título y le dió el hábito de Santiago.

Tres años más permanecieron en la península.

¡Cuántas veces Juana soñó bajo los cielos españoles mientras el viento helado del Guadarrama gemía sobre los conventos madrileños, con las palmeras del Paraguay!

Salieron de Sanlúcar de Barrameda el 17 de octubre de 1572. Venían con ellos el famoso franciscano fray Luis Bolaños y el arcediano Barco de Centenera.

No fué completamente feliz este viaje, dicen los historiadores. Las tempestades y las calmas lo retrasaron mucho. Muchos murieron a bordo, y Juana rezó devotamente por las almas de los que arrojaban al mar.

En estas tierras de América la sangre corría abundantemente. El Adelantado envió a su hija a Chuquisaca con Juan

de Garay, y él combatió con los indios y los rebeldes hasta que la muerte le sorprendió en las riberas del Paraná. Había sido envenenado por sus capitanes. « Murió con mucho ánimo después de recibir los sacramentos y testar. Nombró universal heredera a su hija única, doña Juana, debiendo ejercer el Adelantazgo quien se casara con ella. Nombró su tutor a Juan de Garay ».

Así quedó Juana Ortiz de Zárate, con su inmensa fortuna y su altísimo título, en medio de las pasiones desencadenadas, de las trágicas ambiciones de aquellos hombres.

Pero Juan de Garay velaba por ella.

— Vuesa merced debe casarse, doña Juana — le dijo con su duro acento vizcaíno.

Doña Juana clavó en él sus ojos negríssimos. Su bello semblante se reflejó en la bruñida armadura del Fundador.

— Casaréme aína — exclamó.

Juan de Garay pasó revista en la mente a los pretendientes a la mano blanquísima de la Adelantada. Eran la mitad de los españoles que había en América...

— ¿ Con quién, vuesa merced ? — preguntó.

— Con don Juan Torres de Vera y Aragón — respondió ella con voz firme.

— Bien hace vuesa merced, que el Oidor de Santa Fe es persona de hartos merecimientos, y yo, como tutor que soy de vuesa merced, doy mi consentimiento...

El corazón de doña Juana, que había latido por el gallardo Oidor, debía sufrir trágicas dificultades.

A punto de realizarse la boda, recibió Garay carta del Virrey de Lima, don Francisco de Toledo, para que fuese a tratar con él el casamiento de doña Juana, pues quería darla a un amigo suyo.

Mas no había contado el virrey con la pasión de la Adelantada. Decidida ella a ser de Torres o de nadie, se casó con el feliz Oidor.

El yerno de Ortiz de Zárate nombró a Garay su teniente general.

Iracundo, el virrey mandó una compañía de arcabuceros, y los novios fueron llevados a Lima.

¡Pobre Juana! Vivió su luna de miel en una prisión del Perú. Pero Torres de Vera y Aragón era suyo, a pesar de la ira y las ambiciones de los virreyes...

El monarca hizo cumplir la voluntad de Ortiz de Zárate. Juana y su marido volvieron al Paraguay. Garay, fiel amigo de la apasionada y enérgica mujer, bajó al Paraná y fundó Buenos Aires, cumpliendo la voluntad del muerto.

La ventura de Juana era completa en aquel año de 1580.

Durante once años vivió su romance de amor con su Adelantado, bajo las palmeras del Paraguay, fundando ciudades y viviendo su ensueño hasta que en 1591 don Juan Torres de Vera y Aragón renunció su cargo y se fué a España con su mujer.





Los sabios en América.

I. — Félix de Azara.



ELIX de Azara fué soldado en su primera juventud. Había nacido en 1746, en tiempos guerreros, y tomó parte en combates sangrientos contra los piratas del Mediterráneo.

Herido en uno de esos encuentros, regresó a su nativa España, y se despidió de la dura carrera de las armas, porque Azara sentía que le llamaban las voces del estudio y de la ciencia.

Contaba con relaciones en la Corte de su patria, y un día fué designado para trazar el límite entre las posesiones de España y Portugal en el Nuevo Mundo.

Llegó a la América del Sur en 1781, cuando contaba

treinta y cinco años. Estaba en la flor de la juventud y poseía una fortuna considerable.

Por espacio de veinte años, los mejores de su vida, Félix de Azara debió recorrer con pasión las dilatadas y misteriosas comarcas del continente sudamericano. Todo, durante esas dos décadas, lo estudió con afán. En la soledad sin límites, internándose valerosamente entre las tribus hostiles y sanguinarias, en lo profundo de las selvas desconocidas, en las riberas de los anchos ríos, allá iba el sabio español, sin cuidarse de la fatiga ni del peligro, absorto en su vasto sueño científico.

Félix de Azara quería leer en cada planta, en cada árbol, en cada piedra, en cada montaña, en cada animal y en cada hombre el secreto del Nuevo Mundo meridional, en cuyas soledades grandiosas parecían escucharse, como ecos lejanos, las luchas tremendas de la Conquista.

Veinte largos años se prolongó la magnífica aventura del sabio solitario en el continente americano.

Abandonado por todos, veía aumentar los peligros. Rodeado de unos cuantos indios ignorantes y desconfiados, arrastrado por su pasión científica, iba recorriendo los secretos de la historia natural, de la geología, de la antropología.

Su gran fortuna disminuía cada vez más. Hasta los funcionarios del rey de España empezaron a observar con recelo y desconfianza que gastaba su dinero, su salud y sus años en aquellos viajes detenidos y misteriosos, que hablaba días enteros con los indios, y parecía leer en cada hoja, en cada hierba...

Dichos funcionarios empezaron a perseguirle con saña. Sus preciosas colecciones eran destruídas.

— Es un espía del rey de Portugal — dijeron los fun-

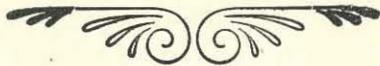
cionarios españoles, que no acababan de comprender la grandeza del sabio solitario.

Félix de Azara, intrépido, infatigable, sonreía con tristeza, y continuaba sus observaciones, rehacía sus colecciones destruídas.

El antiguo soldado de Argel sabía que estaba trabajando para el porvenir, para la ciencia, para la verdad, y en 1801, nueve años antes del grito de Mayo, regresaba a España.

Estaba viejo, gastado por la fatiga de sus viajes; su fortuna había desaparecido. Pero llevaba en el fondo de sus maletas la obra que lo había de hacer célebre por todos los tiempos, sus « Viajes por la América del Sur ».

Veinte años de sacrificios, de estudios, de valor y de abnegación fueron el precio de la gloria de Félix de Azara, el primero de los sabios en América.





El romance del petróleo

DESDE remotos tiempos los Caldeos, a lo largo del caudaloso Eufrates, conocían al petróleo, al cual llamaban Nephet, palabra que luego los griegos modificaron en Naphta, aun hoy en uso para denominar uno de los productos livianos del petróleo, o al petróleo propiamente dicho.

La palabra Petróleo, se compone de las dos voces latinas *Petra*: piedra y *Oleum*: aceite. Aceite de piedra, traducción de Rock-oil.

El uso del petróleo y del alquitrán se remonta a las épocas históricas más antiguas; la Biblia refiere que Noé había impermeabilizado su arca mediante alquitrán, y que en la construcción de la torre de Babel se había usado una argamasa

preparada con « naphtha ». Algunos pueblos usaban ya entonces la nafta petróleo como combustible, y los egipcios la utilizaban en la preparación de las momias.

En Italia, dos siglos antes que en América, se usaba el petróleo del Apenino para el alumbrado.

En Rusia, desde las más remotas épocas, antes de Cristo, en los templos se mantenían encendidos sin interrupción (y esto duró hasta 1880) los fuegos sagrados, alimentados por petróleo y por gases inflamables que de aquél se desprendían. Marco Polo, en el siglo XIII, visitó estos manantiales maravillosos de un aceite que él decía « no servirá para la comida, pero sí para arder y para curar los camellos roñosos ».

En 1820, los pozos de petróleo de Bakú fueron declarados propiedad del Estado ruso.

También el Japón posee algunos yacimientos importantes de petróleo, pero la producción es bastante limitada.

En Inglaterra, Y. Young, en 1848 había elaborado industrialmente una especie de petróleo descubierto en una mina de Alfreton.

Es, pues, en la época contemporánea cuando el hombre adquiere el conocimiento exacto del valor de este producto natural.

En la Nueva Inglaterra la tribu de los Senecas recogía de los bordes de los ríos y en las orillas de los lagos el aceite mineral que empleaban para curar las afecciones intestinales; enseñaron esta aplicación a los habitantes blancos, que lo llamaron « Seneca Oil », que poco después fué reemplazado por el de « Rock Oil », por haber hallado los obreros empleados en la extracción de la sal gema, filtraciones del « Seneca Oil ».

El aceite mineral servía también como diversión, y todo viajero que volvía del interior del país, traía consigo pequeñas cantidades, que las familias de las ciudades del litoral hacían arder luego, con gran regocijo de los pequeños.

Al año 1854 le corresponde el honor de ser el que, en el transcurso de los años, puede contar entre sus días aquel en que el profesor George Brussel analizó el aceite mineral, análisis que le reveló la riqueza que tenía entre sus manos. El «Rock Oil» era la amalgama de los más diversos hidrocarburos, y estaba destinado a destronar al carbón.

Basándose en este descubrimiento, formó la primera compañía para explotar las fuentes petrolíferas de Pensylvania, y el 25 de agosto de 1858, el ingeniero Drake llegaba a la napa de petróleo en Titusville, por cuenta de la «Pensylvania Rock Oil Company».

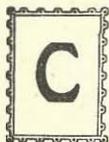
Otra versión dice: «El primer pozo de petróleo en América se halló por casualidad en Titusville (Pensylvania). Para obtener agua potable del subsuelo, en 1859, se perforó un pozo, mediante sondas, y cuando se alcanzó la profundidad de 22 metros se obtuvo, con estupefacción de todos, un chorro continuo de petróleo, que daba 4.000 litros de nafta diariamente.

«Desde este momento se apodera de los Estados Unidos la fiebre del petróleo, a semejanza de la fiebre del oro, que se había desarrollado a raíz del descubrimiento de los «placers» de California».

Pueblos se transforman en ciudades en un abrir y cerrar de ojos, y créanse como por encanto cuantiosas fortunas.

Había llegado la era del petróleo.

La casa del mar.



ASA del mar, blanqueando solitaria
Entre la primavera de los trigos...
De su abierta ventana, en el verano,
Se escapaba un cantar, y el viento mismo,
Ronco con el mugir de las haciendas,
Se detenía a oírlo.

¡ Casa del mar, alzándose en la pampa,
Guardando en los silencios infinitos
Del campo verde y del profundo cielo
La misteriosa intimidad de un nido!

Esta casa fué un buque,
Un errante bajel desconocido
Que en sus juegos salvajes el océano
Arrojó un día al arenal rojizo.

Esta casa fué un buque
Que navegó del mar por los caminos
Y recorrió las rutas del planeta,
Y recogió las voces del abismo,
Y caldearon los soles de otros climas,
Y sus velas hincharon los alisios,
Y llevó en sus entrañas los ensueños
De los hombres errantes y perdidos
Que iban buscando el Vellocino de Oro.

Esta casa fué un buque. Era construído
Bajo el pálido cielo escandinavo
Con la madera de los altos pinos
Que crecen junto al fiord, y que decoran
En el silencio de los largos fríos
Las baladas de nieve de Noruega.

La voz del océano
Suele arrullar el alma de este pino,
Lo puebla de nostalgias misteriosas
En los grandes silencios infinitos.

¡Buque que atravesó todos los mares,
Pino de aquel navío!
Las manos amorosas de los hombres
Hicieron esta casa con el pino.

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG





El niño de la selva.

I. — El cachorro de hombre.

ERAN las siete de una calurosa tarde en las colinas de Sioni, en la India, cuando Papá Lobo despertó de su sueño diurno, rascóse, bostezó y estiró las patas, una tras otra, para quitarse de encima la pesadez que en ellas sentía aún. Mamá Loba estaba echada, caído el largo hocico gris sobre sus cuatro vacilantes y chillones lobatos, mientras la luna brillaba a la entrada de la caverna donde todos ellos vivían.

Papá Lobo se puso a escuchar; del valle que bajaba hasta el río, venía el agrio, rabioso, pérfido lamento del tigre cuando no ha logrado apoderarse ni de una sola pieza.

— ¡Chist! No son bueyes ni gamos los que caza esta noche, — dijo Mamá Loba. Busca al hombre.

El zumbador ronquido del tigre parecía venir de todos los ámbitos del contorno. Era aquel ruido especial que des-concierta a los leñadores y a toda la gente errante que duerme al raso, haciéndoles correr, a veces tan desatentados que se arrojan en las mismas fauces del tigre.

— ¡El hombre! — dijo Papá Lobo; ¿acaso no hay animales en la selva, que ahora se le ocurre comer carne humana?

La Ley de la Selva prohíbe a las fieras comer *Hombres*; 1.º, porque toda humana matanza significa, tarde o temprano, la llegada de hombres blancos, montados en elefantes y marados de fusiles, en compañía de centenares de hombres de color, con cohetes y antorchas, y entonces debe sufrir todo el mundo en la selva; 2.º, porque el Hombre, según razonan las fieras, es el más débil e indefenso de todos los seres vivientes, y es indigno de un cazador poner mano en él, y 3.º, porque los devoradores de hombres se vuelven sarnosos y pierden los dientes.

Corrió hacia afuera Papá Lobo, y oyó a Shere Khan, el tigre, murmurando y gruñendo furiosamente, mientras se revolcaba entre la maleza.

— A ese estúpido se le ha ocurrido saltar por encima del fuego de unos leñadores y se ha quemado las patas, — dijo Papá Lobo, gruñendo con mal humor.

— Algo sube por la colina — exclamó Mamá Loba, levantando una oreja — prepárate.

Crujieron los matorrales en la espesura y Papá Lobo agachóse, con los cuartos traseros pegados a la tierra, pronto para el salto. Iba a brincar ya, cuando de repente se detuvo y exclamó con disgusto:

— ¡Un hombre! Un cachorro humano. ¡Mira!

Frente a él, apoyándose sobre una rama, erguíase, completamente desnudo, un niño moreno, que apenas sabía andar: la cosa más frágil y pequeña, que jamás se había visto en la caverna de un lobo. Miró a éste cara a cara, y se rió.

— ¿Es *un cachorro de hombre*? — dijo Mamá Loba —. Nunca he visto ninguno: tráelo.

Acostumbrado a mover de un lado a otro sus propios pequeñuelos, un lobo puede, si es preciso, llevar un huevo en la boca sin romperlo. Así, aunque se juntaron ambas quijadas de Papá Lobo sobre las espaldas del niño al colocarlo entre los lobatos, ni un solo diente le arañó la piel.

— ¡Qué pequeño, qué desnudo y... qué valiente! — dijo con dulzura Mamá Loba. ¡Ah! Y ahora come con los demás... De modo que éste es *un cachorro de hombre* ¿eh? Nunca habrá habido lobo que pueda vanagloriarse de contar uno entre sus hijos.

— He oído hablar de eso algunas veces, refiriéndose a tiempos muy remotos, — contestó Papá Lobo. — Pero observa: nos está mirando y ni siquiera tiene miedo.

El resplandor de la luna quedó interceptado, de pronto, por la enorme cabeza cuadrada y por los hombros de Shere Khan, que aparecía a la entrada de la caverna.

— ¿Qué desea Shere Khan? — le preguntó Papá Lobo, con tono dulce, pero con ojos iracundos.

— Mi presa. Un cachorro humano ha pasado por aquí... Sus padres han huído... ¡Dámelo!

Shere Khan estaba furioso por el dolor de las quemaduras. Pero papá Lobo sabía muy bien que la boca de la caverna era hartó estrecha para que por ella pudiera pasar un tigre.

— Los lobos son un pueblo libre. Obedecen las órdenes

de su manada y no las de un pintarrajeado cazador de reses como tú. El cachorro de hombre es nuestro... para matarlo si se nos antoja, —dijo con rabia Papá Lobo.

— ¡Si se nos antoja! ¡Si se nos antoja! Por el toro que maté, os digo que reclamo lo que en justicia se me debe. ¡Soy yo, Shere Khan, quien os habla!

Tronó por los ámbitos de la caverna el rugido del tigre. Mamá Loba separóse de los lobatos y se adelantó:

— ¡Y soy yo quien te contesta! ¡El cachorro humano es mío, mío y muy mío!... Vivirá para correr y cazar junto con nuestra manada.

Y un día llegará en que también cace a *Vuestra Majestad*... ¡Márchese de aquí la fiera chamuscada!

Tal vez Shere Khan hubiera desafiado a Papá Lobo; pero temía a Mamá Loba, porque lucharía hasta morir y porque, en el sitio en que se hallaban, todas las ventajas estaban de su parte. Retiróse, pues, refunfuñando de la boca de la caverna, y ya un poco distante, gritó:

— Veremos lo que dice la manada respecto a eso de criar cachorros humanos... El cachorro es mío, y al fin vendrá a parar a mis dientes ¡Ladrones!

Mamá Loba se dejó caer jadeante entre los lobatos. Papá Lobo le dijo gravemente:

— Tiene razón Shere Khan: hay que presentar a la manada el cachorro ése. ¿Persistes aún en guardarlo, mamá?

— ¡Guardarlo! ¡Vaya si lo guardaré!, —contestó ella suspirando. Desnudo vino, de noche, solo y hambriento, y sin embargo no tenía miedo. Mira: ha echado ya a un lado a uno de mis hijos. Acuéstate quietecito, renacuajo. Tiempo vendrá *Mowgli* (porqué Mowgli, la rana, le llamaré a *vuesa merced* en adelante) en que seas tú quien cace a Shere Khan.

El árbol.



TRA vez he venido

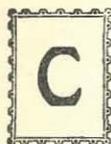
A dormir mis cansancios y a buscar el olvido
Bajo la vieja sombra de tus torcidas ramas,
Árbol que hablas y sueñas, que suspiras y que amas,
Como un abuelo triste, meditabundo y ciego,
Viejo árbol que perfumas el patio solariego!

Se fué mi primavera,
Ya no florecerá mi amor ni mi quimera;
Pero tú, ¡oh árbol viejo de ramas retorcidas!
Si viste cien otoños largos como cien vidas
Y sin interminables y nevados inviernos,
También soñaste sueños generosos y eternos
Cuando el sol anidaba en tus ramas austeras
Y cuando florecías en tus cien primaveras.

¡Viejo árbol de mi infancia!
De tus últimas flores me embriaga la fragancia,
Como antes, en los días mejores que pasaron...
Háblame de los labios queridos que callaron;
Háblame en el silencio de mi patio también,
Árbol amado y solo, único y viejo amigo,
De las cabezas blancas que soñaban conmigo,
De los ojos azules y hondos que ya no ven...
¡Árbol como un abuelo, triste, inmóvil y ciego,
Vuélveme los amores del patio solariego!

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG.

La yerra en las cumbres.



UANDO se va a señalar las cabras, entre las gentes de los cerros se hace una gran fiesta; el dueño de los animales prepara bastante bebida y comida, invitando a todos los amigos y parientes para el día indicado.

Si alguno de los invitados tiene un San Marcos o un San Juan, lo lleva a la fiesta para que sirva de protector a la majada, por ser abogados de los animales, según ellos, como ya se ha dicho en el capítulo de las *Ceremonias religiosas*.

Una vez reunidos se sientan alrededor de una mesa, sobre la cual hay puesta abundante coca. Cada uno dice: «con permiso», y se sirve una porción, empezando por separar las hojitas enteras. Todos hacen lo mismo hasta que ya no queden más sobre la mesa.

Entonces, cada cual procede al recuento de las hojitas que ha separado, y contando cien por cada hoja las entregan al dueño de la casa, diciéndole:

«En nombre de San Marcos le doy trescientas, cuatrocientas, etc.», con lo que quiere significar el deseo de ver aumentada la majada.

El dueño de la casa recibe estas hojitas en su *chuspa*, que es la bolsa donde coloca la coca para su uso.

Estos ofrecimientos, generalmente, se hacen con relación, es decir, con versos dirigidos al dueño o a la dueña de casa, mientras todos los concurrentes *coquean*.

Terminado este acto se dirigen al corral para dar comienzo a la señalada; los compadres del dueño de casa, encargados de la operación en tales casos, eligen una pareja de cabritos, un cordero y una oveja, o un ternero y una ternerilla, según la clase de hacienda que ha de marcarse, con el objeto de casarlos.

Los adornan para ello con flores y borlitas de lana de diversos colores colgados al cuello o de los cuernos, y tomando uno la comadre y otro el compadre, los hacen *abrazar*, dándoles un poco de *chicha* y aguardiente y poniéndoles en la boca unas hojas de coca. Con un poco de tierra tomada del corral les hacen una cruz en la frente y les dan la bendición con estas palabras: « En nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, que Dios te haga buen cristiano y te dé su santa bendición ».

Concluido tan curioso casamiento, reminiscencia de los idénticos que en otra época practicaban con las llamas, los compadres señalan las cabras, y con la sangre que mana de las ovejas mutiladas mojan la cara de la dueña de la casa para que, según dicen, gane en salud ella y la majada.

Entonces el dueño de la casa, dirigiéndose a los presentes, habla en estos términos:

« Señores: servicio tero huaihaíchi túcui »

« cáibi tiahjcuna yanapahuafchi »

« sisachaita ».

Cuya traducción es la siguiente:

Señores: todos los que están aquí háganme el **servicio** de ayudarme a florear (¹).

(¹) Esta palabra florear, es decir, adornar, es seguramente la que empleaban antiguamente cuando procedían a señalar las llamas, a las que sólo perforaban las orejas, con objeto de colocarles un adorno de lana, coloreada según el gusto del dueño del rebaño. Por costumbre la han aplicado también a las señaladas de cabras.

Dicho lo cual, todos empiezan el trabajo de señalar, entregando al dueño de casa los pedazos de las orejas, las que va guardando dentro de la *chuspa* de coca.

Cuando terminan la *señalada*, hacen aspersiones con aguardiente y *chicha*, dando todos vuelta alrededor del corral; luego, de rodillas y con los brazos en cruz, rezan el credo; sueltan después el ganado hacia el lado por donde aparece el Sol, así aquél se multiplicará pronto, tirándoles piedras, el *acullico* de coca y gritando a la vez: «tropa, tropa, tropa».

Se arrodillan nuevamente para rezar otro credo y levantar cada uno una piedra del suelo, haciendo con ellas un montoncito en el lugar en que se han detenido después de haber acompañado a la tropa media cuadra más o menos.

Hecho el montón de piedras, se dan todos la mano y felicitan al dueño de casa, haciendo votos por que en el año venidero haya aumentado su ganado, y retornan a la habitación, en donde les espera abundante *chicha* y baile.

En el día siguiente, el amo de casa, acompañado de los que aun quedan, busca un hormiguero para enterrar las orejas y las hojas de coca obsequiadas en el festín del día anterior.



Cartas de Don Juan Manuel de Rosas a sus padres.

Campamento de Galíndez, octubre 22 de 1820.

«He leído, muy amada madre mía, la estimable de Vd. La he leído, y aun leyéndola, respetaba en ese acto los conceptos vaciados. La sensibilidad empañaba mis ojos; el corazón animaba el placer, y la naturaleza se complacía en la esperanza venturosa. El delito lo constituye la voluntad de delinquir, y sabe el cielo que la mía jamás lo amó! Un solo instante no he dejado de querer a mis padres. Esta soledad, desde donde escribo, es testigo de las emociones que contristan el alma, y donde las amarguras acibaraban sus mejores deseos, considerándome víctima desgraciada por la fatalidad de un destino injusto. Voy en la ocasión a marchar por segunda vez a campaña. Si en ella soy feliz o sobrevivo, he de aprovechar un instante para pedir la bendición a mis amantes padres y abrazarlos tiernamente. Para esto, ante todo y sobre todo, deseo la vida».

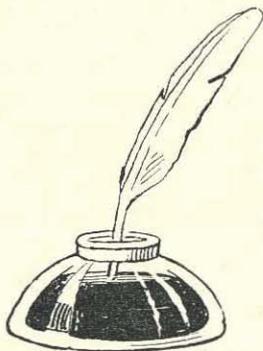
JUAN MANUEL ORTIZ DE ROSAS.

Campamento de Galíndez, octubre 22 de 1820.

«Mi respetable padre: De los combates que sufre mi espíritu, Dios es testigo. Soy hijo, soy esposo, soy padre. A todos los afectos que mueven estas atribuciones soy sensible. La naturaleza es muy vehemente, y de su misma in-

tensidad soy víctima por temperamento. ¡Tanta es la impresión con que las pasiones excitan mi sensibilidad! El día de mi marcha se aproxima y el de mi destino no está a mis alcances. Mañana debo alejarme, pero llevando impresos en mi corazón a mi virtuosa compañera, a mis tiernos hijos, a mis amables padres: a Juan Manuel de Rosas, que tiene valor para muchos, le falta para un adiós. Mis ojos no podrían resistir y toda mi entereza fluctuaría. Lo debo a mi nombre mi primer amigo don Juan Nepomuceno Terrero. En mi ausencia mis queridos padres verán en él a su hijo Juan Manuel, y mi dulce Encarnación a su eterno compañero amante. Nuestros hijos lo son de Terrero. Es mi único amigo después de mi adorada Encarnación, y es poseedor de todas las virtudes. Adiós, recibe enternecido la bendición de mis muy amados padres, el mejor de sus hijos ».

JUAN MANUEL ORTIZ DE ROSAS



La maestra rural.



LA Maestra era pura. Los suaves hortelanos, decían: « de este predio, que es predio de Jesús, han de conservar puros los ojos y las manos, guardar claros sus óleos, para dar clara luz ».

La Maestra era pobre. Su reino no era humano.
(Así en el doloroso sembrador de Israel).
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano,
¡y era todo su espíritu un inmenso joyer!

La Maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!
Su sonrisa fué un modo de llorar con bondad.
Por sobre la sandalia rota y enrojecida,
tal sonrisa, la insigne flor de su santidad.

¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres el dolor;
Los hierros que le abrieron el pecho generoso
¡más anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor
del lucero cautivo que en sus carnes ardía:
pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste
¡y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti!

Pasó por él su fina, su delicada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la muerte la convidó a partir.
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
a la de Ojos Profundos se dió sin resistir.

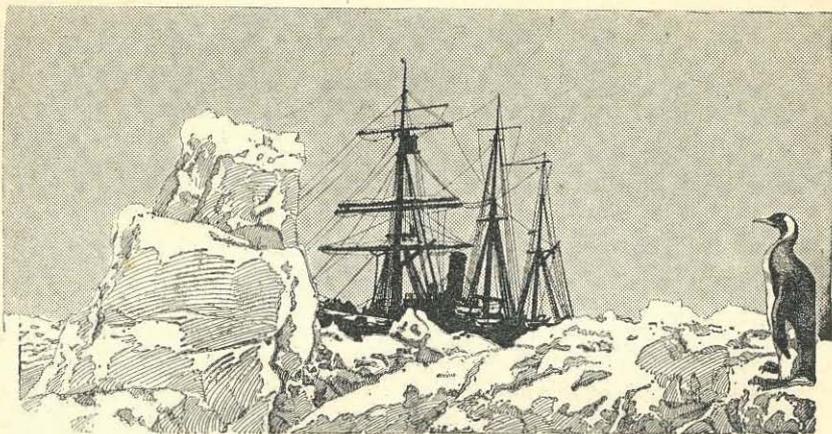
Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de luna;
almohada de sus sienes, una constelación;
cante el Padre para ella sus canciones de cuna
¡y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
para volcar aljófares sobre la humanidad;
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por eso aun el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear.
¡y el cuidador de tumbas, como aroma, me cuenta,
las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

GABRIELA MISTRAL.





Los climas.

SUELE mencionarse la analogía del clima de las regiones continentales del hemisferio Sur y del Norte, comprendidas entre latitudes iguales. Nuestro país, que, con Chile, alcanza las latitudes más australes de los continentes del hemisferio Sur, es por lo tanto el único que puede someterse con amplitud a una comparación climatológica.

La clasificación en general del clima de la Argentina no es posible, porque abarca del templado tórrido, del templado y del templado frío, según se tomen en consideración las temperaturas medias anuales que reinan en las provincias del Norte o del centro, o de los territorios del Sur. Un examen de los elementos meteorológicos en las estaciones extremas del año demuestra que en realidad sólo podemos clasificar en el clima templado cálido menos de la mitad del territorio, mientras que la otra parte merece la clasificación de templado frío, como el Oeste de Europa.

Para comprobar esto, basta comparar las temperaturas medias de invierno de Europa con las de la República Argentina; veremos que la mayor parte de España, Italia, Grecia y Asia Menor posee las mismas temperaturas invernales que reinan en la provincia de Buenos Aires, Mendoza, Sur de Santa Fe, Córdoba, San Luis, La Pampa, Chubut Este y N. E. de Neuquén, quedando limitada esa temperatura por una línea que corriera desde el extremo Norte de la provincia de San Juan hasta Comodoro Rivadavia.

De esa línea hacia el Oeste, la temperatura media en la República Argentina es igual a la del resto de Europa hasta una línea que incluya a Francia, Inglaterra, el Oeste de Alemania, el Norte de Italia, de Grecia y del Asia Menor.

Las temperaturas medias de verano nos demuestran que casi desde el límite Norte de Chubut hasta la frontera de Bolivia, la República cuenta con los mismos calores que se experimentan en el Sur de Europa y en el Norte de Africa.

Si se excluyen ciertas regiones argentinas, donde la lluvia es muy escasa, comparables a las comarcas secas del Norte de Rusia y la costa Norte del Mar Caspio, como son el Oeste de Jujuy, de Catamarca, de la Rioja, centro y Este de San Juan, Norte y Sur de Mendoza, centro de Río Negro y Chubut, Este de Neuquén y Oeste de la Pampa, el resto del país está suficientemente favorecido por las precipitaciones para ser dedicado a la ganadería o a algún cultivo intensivo provechoso, puesto que disponemos de todas las combinaciones posibles de humedad y sequedad, con calor y frío, que requieren las más diversas especies del reino vegetal, cultivables desde el nivel del mar hasta dos mil metros de altura, o más, según la latitud del paraje.

En este sentido, indudablemente lo que falta es dedica-

ción para cultivar inmensos viñedos, puesto que se cuenta con abundancia de terreno, o para plantar grandes bosques de las más valiosas esencias forestales, ubicándolos según sus necesidades de suelo, elevación, temperatura y lluvia.

También los animales hallarían en el suelo argentino las diversas cualidades meteorológicas que requieren para su aclimatación.

Pero pocos piensan en ello. Al contrario algunas especies valiosas se ven amenazadas por el exterminio, como ocurre con el guanaco, la vicuña, el avestruz, la chinchilla, y otras.

Si es cierto que algunos ensayos de aclimatación de animales fracasaron, ello no se debió a condiciones climatológicas adversas, sino a falta de procedimientos racionales. En cambio, no han prosperado las industrias marinas, a pesar de los diversos ensayos realizados y de las magníficas perspectivas que ofrece la pesca en las costas del Sur.

Pero del mismo modo que el país se presta para el crecimiento de los más variados vegetales y la introducción de animales, es igualmente favorable para el desarrollo vigoroso del hombre.

Las condiciones del clima nacional son tan semejantes a las de los países de Europa y de la América del Norte, que exigen un espíritu de trabajo asiduo y de lucha constante contra los elementos meteorológicos, especialmente en las regiones menos cálidas, llevan al hombre la conciencia de su valer y a un notable desarrollo de su fuerza física.

La destacada actuación de los atletas escandinavos, ingleses, rusos, norteamericanos, y en general de los países del Norte, aporta la prueba más evidente de ese desarrollo físico. No tiene nada de extraño, por lo tanto, que la nueva raza en formación en nuestro país presente ya ejem-

plares que demuestran el efecto del clima propicio sobre el material humano.

En la República se agrega otro factor importante para este perfeccionamiento de la nueva raza: la refundición de varias naciones representadas por individuos emprendedores, que, junto con ciertos defectos de la civilización europea, nos traen la contribución del empuje y el vigor de los elementos de autoselección, resultantes de los embates seculares a que se han hallado sometidos.

A medida, pues, que se pueblen los territorios de la Patagonia, especialmente los más australes, con hombres que, por el hecho de trasladarse a ellos demuestran la decisión de su carácter y la energía física para sobreponerse a las inclemencias del clima, se formará allí una población fuerte, sana, industriosa, que hará fructificar las inmensas riquezas que duermen en los valles, las montañas, las llanuras, las riberas, y constituirán una nueva patria en el Sur.



La casa.



LA casa era antigua.

Manos anónimas la levantaron con amor, en un tiempo distante, para cobijar un idilio desvanecido. Primitiva y simple, alzaba su techumbre de tejas, sus aleros que sostenían vigorosos horcones de madera india, bajo el caliente cielo, y sus puertas eran de cedro.

Enclavada en una ladera, miraba hacia el poniente, fuera del alcance de un arroyo torrencioso que desbordaba cuando llegaban las lluvias del equinoccio. Más arriba, en la cuesta, crecían enormes y frondosos árboles, que la primavera florecía y desnudaba el otoño.

Desde el camino, blanca y risueña, la casa parecía envuelta en una alegría de novia, y el viento cantaba entre los árboles cercanos madrigales guaraníes, mientras los rosales y los jazmines acercaban sus guirnaldas hasta los bordes mismos del alero.

Sonaron guitarras, y vibraron risas de mujer en la intimidad de la casa hasta que un día la pobló un baluceo infantil, gritos de niños que ahogaban el zumbido de las ruelas y el chirriar de los trapiches.

El chipá, el rubio pan guaraní, amarilleó en el horno primitivo; el aroma familiar del mosto casero se mezcló con el de las naranjas agrias, y la carne roja de los arazá sangró en las mañanas ardientes de sol.

En la sombra tibia del corredor se festejaron los fastos

cristianos; el día del Niño Dios, de San Blas, de San Juan, de la Asunción...

Largos transcurrieron los años. La casa creció. Agregáronle un rancho de adobe con rústicos horcones y techo de capí-f.

La corriente serena de la existencia pasó por la casa como las aguas apacibles de un río sobre la arena. La casa ya no parecía una novia venturosa y juvenil, era más bien una matrona arrogante y hospitalaria.

Hasta que llegaron los días aciagos. El clarín resonó en el fondo de la selva.

¡La guerra!

El padre y los hijos partieron hacia los campamentos. Nunca volvieron... La casa no los vió más...

El arado y los trapiches quedaron abandonados. La herrumbre carcomió la reja otrora reluciente, y las lluvias agrietaron las maderas inmóviles. Las guitarras enmudecieron y la rueda dejó de zumbar. Las tropas, a su paso, dejaron vacío el corral. La derrota impuso el éxodo, y la casa quedó sola, hundida en el silencio de la muerte y del olvido; se marchitaron los jazmines y los rosales, y hasta el viento de la selva dejó de cantar los madrigales guaraníes sobre las tejas rotas de la casa. La guerra había dispersado el hogar...

Los dioses lares la abandonaron.

En vano la brisa aromada de arazá llamaba a sus puertas; en vano los rayos de la luna y del sol trataron de penetrar por las rendijas de los muros...

La casa estaba desolada y triste como un corazón cerrado a la esperanza.

Tan sólo el gallo solariego, altivo y petulante, seguía lanzando sus clarinadas estridentes sobre el caballete del

tejado. Un día, él también desapareció en las profundidades del monte.

La casa parecía una viuda, inconsolable y solitaria, en su tristeza inmóvil, en su silencio melancólico. Arrastráronse cautelosamente las zarzas hasta el corredor y lo llenaron de abrojos; aparecieron bajo el alero los primeros usufructuarios de las ruinas: los buhos y los murciélagos.

Hormigas, lagartijas y roedores se escurrieron por debajo de las puertas, y durante una tormenta de noviembre la casa toda se estremeció; crujieron las vigas, y al soplo del viento huracanado una puerta se abrió violentamente. Con el viento entró la lluvia, que humedeció los porosos ladrillos polvorientos, entre cuyas junturas floreció una vegetación pálida y viscosa.

La Naturaleza empezó a atormentar la casa indefensa y abandonada; manchó sus paredes, blancas antaño, y acabó de rajar las tejas, pudriendo las palmas de la techumbre.

Y allí, donde en los años de la paz y de la juventud amaron y soñaron los muertos, se instalaron los reptiles, las aves lúgubres, las alimañas de la selva. Una centella acabó de rajar las tejas sobrevivientes, y las habitaciones donde se mecieron las cunas se convirtieron en turbias lagunas verdosas.

El sobrado de cañas seguía balanceándose al soplo caliente del viento Norte con un crujido que parecía un lamento.

Un día entró una víbora, y al oír aquel rumor miró hacia arriba, desarrollando sus anillos amarillentos y negros, y huyó hacia el monte.

En las noches cálidas de verano, las pupilas errantes de las luciérnagas temblaban como fuegos fatuos en las piezas, y durante un invierno, los vientos del Sur, helados y tenaces, golpearon la casa con furor; arrebataron las techumbres de capí-fí, y dispersaron los nidos que aún quedaban en el alero

Una melancolía de muerte, silenciosa y tétrica, desprendíase de la casa agonizante, de la casa que iba a morir. Se volvió sombría, como una muda protesta contra el destino.

La ruina era cada vez más lúgubre, más siniestra, frente a la selva viviente y rumorosa, y la voz ronca del torrente parecía cantarle un requiem. Semejaba a la luz espectral de la luna del trópico una enorme calavera, con sus negras cuencas vacías vueltas hacia el camino por donde se habían ido para siempre las almas que cobijó un día con sus amores y sus sueños. La casa estaba muerta.



El beso de Manuelita Rosas.



MANUELITA, el navío corría por los mares
Llevándote a las tierras que nunca besa el sol,
¡Qué lágrimas ardientes caían de tus ojos,
De aquellos ojos negros que amó el Restaurador!

Dormía tu «tatita», fruncido el torvo ceño;
Tus manos amorosas posábanse en su sien;
Poblaban los espectros sus rojas pesadillas...
¡Qué sueños esa noche soñó Don Juan Manuel!

Oías el murmullo febril de su delirio,
Y en tu alma, sola y triste, volvía a resonar
La lúgubre y sangrienta canción del mazorquero:
Véas las cabezas rodar bajo el puñal.

Después... Las vidalitas, allá en Santos Lugares,
La luna que bañaba los patios del cuartel,
Rumor de melancólicas guitarras de soldados,
El grito de un « salvaje » en el amanecer...

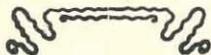
¡Qué lejos todo aquello! Los tétricos serenos
Alzando en los silencios los cantos del Terror,
La voz de las ardientes mulatas traicioneras,
La sangre de las albas de la Federación.

¡Ah, Manuelita! Cómo temblaban en tus dedos
Las cuentas del rosario mirándole dormir...
Paloma que arrullabas de amor por la pantera,
Los sueños de tu infancia tocaban a su fin.

Ya no quedaba nada, más que la triste huída,
Nada más que una sombra de horror de lo que fué:
¡Era Camila O' Gorman, Camila, que bajaba
Sonriendo del cadalso que alzó Don Juan Manuel!

Escucha, que el dormido gimió en su horrible sueño:
Tus labios lo besaron con trémula pasión,
Y Dios entonces supo, doliente Manuelita,
Que el beso de esa noche salvó al Restaurador.

HÉCTOR PEDRO BLUMBERG.



Nostalgia africana.



SEÑAS, viejo elefante casi ciego,
Dulce, triste y nostálgico,
Con el vago murmullo de tu selva
Y la luna en el fondo de tu río africano?

Monstruoso prisionero,
¿Por qué praderas andará el rebaño?
A veces tus pupilas casi ciegas
Ven las riberas de los grandes lagos,
Y el bostezo de un león trae a tu sueño
La visión del pasado...

Viejo elefante prisionero y triste,
¡Oh manso y dulce monstruo de cien años!
¡Cómo olía la selva en primavera,
Cuando en la clara noche aullaban los leopardos
Y bebían las tímidas girafas
Junto a los torvos leones en el río africano!

Oías el gruñir de los gorilas
Y el hedor de las hienas flotaba en el espacio,
Y el rojo sol del Africa ponía
Flores de fuego en los baobabs enanos.

¡Oh monstruo dulce y triste!
Yo siento tu nostalgia de cien años:
Cuando rugen los leones en la noche
Yo sé que estás llorando...

HÉCTOR PEDRO BLONBERG.



Los sabios en América

II. — Humboldt

ALEJANDRO de Humboldt, nacido en Berlín en el año 1769, era hijo de un oficial del ejército alemán. Fué un niño enfermizo, pálido y triste. Desde sus primeros años huía de las discusiones infantiles, y se le veía juntando plantas e insectos en los rincones del jardín paterno.

El genio de la ciencia apuntaba ya en aquel niño de rostro descolorido y largos cabellos rubios. A los diez y seis años, su padre, el barón de Humboldt, al que no convenían las inclinaciones de naturalista de su heredero, lo dedicó al estudio de las finanzas.

Pero el barón de Humboldt murió por ese tiempo.

Fué entonces cuando despertó en su hijo la pasión de los viajes.

Antes de comenzar sus peregrinaciones famosas, estudió idiomas, astronomía, física. Era por aquel tiempo amigo de uno de los hombres más célebres de su siglo: el poeta alemán Schiller.

En plena juventud, Humboldt realizó una serie de viajes por todos los países de Europa.

Un día se encontró en París con el sabio francés Bompland, y ambos se trasladaron a Marsella. Allí decidieron embarcarse con rumbo al Egipto, donde encontrarían las huellas de Napoleón, el héroe de las Pirámides. Pero este viaje fracasó.

Entonces Humboldt, en cuyos sueños de sabio surgían visiones de los misteriosos mundos de América, se fué a España.

Se embarcó, junto con Bompland, en unos de los puertos de adonde antaño partían los descubridores, y llegó a las costas de Venezuela.

Sin arredrarse ante la fatiga y el peligro, llegó hasta las riberas paludosas y desconocidas del Orinoco. Recorrió más de dos mil leguas de tierras salvajes que nunca habían visto pasar un hombre blanco.

Sería muy largo seguir los pasos del sabio por el continente, que recorrió palmo a palmo: las Antillas, los territorios de la costa del Pacífico, leyendo el secreto del mundo físico americano con la misma fe y la misma pasión que Félix de Azara.

Puede decirse que Humboldt fué el fundador de la verdadera ciencia geográfica, física y meteorológica. Fué él quien determinó la ciencia comparativa de las diferencias climatológicas en la distribución de la vida orgánica.

Ni los valles, ni las montañas, ni las nubes, ni las es-

trellas de América tuvieron secretos para él, para Alejandro Humboldt, el peregrino apasionado de la ciencia.

Terminados sus viajes por el Nuevo Mundo, regresó a su país, Alemania. Su fama de sabio corría ya por el mundo entero.

Humboldt, que vivió hasta los noventa años, escribió su obra maestra, «Concepto del mundo físico», a los 76, edad en que la mayoría de los hombres ha cumplido su vida y su destino.

El sabio alemán, rodeado de la admiración de los sabios, los reyes y los pueblos, odió la esclavitud, escribió la epopeya de la ciencia, y murió envuelto en los resplandores de la verdad y de la gloria.



La mujer americana.



Los descubridores y los conquistadores de América se lanzaron a la pasmosa aventura sin arredrarse ante lo desconocido. El clima, las inmensas distancias, las altas montañas, los inconmensurables desiertos, las selvas sin límites, los profundos ríos, los indios hostiles y bravíos, las fieras, los reptiles, los insectos ponzoñosos, las enfermedades mortales y desconocidas, todo lo afrontaron con ánimo y entereza.

Fué entonces cuando aquellos rudos hombres errantes conocieron el valor inmenso de lo que habían dejado, allá en la nativa tierra española: el hogar, la mujer. Apreciaron entonces el significado de la compañera adicta, intrépida, animosa, que les faltaba en las vastas soledades del nuevo mundo.

En la agitada historia de aquellas épocas surgieron algunas inolvidables figuras de mujer, ya indias, como la famosa Doña Marina, que amó Hernán Cortés, el conquistador de Méjico, ya españolas, como las que acompañaron a Don Pedro de Mendoza y a Don Juan de Garay.

En este escenario magnífico las mujeres americanas, españolas o criollas, testigos y a veces protagonistas en la áspera lucha de los hombres, primero por la conquista y la colonización, y después por la independencia, los comprendieron, amaron y secundaron.

Así se formó en la mujer americana una modalidad propia, una equilibrada muestra de mujer de hogar y de patriota. Ella, esposa fiel, madre cariñosa y abnegada, com-

partió los deberes, los sacrificios, las inquietudes de los paladines de la libertad.

Policarpa Salabarrieta, valerosa y serena, sube al cadalso por haber ayudado a los patriotas de Colombia. Las porteñas contribuyen con su coraje intrépido a expulsar al invasor de 1806 y 1807. Las damas mendocinas ceden sus joyas para fundir los cañones del ejército de los Andes.

Durante la noche sangrienta de la tiranía de Rosas, eran las mujeres las que ocultaban a sus esposos, hermanos, hijos, les ayudaban a emigrar a Montevideo y a Chile para arrancarlos a las iras de la Mazorca.

Siempre que fué necesario su esfuerzo, su valor, su abnegación, su sacrificio, su consuelo, la mujer americana respondió noblemente.

La historia y la literatura americana están llenas de magníficas figuras de mujer. Junto a las heroínas de la realidad, desde Doña Marina hasta Manuelita Rosas, desde Santa Rosa de Lima hasta Dolores Costa, la sublime enfermera de Buenos Aires, desde Isabel de Guevara hasta Pancha Garmendia; junto a éstas, decimos, se presentan a la memoria los nombres inolvidables de aquellas otras que sólo vivieron en los poemas y en los romances, encarnaciones de las virtudes, los amores y los dolores de la mujer de América, y que se llamaron « María », « Ramona », « Amalia », « Inocencia ».

Vivan siempre sus nombres y su recuerdo en las almas, hasta que un día la mano piadosa de las generaciones nuevas levante, con roca de los Andes, la estatua de la mujer americana.



La conquista de Méjico.

HERNÁN Cortés, Grijalva y Alvarado
Penetran al santuario de la diosa
Contlicúe, que ostenta su horrorosa
Imagen, bajo el templo profanado.

De cráneos el altar está sembrado,
Y cruzan en la noche tenebrosa
Buhos enormes de ala sigilosa
Y vampiros de vuelo sosegado.

Cortés, lleno de horror, blande el acero,
Y con un golpe rápido y certero
Decapita la Diosa de la Muerte.

Vibra un extraño grito a la distancia...
Y el sacerdote que la sangre escancia
A los pies del icono rueda inerte.

LEOPOLDO DÍAZ.

La siembra en el valle Calchaquí.



PARA las siembras, de igual suerte que para las siegas, trillas, deshojamientos de maíz y demás faenas rurales, si son hechas en casa de pequeños propietarios, no faltan comedidos que a ella voluntariamente se presten, gracias a las fiestas sucedáneas o inherentes a las ceremonias que con tal motivo se practican.

Para iniciar la primera, el dueño de casa se provee de dos toritos de barro cocido y de color rojo, ya sueltos o sobre una plancha de arcilla del mismo color, los que deben tener dos aberturas, una en la boca y otra en el lomo, y un tamaño que varía entre veinte y treinta centímetros. Dentro de uno de ellos echan aguardiente, y del otro *chicha* de maíz.

Hacen, además, otro torito de *llicta*.

Llegado el momento de la siembra y hallándose reunidos todos los participantes, adornados con cintas, flores y moños de diversos colores, sean hombres o mujeres, el dueño de la casa *carnea* el torito de *llicta* y reparte los trozos para que *coqueen*.

Se dirigen luego al lugar en que se hallan amontonadas las espigas de maíz destinadas a proporcionar el grano que ha de sembrarse, hacen derramar sobre ellas, por la boca de los toritos, el aguardiente y la *chicha*, al par que hacen lo propio con cierta cantidad de coca y de *llicta*.

Para que en tal ceremonia no falte la faz cristiana, vuelcan también agua bendita, mientras los presentes bendicen la semilla.

Terminadas estas prácticas, las mujeres se reparten las semillas, en tanto los hombres se hacen cargo de los arados, uncidos a los cuales se hallan los bueyes con los cuernos adornados con pañuelos de colores, coronas de flores, ramas de sauce, etc., empezando la apertura de los surcos, dentro de los cuales las mujeres derraman semillas desgranadas de las espigas que llevan.

Concluída la siembra, vuelven todos a la casa habitación para *chancar* el gusano, esto es, hacer una merienda menudeada de chicha y terminada con un baile.

En la quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy, la siembra se efectúa con otras ceremonias.

Ante todo, en una olla especial, cocinan un locro de maíz y librillo de vaca que llevan al rastrojo, y allí con unos platitos gemelos sacan parte de aquél y lo derraman sobre las espigas de maíz destinadas a la siembra; igual cosa hacen con chicha y aguardiente que preventivamente han colocado en dos *Yuritos*, cántaros pequeños de boca angosta y también gemelos a los que llaman *Kospanchar*.

El resto de la comida y bebida, conjuntamente con los platos y *yuros*, es enterrado en el centro del rastrojo con un poco de coca y llicta, diciendo, mientras derraman la bebida, el encargado de la operación, que es el más viejo, las siguientes palabras sacramentales:

Pacha Mama, Santa Tierra
Kusiya Kusiya

Invocación hecha a la *Pacha Mama* para que proteja la operación.

Luego comen todos en el mismo rastrojo para continuar la siembra en la misma forma descrita en la del valle cal-

chaquí. El mismo viejo de la invocación monta a caballo y desparrama, cantando y gritando, los marlos del maíz sembrado y en el borde del rastrojo a fin de preservar la futura sementera del avance de los loros.

Concluída la siembra empieza el *Güaipancho*, que consiste en correrse mutuamente, para tirarse al rostro barro de diversos colores, blanco, negro, colorado y amarillo, del que cada uno ha hecho una provisión previa.

Como las sementeras tienen a menudo que hacerse a orillas de ríos y arroyos, en atención a las condiciones del suelo y a la escasez de agua, y aquéllos fácilmente llevan con el ímpetu de sus crecidas porciones de tierra cultivada, fabrican reparos de ramas o de piedras para desviar las corrientes o amortiguar sus choques. Sin embargo, no creen en la eficacia de los mismos si no se ha puesto en sus cimientos cabezas de cerdo y cáscaras de huevo con sal.

Cuando efectúan la trilla del trigo, operación que realizan las yeguas pisoteando en la era, y siendo necesario aventarlo para separar la paja del grano, si no corre el viento indispensable, abrigan la superstición de que llamándolo acude solícito, y para ello levantan un pañuelo sobre un largo palo dando silbidos prolongados y pronunciando ciertas palabras misteriosas.

Procedimiento es éste casi idéntico al empleado por algunos marinos de veleros, lo que no haría difícil que tal superstición fuera de origen español. Cuando se desencadena alguna tempestad cargada de granizo, enemigo mortal de las cosechas, los perjudicados, no hallando otro medio de anularlo, hacen cruces de ceniza en el suelo y echan a rodar huevos de gallina para aplacar de algún modo la furia de los elementos.

Caupolicán.



Es algo formidable que vió la vieja raza:
Robusto tronco de árbol al hombro de un campeón
Salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
Blandiera el brazo de Hércules o el brazo de Sansón.

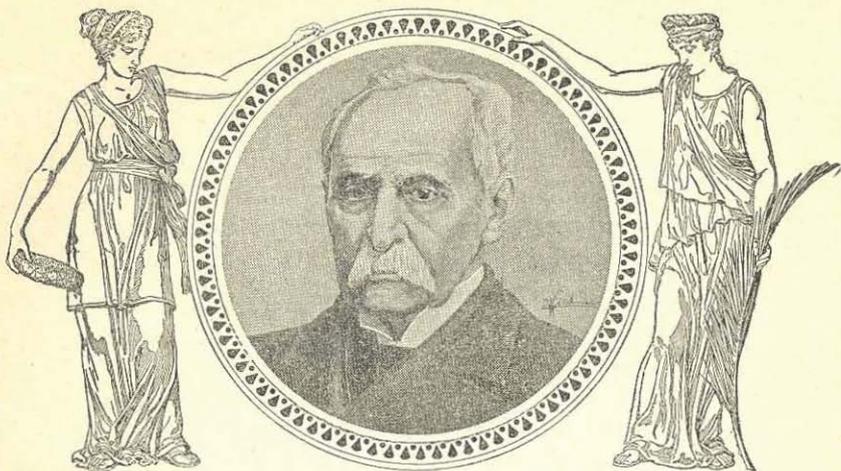
Por casco, sus cabellos; su pecho por coraza:
Pudiera tal guerrero de Arauco en la región,
Lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
Desjarretar un toro y estrangular un león.

Anduvo... Anduvo... Anduvo... Lo vió la luz del día,
Lo vió la tarde pálida, lo vió la noche fría,
Y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán.

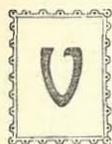
«¡El toqui!» «¡El toqui!» clama la conmovida casta.
Anduvo... Anduvo... Anduvo... La aurora dijo: «¡basta!»
E irguióse la alta frente del gran Caupolicán!

RUBÉN DARÍO.





El hermano del Himno Nacional.



VICENTE Fidel López podría haber escrito en el frontispicio de su obra el concepto de Michelet: la Historia es una resurrección. Esta tarea requiere raros dones de inteligencia y de sensibilidad. Por eso los griegos colocaron a la Historia entre las Musas; junto a la tragedia, la poesía, la danza y la música entre las diosas amables. Esos genios enseñan a sus devotos los misterios de este universo. Los llevan por senderos encantadores a esas cimas que se pierden entre las nubes. Allí se presiente la infinita belleza de las cosas y su significado trascendental entre los arboles de las formas fugaces.

La Historia es, ante todo, arte. Presentar un personaje, hacerlo revivir, sacar a la luz su alma con todas sus pasiones en movimiento, es obra idéntica a la del novelista o

dramaturgo. Realizar esa obra con el alma de un pueblo en una época dada, traducir en palabras el ambiente moral y social en que se desarrollaban las viejas generaciones, es cosa muy apreciada y muy difícil; tarea de pintor. Traducir los sentimientos de esos hombres en forma tal que el lector los experimente, que se emocione con sus odios y sus amores, es función de la música que expresa esos movimientos tenues de la sensibilidad; las aspiraciones que se ocultan en el fondo de las almas, las vagas inquietudes que en cada época son el estímulo de las facultades más nobles. Disponer la escena en que se desenvuelven los personajes en su orden necesario, de tal manera que dé una impresión exacta de su significado y que nos ayude a comprender la secreta esencia de los hechos, es tarea que requiere condiciones de gusto muy finas y complejas.

Como base fundamental de todas estas cualidades están las ciencias sociales, la geografía física, la antropología. Y para cimentar elementos tan diversos en un conjunto sólido y sistemático, vienen la filosofía y la metafísica que nos dan la síntesis de lo real y el método de penetrar lo ideal.

López tenía ese conjunto de condiciones; por eso deja una obra que vivirá siempre. Es el hombre representativo y simbólico de la vieja sociedad argentina. Conocía los acontecimientos que narró, por intuición directa. Era un contemporáneo de los hombres de Mayo, porque había nacido en el ambiente revolucionario. En su hogar germinarían los nuevos sentimientos patrióticos mucho antes del año 10; y en las veladas de invierno, la madre reemplazaba los cuentos de hadas y las historias milagrosas por ese otro milagro de la independencia y de las proezas de sus hombres. Así se levanta el alma del futuro historiador; y se vigoriza su sensibilidad en esa atmósfera de cosas heroicas, de altruismos,

de abnegación y sacrificio. No le fué difícil crear los tipos definitivos de la vieja sociedad.

En su «Historia Argentina» reviven las turbas montoneras y sus caudillos. Las siente con un alma a lo Carlyle, con toda la indignación de su temperamento clásico, chocado ante esa barbarie que regresiona rápidamente a la tribu originaria. Profesor de economía política y de derecho romano, acentúa la tradición nacionalista del pensar argentino, que continúan Alberdi y Juan María Gutiérrez.

Tuvo, sobre todo, el culto de la inteligencia. Ningún otro argentino lo supera en ese amor de las cosas del espíritu. Sostuvo el sistema parlamentario, en la ilusión, desvanecida después, de que en esa política tienen que predominar los mejores dotados. No penetró la psicología de la mediocridad sudamericana, más audaz y valiente entre su océano de inepticias que el genio europeo entre las nubes.

La instrucción clásica de la que era apasionado, completó su personalidad y le dió toda la fuerza moral necesaria para resignarse. Excuso decir que fué demasiado superior a su medio, y como exacta consecuencia y triste compensación, no lo comprendieron. Así quedó esterilizada en el retiro de su biblioteca una fuerza intelectual de primer orden.

El recuerdo de este gran argentino será evocado siempre en una forma espontánea y sencilla, como conviene en esta religión de las ideas. Y en todos los hogares en que haya libros se leerá algún capítulo de sus obras. Así vive entre nosotros, nos comunicamos con su espíritu muy a menudo, y sentimos esa influencia dulce de las grandes inteligencias, que iluminan el alma nacional con una luz suave y acrecientan nuestro amor a esa patria vieja, que sufrió tanto para conservar las buenas semillas.

JUAN AGUSTÍN GARCÍA.

El canal de Panamá.



ODA de los océanos, formidable y tremenda.

Bajo el cielo que un día vió imperios de leyenda
Que alzaba el viejo azteca en sus tierras de sol:
De Atlántida la entraña fecundada y abierta,
Y sobre los pantanos revolando despierta
La secular quimera del antiguo español.

Ensueño gigantesco de centurias lejanas
Que lentas realizaron las hormigas humanas,
La tierra prometida en los libros de Dios,
La tierra de los siglos « delicados y grandes »,
La tierra donde mueren de rodillas los Andes,
Donde pasó Balboa, se dividía en dos!

Sombras de carabelas y viejos galeones
Que crujieron al peso de civilizaciones
Y aun llevan por los mares su visión inmortal,
El sol de Manco-Cápac, el sol de Moctezuma,
Las vió de una mañana histórica en la bruma
Fantásticas y solas, pasar por el canal!

Riberas de Cipango, tierra donde está seca
La sangre que vertieron el inca y el azteca,
En lugar de las naves que trajeron la Cruz,
Por el surco que abrieron los Pizarros modernos,
Portadores de glorias y de ideales eternos,
Pasan los transatlánticos, camino de la luz.

Espíritu de América, que triunfante despiertas,
Espíritu de América, grandes alas abiertas
Que van hacia los climas de luz del porvenir:
Allí donde crujieron las viejas armaduras,
Donde hubo cuatro siglos de enormes aventuras,
Hormiguean las razas que nunca han de morir...

Oleajes del estuario, palmeras tropicales
La ruta misteriosa para Indias Orientales
Con que soñó la raza sobrehumana del Cid,
Se abría entre los bosques y los valles sonoros
Donde dejó un ensueño de trágicos tesoros
La leyenda terrible de Morgan y de Kidd!

América: no hay sombras de sangre en tus riberas,
La muerte ya no acecha al pie de las palmeras;
Donde el virrey antiguo pasaba en su galeón,
Hoy riman los motores baladas de heroísmo,
Y en lugar de las rojas leyendas del abismo
Hay cantos de trabajo y civilización.

Altas montes de América, donde surgió el miraje
De los conquistadores, cuando blanqueó el oleaje
Del mar desconocido, bajo el cielo de azur,
A la luz prodigiosa del alba colombiana..
¡Fué el día del futuro, la gloriosa mañana
En que los viejos Cides vieron la Mar del Sur!

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

Adams



La trilla.

ERAN las nueve de la mañana cuando los peones apartaron las últimas bolsas de nuestro trigo. La máquina paró, y a la sombra de la parva cercana la gente se dispuso a tomar café; un sol fuerte nos ahogaba, tiñendo en llamaradas la campiña segada, que parecía un inmenso cepillo de oro.

Lejos, en el potrero, en las quebradas, en torno de las pequeñas lagunas, los bueyes pacían, lentos y graves, en medio de la cháchara de los teros.

El alcalde de la colonia, viejo de grandes barbas, elocuente y astuto, elegido por el vecindario en una asamblea efectuada en la sinagoga, comentaba los resultados de la cosecha y alababa las calidades de nuestro trigo.

Era analfabeto casi, y sólo conocía por referencia ciertos pasajes de la Escritura, que citaba a menudo al intervenir en la entrega de una reja o en la compra de un rollo de alambre.

Y aquella mañana cálida, rodeado por los vecinos, a la sombra de la parva, peroraba sobre las ventajas de la vida rural.

— Bien sé yo — decía — que no estamos en Jerusalén; bien sé yo que esta tierra no es aquella de nuestros antepasados. Pero sembramos y tenemos trigo, y de noche, cuando regresamos de la era tras el arado, podemos bendecir al Altísimo porque nos ha conducido fuera de Rusia, donde éramos odiados y vivíamos pobres y perseguidos.

El matarife contestó:

— El trigo de Besarabia es más blanco que el de la Colonia, — y expresó pausadamente su descontento.

— En Rusia — dijo — se vive mal, pero se teme a Dios, y se vive de acuerdo con su ley. Aquí los jóvenes se vuelven gauchos.

El agudo silbato de la máquina disolvió a los vecinos. Tocaba el turno a las parvas de Moisés Hintler, quien permanecía silencioso junto a la casilla rodante del maquinista. Era bajito, flaco, y sus ojos redondos y diminutos traducían en su mirar de miope una alegría profunda. A su lado, la mujer, envejecida en la miseria del pueblo natal, contempl

ba la faena, y la hija Dvora, moza robusta y ágil, preparaba el almuerzo.

Comenzó el trabajo. Subimos a la parva de Moisés para alcanzar las gavillas, y los peones engrasaban la máquina formidable.

— Moisés — exclamó el alcalde — ¿tenías también parvas en Vilna? Allí trabajabas de joyero y componías relojes, ganando un par de rublos al mes. Aquí, Moisés, tienes campo, trigo y ganado.

Levantó una copa de caña y brindó:

— Moisés, como decimos en Rusia, yo deseo que tu tierra sea siempre fecunda y que por abundante no logres juntar su fruto.

Moisés permaneció silencioso detrás de la máquina. En su cabeza se revolvían antiguos recuerdos de su vida lúgubre de Vilna, de su vida martirizada y triste de judío.

La rueda mayor giró y el grano empezó a derramarse como lluvia de perlas bajo la bíblica bendición del cielo inundado de luz.

Interpuse lentamente la mano sobre la cual el trigo caía en clara cascada, y así la tuve mucho tiempo. A su lado, la mujer miraba con avidez, y Dvora sonreía.

— ¿Veis, hijos míos? Este trigo es nuestro...

Y sobre sus mejillas aradas por la larga miseria, corrieron dos lágrimas que cayeron junto con el grano en la primera bolsa de la cosecha...

ALBERTO GERCHUNOFF.

Anita Garibaldi.



El nombre de José Garibaldi llena, como una leyenda de heroísmo, la segunda mitad del siglo pasado. Se le ha llamado «el héroe de ambos mundos», porque el oscuro italiano de ojos azules y largos cabellos rubios, dedicó su existencia inquieta e infatigable a las luchas por la libertad.

Allí donde los pueblos soñaban con ser libres, estaba Garibaldi. Desde las selvas del Brasil hasta las llanuras de Italia, su espada fulguró en los combates, en nombre de los ideales mas bellos y mas altos de los hombres.

Y fué en estas tierras de América donde el paladín errante halló el amor de su vida. Era Anita Ribeiro, una hermosa muchacha brasileña, de ojos negros y ardientes, dotada de una belleza varonil.

Era en 1839. Don Juan Manuel de Rosas, en cuyo poder estuvo a punto de caer Garibaldi, dominaba en las provincias argentinas. Santa Catalina, el Estado brasileño donde naciera Anita, acababa de alzarse contra las autoridades imperiales para proclamarse república independiente. Garibaldi, romántico y heroico como un personaje de poema antiguo, luchaba por la libertad de la pequeña república con tres buquecitos invencibles.

Anita Ribeiro, que iba con sus amigas al puerto a contemplar a los paladines republicanos, vió un día a Garibaldi, y se enamoró de él, de aquel rubio extranjero que combatía por la libertad de su tierra natal. Garibaldi sintió que el amor también despertaba en su corazón intrépido, y un día

se casaron, a bordo del buque del héroe, bajo la bandera de la República de Santa Catalina.

Desde entonces, ella no lo abandonó un instante. Tomó parte en todas las acciones que siguieron, compartiendo los peligros y la gloria. En la batalla del 4 de noviembre de 1839, la nave de Garibaldi se batía contra los bergantines imperiales «Antonieta», «Bella Americana» y «Patagonia». El puente del buque republicano estaba cubierto de muertos y heridos. Nadie pensaba en rendirse. ¿Quién se hubiera atrevido a ello, viendo a la valerosa Anita, que empuñaba una carabina, arrostraba el fuego mortífero, despreciaba la muerte, sueltos los largos cabellos renegridos, animando a los que desfallecían, atendiendo las baterías con ánimo febril?

Era ella, la muchacha morena, quien aplaudía los tiros certeros, saludada por los marineros electrizados ante el empuje de aquella mujer, que era para ellos la encarnación de la república por la cual combatían.

«De pronto, dice un historiador, en medio del combate una bala de cañón chocó contra la amura del buque solitario, arrojó a Anita en el combés y con ella a dos marineros que no se levantaron más. Oyóse un grito, y todos se precipitaron a auxiliar a la valerosa muchacha. Pero Anita se incorporó, sonriendo, cubierta de sangre, sin una herida, y siguió combatiendo...».

Batióse muchas veces en tierra, siempre en la vanguardia de los republicanos. Un día su guerrilla fué sorprendida por el enemigo. Una bala se llevó su sombrero de hombre y cortó un mechón de sus negros cabellos. Su caballo yacía muerto a sus pies. Hecha prisionera, quince días más tarde huyó en medio de la noche.

Atraviesa las selvas vírgenes del Brasil, pasa a nado el río Canoas, prendida a las crines de su caballo, y consigue

reunirse con Garibaldi. La campaña republicana continúa hasta 1841. Después se va a Montevideo.

« Anita, escribe Garibaldi en sus memorias, era admirable en la vida doméstica; me ayudaba y consolaba en la adversidad y la pobreza en que me hallaba sumido mientras puse mi espada al servicio de la República del Uruguay ».

En 1848 llega a Italia, junto al héroe. En la famosa retirada de Roma se la vió vestida de hombre, marchando a caballo al lado del paladín italiano. En las horas más trágicas y amargas, está junto a él, fiel, abnegada, intrépida.

Si algunas veces se acordaba de sus bosques y sus ríos de Santa Catalina, de sus padres y hermanos, ocultaba su nostalgia y animaba el corazón dolorido de Garibaldi con sus palabras de amor y de esperanza. La muchacha americana sentía en su alma el gran sueño de Garibaldi, la unión y la libertad de Italia, y luchaba por él con toda su fe y todo su valor.

Anita no volvió nunca a su tierra natal. Estaba escrito que debía morir sin ver de nuevo sus cielos y sus montes tropicales, ni de asistir al triunfo final de la quimera heroica de su marido.

Murió poco después de la retirada de Roma — en la cual veinte años más tarde debería entrar, victorioso, el soñador de la libertad — murmurando palabras de fe y de aliento al oído de Garibaldi, cuya cabeza en esos días terribles pedían cuatro ejércitos, un pueblo que aun no había comprendido la gloria de su sueño, que era la unidad y la libertad de su patria.

La casa derribada.



A no están más los despintados muros,
Ya han derribado la ruinoso casa
Donde vivimos nuestra juventud...
Nada ha quedado, nada,
Ni aquel rosal que perfumaba el patio
Ni el rosal andaluz de tu ventana.

Muros que reflejaron nuestras sombras,
Piedras que recogieron nuestras lágrimas,
Umbrales que gastaron nuestros pasos,
Rejas que atravesó nuestra esperanza,
Rincones que sabían los secretos
De nuestras pobres almas.

La puerta donde entré por vez primera,
Los corredores donde tú cantabas,
El patio en que contamos las estrellas,
La silenciosa sala
Donde nuestras dos sombras se juntaron
Al fulgor tembloroso de la lámpara...

Nada ha quedado, nada,
De la mansión obscura y solitaria
De angostas puertas y de techos bajos
Que fuera un día el encantado alcázar
De nuestro viejo ensueño
Y de nuestra esperanza.

Todo lo derribaron
Y no ha quedado nada,
Ni un cantar, ni una piedra...

Ayer me pareció que se llevaban
Nuestro pasado y nuestra juventud
Con los escombros de la vieja casa.

HÉCTOR PEDRO BLONBERG



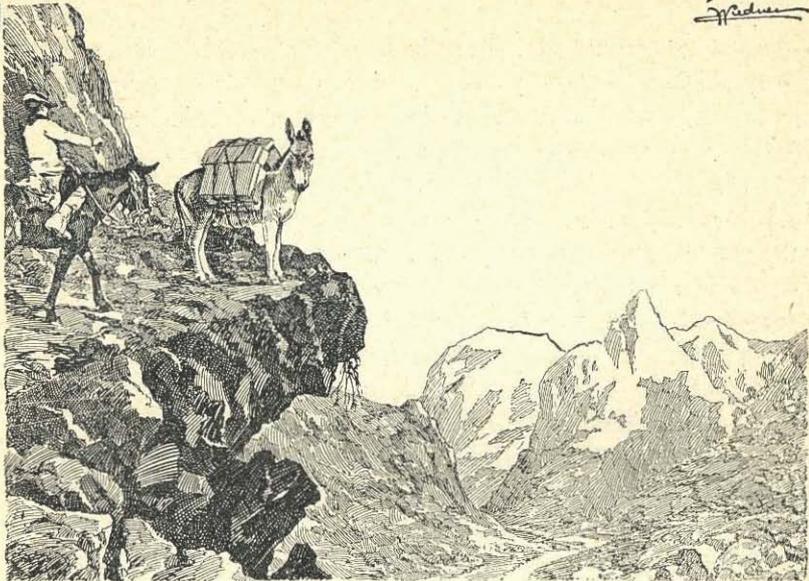
El gobierno de Rosas.

DESPUÉS de un gobierno absoluto que duró 23 años, Rosas desapareció sin dejar una sola institución, una sola mejora en los diversos ramos que constituyen las tareas obligatorias del gobierno. Cerró los colegios, desparramó a los cuatro vientos los profesores, quitó los subsidios y la vida a la Universidad de Buenos Aires; se desentendió de las escuelas; dejó el puerto en el estado en que lo encontró don Pedro de Mendoza en 1536, sin que se le haya conocido otro afán que perseguir las ideas liberales dentro y fuera del país; que hacer pintar de colorado (federalmente) las ventanas, las rejas, las puertas internas de las casas y hasta los postes de las calles; que dar las formas de las «patillas permitidas», el color de los chalecos, el tamaño y el ancho de las divisas que los hombres debían llevar cosidas de firme, y con su retrato al pecho, y las señoras pegadas con breá en el cabello so pena de azotes propinados en las calles y hasta en las puertas de los templos. Con la misma saña con que perseguía y castigaba las personas y las opiniones, perseguía el color «celesté» porque era el símbolo «revolucionario de 1810»; perseguía el color «verde» porque cobija a las «esperanzas» de los unitarios; el color «rosado», porque siendo medio colorado y medio blanco, era indicio de «pasteleros»; hacía invadir las casas particulares, destrozar a tajos o manchar con tinta los empapelados, los tapices, el forro de los muebles, la loza, y toda pinta de vestir o de adorno que pecara por el crimen de su color. Ese poder, repetimos, no

puede ampararse en la categoría aceptable de los poderes fuertes; ese poder es el despotismo de un loco atrabiliario que cae en la categoría de los poderes africanos; y que si algo representa en la historia del siglo XIX, es su propia degradación y la desgracia del pueblo en que llegó a dominar; y ya lo hemos dicho: en las revoluciones fatales de la Historia, lo que importa y da su carácter propio a los gobiernos fuertes es el hombre que las resume empleando su poder en bien o en mal de los pueblos sobre que impera. Si todos los poderes fuertes, por ser omnímodos hubieran de pertenecer a la misma categoría, Tiberio y Calígula serían iguales a César, a Marco Aurelio y a Trajano ante el criterio de los hombres y de la Historia. Ese es el caso de los poderes fuertes; valen y son lo que vale y lo que es el hombre que los ejerce.

VICENTE FIDEL LÓPEZ.





Las mulas.

EN los accidentados desfiladeros de la Cordillera del Sur he tenido ocasión de conocer los méritos de cada mula de carga.

Mientras el cadencioso fraseo o la cachaza musical o la cantinela cuyana, me decían claramente de donde eran originarios los pacientísimos arrieros que las guiaban, iban poco a poco reconociendo el país de origen de cada mula, por su manera torpe o hábil en la marcha entre peñascales suspendidos sobre el abismo, en los fatigosos zigzag entre bosques tupidos y pantanosos, en el camino recto por el árido arenal.

¡Oh, la mula del llano! Aquella gateada, tan perfecta carguera en las largas travesías, tan segura y suave en el andar, que se le confiaban a ella los instrumentos mas delicados, una mula papal, en fin; al trepar las primeras sendas cortadas en la roca a pique, tan malditamente golpeaba la preciosa carga, que fué necesario cambiársela por otra mas adocenada: la modesta batería de cocina que fué un día a terminar en el fondo del torrente con el pobre animal, que, despedazado, pagó con su vida la inexperiencia del camino de la montaña. Esa era una mula tipo perfecto de las arrias de los campos llanos de San Luis.

Las mulas de Mendoza y de San Juan mostraban en el desfiladero todo el paciente aprendizaje practicado con cargas agobiadoras y voluminosas en las angostas sendas entre el cielo y el abismo, de rocas salientes en los solemnes y hórridos paisajes de las atormentadas breñas del macizo andino, en la provincia de su origen; una mula cuyana pone el pie firme y seguro sobre la piedra despegada que, pisada un centímetro mas afuera de su centro de gravedad, precipita al valle; una mula cuyana deja prudentemente cierta distancia con su compañera que la adelanta y se detiene inmediatamente, si aquélla se detiene, y calcula tan bien el ancho de las cargas que voluminosas aumentan sus costillares, que le es posible caminar por angosta senda de herradura sin llevarse por delante ninguna arista saliente de la roca; por su malignidad golpea a veces asi las árganas, pero en lugares seguros, pues cuando el camino es verdaderamente peligroso, se guarda muy bien de hacerlo, porque el gesto de despecho podría acarrearle la muerte, y ella lo sabe.

Pero llegamos a la región de los bosques, donde la liana enmarañada, el tronco caído y los árboles que a veces

vegetan demasiado cerca uno de otro, dejan en miserable estado a la mula del llano y a la de la montaña escueta; entra entonces en juego y muestra toda su habilidad y perfecto dominio del ambiente la pequeña y vivaz mula del Arauco, nacida en las boscosas faldas de la montaña del Sur de Chile.

Entre ellas he conocido a una, cordillera adentro, en la obscura selva de Pucon, abismada en un valle profundo, que era habilísima para deslizarse con su carga por entre el dédalo intrincado del bosque, que enseñaba el mejor camino a las demás y que al más insignificante ruido de ramas que tocaba su carga, se agachaba rápidamente y casi arrodillada pasaba el punto peligroso. Se había hecho tan sensible al roce de las plantas que aun sin carga era suficiente pasarle la mano suavemente por el lomo para que el animal doblara inmediatamente sus patas y diera algunos pasos en esa posición como para evitar un peligro imaginario.

En el Jardín Zoológico he visto reproducirse ese característico movimiento en varios animales cuyas patrias son las regiones boscosas; el gnu, entre ellos, y sobre todo los cinco tapires que, en cualquier edad, en cualquier momento, acariciándoles el lomo con cierta presión de la mano, se agachan, ese movimiento atávico, adquirido ya como un instinto por tantas generaciones que han vivido y recorrido la embarazante y robusta maleza del bosque chaqueño.

CLEMENTE ONELLI.

El cóndor que no quiso hablar.

(Fábula)

ERA apenas pasado mediodía de un verano de fuego, que parecía incendiar las ráfagas errantes por los cerros y los bajíos pantanosos y enmarañados de las quebradas en la montaña adusta y adormecida por la siesta, cuando para la abigarrada población de aves, sabandijas, reptiles y de seres rastreros de nidos, grietas y cuevas, ocurrió un suceso que causó de súbito una honda perturbación en la calma habitual de aquellos lugares inviolados por la mirada humana.

Desde las soledades inexcrutables del espacio superior, sin que jamás se hubiese podido adivinar su procedencia, y cual si llegase en busca de reposo después de un viaje milenar, bajó, semejante a una nube cuya sombra recorre las laderas, como un astro opaco, un cóndor negro, de golilla blanca, calva rojiza y pico y garra corvos como los garfios de hierro de un tridente.

Crujió con el peso del ave la rama del árbol escuálido, sobre la cual posó sus velludas patas con estrépito de racha tempestuosa; y cuando se calmó el balanceo y se recogieron las dos alas, tal las velas arriadas de pronto al arribo de la nave corsaria en puerto escabroso, cerráronse sus ojos de ascuas en un sueño anhelado durante inmensurables jornadas aéreas por ignorados países de la tierra o de las alturas.

Héroe, heraldo o mensajero de dioses o de batallas lejanas; bandido, raptor o prófugo de un gran delito en sitio ignoto; desterrado, forzoso o voluntario, de una enorme injusticia en tierra ingrata; la insólita y repentina aparición y premioso sueño del soberano y déspota de las cumbres despertó la más punzante alarma entre la multitud alada o rastrera de las hondonadas y matorrales y su malvado impulso de vengar en él tanta humillación y saciar tanta envidia y encono contenidos en la potencia de la lucha abierta cuerpo a cuerpo.

Un carancho alevoso e hipócrita fué el que comenzó la conspiración. Corrió de nido en nido, de charco en charco, de cueva en cueva, y por todos los escondrijos oscuros y nauseabundos, invitando a todos sus moradores a congregarse y a llevar lazos, lianas, chaguares y fibras, para amarrar en el árbol de su sueño al temido emperador de las cimas y los espacios, que los tiraniza y los avergüenza.

Y como todos aunaron sus odios sin necesidad de proclamas, ni siquiera de una palabra, no tardaron en comenzar su infame y sigilosa tarea de amarrar los pies, alas y cuello en las ramas del árbol al cóndor, quien, dominado por la fatiga y el sueño, nada sintió hasta quedar aquélla consumada.

Cuando lo creyeron asegurado contra toda posibilidad de evasión y quebrantamiento de sus ligaduras, estallaron todos en un coro de gritos, graznidos, aullidos, chirridos, estridores, silbos y otros mil ruidos discordantes y chillones, como eco de una orquesta de demonios para despertarlo y hacerle sentir la retahíla de sus insultos, acusaciones, denuestos, injurias y bajezas tan cobardes como contenidas durante la libertad de su víctima. Hubo miserables que se atrevieron a subir hasta la rama del suplicio de aquel Pro-

meteo alado y a herirlo con picotazos o mancharlo con babas y ponzoña.

Pero él despertó por fin, paseó su mirada profunda en torno suyo, con calma soberana y estoica indiferencia, mientras la infecta nube de sus enemigos se dispersaba aterrada.

Y sin proferir un grito ni sentir el menor impulso de furor ni de venganza, hizo algunos movimientos de prueba para desprenderse de sus lazos, los que se rompían y resquebrajaban como hilos de la escarcha. Y entonces, alzando en toda su amplitud sus alas imperiales, dió un vigoroso aleteo, sacudió con estrépito el árbol, cayeron en pedazos sus ramas y en jirones sus cadenas, y después de echar sobre la turba enemiga una mirada intraducible, con el mismo silencio y majestad de su mirada, emprendió de nuevo su vuelo hacia las alturas, hasta perderse en las profundidades azules, como un cometa que no ha de volver nunca más a la vista de este mundo.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.



"Amalia". (1)



MALIA! La sangre del año cuarenta
Salpicó tu rostro color de jazmín;
Doliente azucena de la Tiranía,
Hasta hoy Buenos Aires se acuerda de ti.

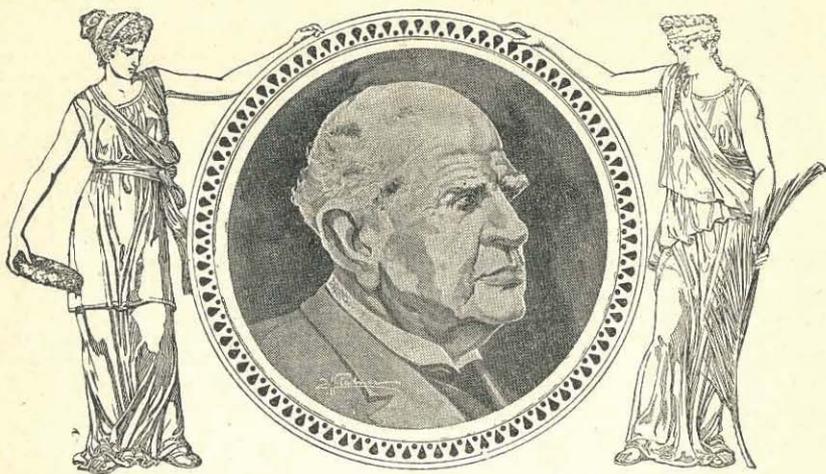
Los ojos azules del rubio unitario
Llenaron los sueños de tu corazón...
¡Ah, cómo lloraron tus negras pupilas
En las noches rojas del Restaurador!

¡Amalia! Suspiro de amor sin ventura,
Del bardo unitario la ardiente canción
Rimó con las tuyas las lágrimas rojas
Que arrancó la daga del Restaurador.

El canto de muerte de los mazorqueros
Llegaba en las noches hasta tu jardín:
Tu velo de novia mancharon de sangre...
Hasta hoy Buenos Aires se acuerda de ti.

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG.

(1) Heroína de la novela de José Mármol.



Sarmiento.

FUÉ un espíritu surgido en el alba de la nacionalidad. Hijo de la roca y del desierto, como el ave simbólica de los destinos de América, fué un filántropo insaciable de amor y de felicidad para sus hermanos de raza y destino. Su vocación de educador es así la fórmula actuante de su filantropía íntima y profunda. Su política de paz y fraternidad tenía también ese origen intenso.

El espíritu de la Revolución de Mayo, calentado, sin duda, en la amistad del sublime renunciante de Guayaquil, había forjado en su mente el concepto de una patria más efectiva, más amplia y desinteresada, que él imaginaba en sus meditaciones proféticas, la cual « se alzaría en la cima de las montañas y todas las naciones correrían hacia ella como los ríos », y sus ciudadanos « trocarían sus espadas en arados y

sus lanzas en hoces », y « ninguna nación desnudaría su espada contra otra, y para siempre la guerra desaparecería de su recuerdo ».

El pacifismo americano de Sarmiento se fundaba en los lazos de sangre del pasado común.

Su alma estaba impregnada de las inspiraciones más sublimes. El alma de Jorge Washington, el noble martirio de Abraham Lincoln, la consagración filantrópica de Horacio Mann, modelaron su corazón y su conciencia.

La soledad no era su ambiente, porque él la llenaba con sus palpitaciones o la perturbaba con sus gritos y confidencias, o la poblaba con enemigos imaginarios pero vivientes que le acechaban en las sombras, y cuyos alientos hostiles, al llegar hasta él, le arrancaban sus intraducibles conjuros de combate.

La mentira, el fraude, la inercia improductiva, eran algunos de esos fantasmas que obsediaban su pensamiento. Era el cóndor de sus rocas áridas y escuetas, sediento de sol y de inmensidad, que después de la ruda batalla alza el vuelo silencioso y olímpico para completar y beber en una mirada la masa de los hombres y los pueblos, como un solo hombre y como un solo pueblo.

¿Y el plan educador de Sarmiento?

Al tiempo que dirigía y reformaba los viejos sistemas de enseñanza primaria, establecía un sistema de instrucción media que todavía no ha sido superado; creaba las escuelas técnicas; levantaba en Córdoba un hogar propio para la más alta y sublime de las ciencias, rindiendo homenaje nacional a la cultura superior del mundo; echaba abajo toda frontera intelectual entre la República y el exterior, llamando a las universidades argentinas a los sabios europeos.

Llevaba dentro de sí, como su propia substancia, la pasión de la patria, de la patria unida e indivisible, civilizada y libre, por la cual luchó y trabajó durante más de sesenta años, y cuya gloria sueña todavía cuando la muerte le sorprende, octogenario, entre las palmeras del Paraguay.



Miguel Ángel.



ERA de estatura mediana, ancho de espaldas, fuerte de contextura y musculoso. Con el cuerpo deformado por el trabajo, caminaba con la cabeza levantada, el dorso curvado y el vientre echado hacia adelante.

Es así como Francisco de Holanda nos presenta a Miguel Angel Buonarotti, vestido de negro, en la cabeza un gorro de tela y sobre éste un sombrero de fieltro negro muy hundido. Tenía el cráneo redondo, cuadrada la frente, y los ojos pequeños y hundidos.

Este fué uno de los genios de la humanidad. Su vida de dolor y de gloria, puede decirse que comenzaba cuando Colón descubría el nuevo mundo.

Miguel Angel conoció las mayores desgracias que pueden ocurrir a un hombre. Vió a Italia, su patria, sojuzgada y librada por siglos a los bárbaros. Vió morir la libertad. Vió desaparecer uno tras otro a los seres que más amaba. Vió extinguirse una tras otra todas las luces del arte.

Quedaba solo, el último, en la noche que caía. Y en el umbral de la muerte, cuando miraba tras de sí, le parecía su vida perdida...

El trabajo inmortal, gigantesco, a que se había condenado durante cerca de noventa años de su vida gloriosa, sin un día de descanso, no le bastó para ejecutar y terminar uno solo de sus proyectos grandiosos.

Había nacido en 1475, en un pueblo de los Apeninos. En el colegio no hacía mas que dibujar, y su padre y her-

manos le golpeaban cruelmente, pues « no querían tener un artista en la familia »

A los quince años se encuentra en el corazón del Renacimiento italiano, pròtegido por un Torregiani, príncipe, en una atmósfera de arte y de poesía. Una mañana, otro artista que lo odiaba y lo envidiaba, mientras Miguel estaba trabajando, le aplastó la nariz de un puñetazo.

Leyó con pasión a los grandes poetas: Petrarca, Dante, Boccacio. Esculpió sus primeras obras, y cuando vió que quemaban vivo a Savonarola, el mártir de la libertad del pensamiento, sintió que una tristeza profunda llenaba su alma para siempre.

Durante mas de setenta años, bajo el cincel de Miguel Angel van surgiendo las esculturas más maravillosas que hayan salido de las manos de un hombre. Un Papa le ordena pintar la bóveda de la Capilla Sixtina, en Roma, y Miguel Angel, sufriendo horribilmente por las persecuciones y los odios de sus enemigos, abrumado por las exigencias de su familia, realiza esta obra que desde hace cinco siglos llena de admiración a los hombres. Pasa meses enteros en su andamio, pintando acostado de espaldas.

Ya no es joven Miguel Angel cuando produce sus obras más perfectas, « Moisés » y « Los esclavos ».

Soñaba con transformar en estatuas las montañas de mármol de Carrara. A veces, en medio de su labor de gigante, su corazón atormentado dejaba escapar este grito: « ¡No trabajo más! ¡No vivo más! » Pero volvía a apoderarse del cincel, y su genio se derramaba a torrentes sobre los mármoles.

En 1534, a los sesenta años, vuelve a Roma, después de un cuarto de siglo de ausencia. Todos los suyos, los que

más amaba, habían muerto. Pero su corazón angustiado vuelve a levantarse, lleno de pasión y de fe.

Sin dejar de producir obras grandes y perfectas, escribe versos en los que arde, luminoso, su genio poético. Hacía cuarenta años, desde la primera juventud, que no componía poemas ni sonetos, y éstos son obras maestras, como sus estatuas.

Es en 1536 cuando empieza su « Juicio Final », que termina en 1541, y es en el curso de este trabajo colosal cuando cae del andamio en que está pintando y se hiere gravemente. Pero logra salvarse.

A los setenta años lo encontramos todavía pintando y esculpiendo, agobiado de dolor y de fatiga. Los Papas le atormentan con sus exigencias, sus enemigos le acosan sin misericordia.

Pasan muchos años más. Aparte de la gran obra de San Pedro y otros trabajos de arquitectura, ocupan los últimos años de la existencia de Miguel Angel el « Capitolio », las obras de la Iglesia de Santa María de los Angeles, la escalera de la Laurenzziana, en Florencia; la Porta Pia, y sobre todo las obras de la Iglesia de San Giovanni dei Florentini. Su última escultura fué « La separación de la Cruz », en la Catedral de Florencia, que él mismo rompió al terminarla, porque no le gustaba.

Y fué un día de febrero de 1564 cuando uno de los genios de la humanidad, Miguel Angel Buonarrotti, se sintió morir, él, en cuyo atormentado corazón floreció, como una flor de sufrimiento y de fe, la divina caridad.

Un capitán del mar.



NACIDO en Carmen de Patagones, en las márgenes del Río Negro, al comenzar la tiranía de Rosas, en 1833, Piedrabuena no tuvo más vocación que el mar. El espíritu del almirante Brown, el héroe naval que llenaba con su nombre las leyendas heroicas de la patria desde 1814, alentaba en el niño del Sur, que había sentido casi desde su cuna el llamamiento de las grandes aguas, la emoción de las grandes acciones.

Lo llamaba el mar. Inquietábanse sus padres ante el capricho ardiente del niño que a los diez años, en aquellos tiempos en que no existían escuelas en su tierra natal, quería irse en los buques que surcaban el Atlántico tormentoso, como si en los sueños heroicos de su sangre oyera el acento de las inmensidades.

— Yo he nacido para el mar — decía siempre.

Tenía doce años cuando un día encontró en la arenosa playa patagónica una piragua arrojada allí por la marea. Aparejándola con un poncho y dos palos, se lanzó mar afuera.

Llevaban las olas al niño en su piragua, y muchas horas después, luego de navegar mas de veinte millas, vió cerca un pallebote americano, y oyó que desde su borda le gritaban en inglés:

— Ahoy, you, boy!

Lleno de curiosidad ante el espectáculo de una frágil, piragua tripulada por un niño que capeaba hábilmente la

marejada, el capitán Lemon, comandante del pailebote, saltó a una chalupa y salió a su encuentro.

— Tú has nacido para el mar, niño — le dijo.

Y fué entonces cuando se decidió el glorioso destino del futuro capitán Piedrabuena. Con el capitán Lemon, primero, que lo llevó como grumete a las Antillas; con el capitán Harris, luego; con el capitán Smiley, rudo y generoso lobo de mar americano, después, el pequeño argentino de la Patagonia navegó por todos los mares, haciendo su aprendizaje de marino en la dura escuela del océano.

El mismo, viejo ya, contaba que el día que se embarcó con el capitán Smiley, en Patagones, éste le dijo, señalándole la « escandalosa » del palo mayor:

— En adelante, nadie más que tú aferrará y largará esa vela. Y mostrándole el pequeño foque, agregó: cuando estés de cuarto, muchacho, harás lo mismo con aquella otra, y cuidado con caerte al agua, porque los tiburones siempre andan hambrientos...

Desde 1848 hasta 1860, Piedrabuena navegó bajo las órdenes del buen Smiley, lobo de mar que se diría salido de una novela del capitán Marryatt. En 1861 compró un velero, su primer buque, la Nancy, armándolo en guerra para proteger las costas desoladas del Sur, infectadas por los piratas.

Aquí comienza la vida gloriosa de Piedrabuena.

Los buques piratas que acechaban los naufragios de los buques mercantes para apoderarse de sus cargamentos, tuvieron que huir desde entonces, porque, en lugar de hallar una presa inermes, tropezaban con los cañones de la Nancy y con la mano de hierro del capitán argentino, que les obligaba a abandonar sus víctimas en medio de la tempestad.

Sin vacilaciones, sin desmayos, Piedrabuena se hacía a la mar con cualquier tiempo para acudir en auxilio de los que se hallaban en peligro o eran perseguidos por los piratas del Atlántico. Exponía su vida y su buque a cada instante, sin pensar jamás en la recompensa.

Muchas vidas y muchos buques salvó en el mar el capitán de la Patagonia. La reina Victoria de Inglaterra, para premiar su abnegación y su desinterés le envió un reloj de oro con una honrosa inscripción.

Gran pescador de ballenas, era él mismo quien bajaba hasta las aguas glaciales del Antártico para arponear los airados monstruos del océano.

Llegaron días sombríos para este valiente capitán del mar. Sus dos buques, la Nancy y el bergantín Carlitos, se hundieron en las aguas del Sur, frente a las riberas donde había nacido. Quedó en la miseria, después de veinte años de valerosas aventuras.

Dedicado a la pesca de elefantes marinos, focas y ballenas, pasa varios años más. El gobierno argentino, para premiar sus servicios y sus hazañas, le da el mando de un crucero de guerra y le otorga el grado de comandante.

Al regresar de uno de sus largos y peligrosos viajes, se encuentra con que su esposa y su hijo acaban de morir. Y entonces el heroico navegante vuelve al mar de sus amores, huye de la tierra... Siempre el mar, al que amó desde su niñez, cuando corría por la playa arenosa de Carmen de Patagones, y veía los veleros ingleses y noruegos perdiéndose en el horizonte, y escuchaba las voz ronca de los oleajes, que lo llamaban al peligro, a la aventura, al trabajo, al heroísmo y a la muerte. Murió muy viejo, mirando el mar, aquel capitán Piedrabuena que fué el primero de los marinos nacidos en tierra argentina.



Los galeones.



LORIA del mar y de los nuevos mundos
Cuando en la entraña de los galeones
Con acentos profundos,
En las inmensas calmas,
Cantaba el oro de las almas
Y el hierro de los corazones.

Los galeones de España
Sobre el mar que esperaba y que dormía...
El cantar misterioso que venía
De los mundos lejanos,
Y la cruz en las zarpas de leones castellanos.

Cantares de pilotos,
Ensueños de conquistadores,
Y el indio en sus pesares oscuros y remotos;

El sol en las palmeras,
Y los rubios piratas
Sembrando tesoros y terrores
Del mundo nuevo en las riberas.

¡Los galeones de España!
Los sueños de Cortés y de Alvarado;
La quimera roja de Grijalva,
El llanto azteca, el viejo Sol sagrado:
El indio era el crepúsculo
Y España el alba.

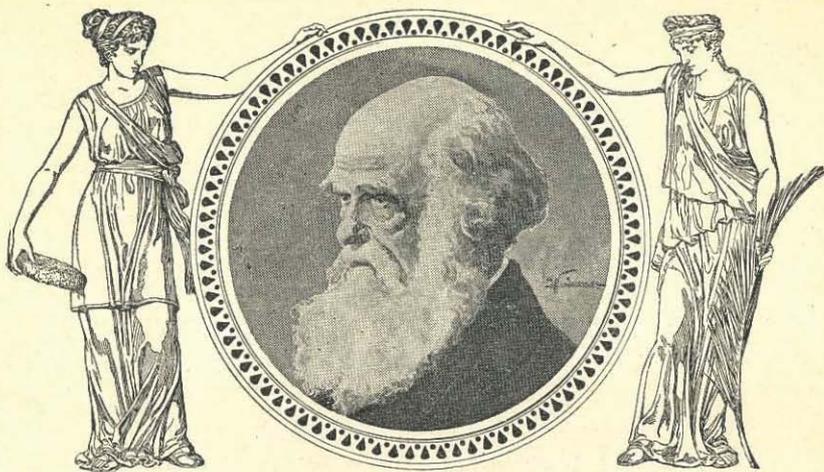
Ciudades que nacían
Entre el crujido de las armaduras;
Imperios que morían
Mientras el mar traía hasta la playa,
En medio del tumulto de enormes aventuras,
Cantares de Castilla y de Vizcaya.

Eran de oro y de acero
Las almas y las espadas
Que llegaban por el derrotero
De las Atlántidas soñadas.

Cánticos de milagro
Les cantaban los vírgenes mares;
El corazón de las Españas
Hecho sangre, aventuras y cantares,
Y los rudos aventureros
Sembrando sueños imperecederos...

Gloria de los galeones,
Gloria de las Españas,
Cantando en el hierro de los corazones.

HÉCTOR PEDRO BLONBERG.



Los sabios en América.

III. Darwin

FUÉ en Down, un oscuro pueblo de Inglaterra, donde nació, en el año 1809, el que sería con el tiempo uno de los sabios más célebres del mundo, Carlos R. Darwin.

Su abuelo, Erasmo Darwin, que murió a los siete años de nacer su famoso nieto, había alcanzado renombre con un famoso poema, « Jardín Botánico », un verdadero tratado de historia natural en verso, en el cual desarrolla las teorías naturalistas de Linneo y habla de los amores de las plantas.

Tuvo una fama relativa de sabio. Presintió confusamente la teoría de su nieto, pero murió sin explicarla.

• Carlos Roberto Darwin, un niño indolente y meditabundo.

hizo sus primeros estudios en las escuelas de su pueblo natal. Fué un regular estudiante, como él mismo confiesa en sus «Memorias». Gustábale realizar largos paseos por los caminos y los campos, juntando hierbas y hojas, y hasta cádáveres de insectos.

Uno de sus hermanos tenía un laboratorio de química, y durante algún tiempo Darwin fué su ayudante. Pero la química no le atraía.

En 1825 su familia le enviaba a la Universidad de Edimburgo. Su padre quería que fuese médico. Estudió allí dos años.

«Me disgustaban las clases de medicina», escribe Darwin en sus «Memorias».

En la Universidad conoció algunos amigos aficionados a la historia natural. Acompañándolos, empezó a asistir a clases de zoología y geología, ciencias que atraían misteriosamente al perezoso estudiante de Down, y en las cuales había de revelarse su genio.

Tres años mas tarde, en 1828, ingresaba en la Universidad de Cambridge, una de las más famosas de Inglaterra. Allí se dedicó con empeño al estudio de la botánica. Las obras de Humboldt le llenaron de entusiasmo. Pasábase los días y las noches leyendo las páginas del gran sabio alemán. Y un día uno de sus amigos le invitó a embarcarse a bordo del «Beagle», un buque de vela de la armada real de Inglaterra, que se disponía a efectuar un viaje de exploración alrededor del mundo. Iría como naturalista a bordo, sin sueldo.

Darwin aceptó sin vacilar. Y una mañana de 1831 partió de su patria.

Mandaba el «Beagle» el capitán Fitz Roy, un marino de inclinaciones científicas, al cual le unió pronto una amistad inolvidable.

Durante cinco años Darwin recorrió las costas de la Patagonia. Su famosa teoría del origen de las especies ya se agitaba en su mente. Sus ojos atentos leían en la Naturaleza con penetración genial. Llegó a la provincia de Buenos Aires y allí conoció a don Juan Manuel de Rosas, cuya colosal figura dominaba ya en el ambiente político de las provincias del Río de la Plata.

«Creo que este hombre será una providencia para los destinos de su patria, por su carácter y sus condiciones», dijo entonces Darwin. Y en estas palabras sencillas y sinceras está el único error del célebre sabio.

Tierra del Fuego, Chile, Perú, los mares del Sur fueron recorridos pacientemente por Darwin, que reunía colecciones preciosas, estudiaba la flora y la fauna de aquellas tierras solitarias, y reunía materiales para su teoría.

En 1836 regresaba a Inglaterra. Por espacio de dos años permaneció en Londres, escribiendo los resultados de su viaje alrededor del mundo y ordenando los datos para desarrollar, su teoría del transformismo. En 1836 se casaba, y en 1842, en plena labor, sintió que su salud desfallecía y se fué a vivir en Down, su pueblo natal.

Allí, llevando una vida metódica, trabajando sin cesar, vivió cuarenta años más, y de allí salió su obra inmortal, contenida en muchos libros geniales.

Modesto, tranquilo, taciturno, la vida de Darwin es una de las vidas más extrañas en los anales de la ciencia. En aquellos cinco años de viajes había estudiado la naturaleza con verdadera pasión, realizando sus observaciones, echando los cimientos de su teoría sobre la transformación de unas especies en otras en la lucha por la vida y la selección natural. Sus observaciones sobre los animales domésticos y las

plantas están explicadas en su libro famoso « La expresión de las emociones ».

Murió a una edad avanzada, ayudado en sus últimos años por su hijo Francisco, que era ya un hombre de ciencia distinguido, después de una vida gloriosa entregada por completo a la Ciencia y a la Verdad.





El mago de las plantas.

HACÍA cerca de ochenta años que vivía entre los jardines soleados de California, aquel anciano de cabellos de nieve, de claros ojos azules, vestido como el más humilde de los jardineros.

Sin embargo, era Luther Burbank, «el mago de las plantas», y su nombre era famoso en América y Europa.

Desde su niñez vivió entre las plantas y los árboles. La naturaleza no tenía secretos para el jardinero de Santa Rosa de California. En largos años de trabajo paciente y genial había creado variedades de plantas que producían cinco veces más que las variedades comunes, frutas sin hueso y sin espinas, nuevos alimentos frutales, vegetales de los que eliminó las propiedades venenosas, árboles que alcanzaban su desarrollo completo en la quinta parte del tiempo empleado normalmente, espigas de cereales gigantescos...

Luther Burbank, que parecía haber nacido para corregir y perfeccionar la obra de la Naturaleza en el mundo vegetal, era capaz de mejorar cualquier árbol, cualquier planta, cualquier fruto. Las variedades que él creó producen cada vez más, y a medida que se difunden por el mundo, contribuirán a la salud y al bienestar de la Humanidad. Burbank creía siempre que el problema del hambre y de la alimentación insuficiente sería resuelto mediante la producción rápida y superabundante de los alimentos vegetales.

— Lo que hoy se necesita — solía decir, — no son más variedades de plantas alimenticias, sino mayor producción de las que poseemos, de modo que el mismo número de hectáreas produzca, con el trabajo de menor número de hombres, varias veces más que ahora. Tengo la esperanza de producir en los próximos años frutas que resistirán el calor, el frío, la humedad y los parásitos, animales o vegetales. Espero producir frutas sin semillas, carozos, huesos o espinas. El mundo necesita, y se pueden obtener mejores plantas textiles, mejores plantas de café y de té, arbustos de especies más productivas, y árboles que den un caucho más puro, en mayor cantidad.

Actualmente la forma de recoger el caucho implica la destrucción de los árboles. Necesitamos también, y se pueden obtener, nueces que contengan más aceite, plantas que den almidón en cantidades provechosas y otras que produzcan perfumes mejores que los sintéticos que ahora se fabrican. Necesitamos también árboles que crezcan más rápidamente que las especies silvestres y produzcan así mayores cantidades de madera para la construcción y ebanistería. Todos esos mejoramientos y centenares más están a nuestro alcance. El hombre empieza a comprender que puede dominar ciertas fuerzas de la Naturaleza y guiarlas para que pro-

duzcan el resultado que desea con una rapidez y una seguridad que hasta ahora se creyó fantásticas.

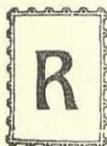
La primera contribución de Burbank a una agricultura más productiva fué la patata Burbank. Por este descubrimiento recibió 150 dólares, y con tan modesto capital y una provisión de los famosos tubérculos partió de Massachussetts, su estado natal, y se trasladó a California. Si hubiese patentado su creación y hubiera recibido un derecho de un centavo por cada quintal de patatas Burbank, producido en los Estados Unidos, habría llegado a ser el hombre más rico del mundo. Pero en el delicioso clima de California encontró algo que para un hombre como él valía más: la salud y la oportunidad de continuar sus investigaciones para el mejoramiento del reino vegetal. Estudió la vida de las plantas y también la vida humana. No tardó en hallar una relación entre el mundo vegetal y el mundo animal. En su autobiografía dice:

« Todo átomo vive: no hay abismo entre lo viviente y lo muerto, y los elementos del cerebro humano se encuentran por igual en el guijarro que pisamos y en los astros ardientes en el espacio ».

Burbank creía que la lección más importante que le ha dado medio siglo de estudios de la Naturaleza es que las leyes aplicables a la producción de plantas mejores son adaptables, con igual resultado afortunado, al mejoramiento de los seres humanos.

« Una ley gobierna todo — dice — tanto a las plantas como a nosotros. La Naturaleza no tiene un propósito en cuanto no procura obtener plantas mejores ni hombres mejores. La Naturaleza no es buena, ni mala, ni cruel, ni piadosa: es indiferente... Como en el desarrollo de las plantas, el mejoramiento de la raza humana es una cuestión de herencia, de selección, de cruzamiento y de ambiente ».

A un río.



IO,

Condenado a jadear como los pechos,
Condenado a pasar como las horas;
Arteria que conduce la sangre del ocaso
Al corazón sediento de la tierra,
Y se ciñe al paisaje
Como a un ramo de flores una cinta.

Río que en sus ondas
Ritma el vaivén del tiempo,
Y es como una bandera que flameara
A lo largo, a lo largo de las patrias.

El hombre que te explota y te aprovecha
Te hace plena justicia sin saberlo,
Pues te ocasiona el tajo de una quilla
Y te da la alegría de una vela.

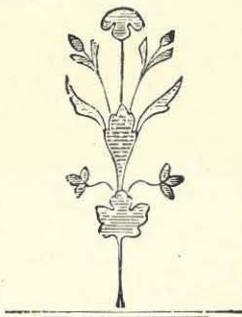
Naces en una gruta en la montaña,
Bajas al llano y andas muchas jornadas,
Y al sentirte cansado
Formas un lago y sueñas...

Río, cuando cantas
No sé si estás colérico o alegre,
Pues siempre lo haces mostrando tu espuma,
Eres como los hombres cuando enojan,
Y eres como los hombres cuando ríen.

Llevas oro escondido en tus corrientes,
Pero en tu superficie baila el sol.

Eres noble, río:
La nobleza mas vil es la del oro,
Pero el oro mas noble es el del sol!

FERNÁN SILVA VALDÉZ





La muerte de Warden.

En la semana de la Templanza

EN la mísera habitación, tendida sobre un camastro, la mujer se moría. Hacía muchas horas que estaba agonizando, y en torno de ella los niños sollozaban.
— ¡Mamá! ¡Mamita!

Una lámpara arrojaba en la pieza un resplandor amarillento, iluminando apenas las figuras pálidas de los pequeños. Fuera, reinaba el silencio de la noche; dentro, en la habitación, el silencio era de muerte.

Warden, el padre, un hombre de aspecto miserable, de ojos enrojecidos, contemplaba silencioso la agonía de su mujer. Su mirada era fija, terrible, desesperada.

— ¡Mamá! ¡Mamita!

La moribunda dejó de respirar. El sollozo de los niños resonó en la pieza. Fué entonces cuando el hombre sintió

que un horror inmenso invadía su alma miserable. Miró, uno por uno, a sus hijos, y la mirada de los pequeños que sollozaban junto a la mamá muerta lo hizo palidecer.

Se dejó caer sobre una silla desvencijada, con la cara entre las manos. Sus hijos se apartaron de su lado, y el hombre también lloró. En otro tiempo, amigos bondadosos y fieles hubieran acudido a consolarle, a decirle palabras de esperanza. ¿Dónde estaban ahora?

Uno por uno, todos habían vuelto la espalda al borracho. Solamente la esposa abnegada y fiel permaneció a su lado, aconsejándole, amándole siempre, hasta en las horas más negras.

¿Cómo le había pagado su amor y su felicidad? Llegando a tropezones desde la taberna, para verla morir...

Salió casi corriendo de la habitación. El remordimiento, el terror, la vergüenza, le perseguían por las calles. Aturdido por el alcohol, aterrado por la escena que acababa de presenciar, entró en la primera taberna que halló a su paso. Bebió una copa tras otra.

— ¡Morir! — pensaba en su delirio — todos tenían que morir... Ella también, ella, que había sido demasiado buena para él... Era mejor que estuviese muerta, así no sufría más...

Cuando volvió al conventillo, dos días más tarde, los buenos vecinos habían enterrado a su mujer. Los tres niños pequeños habían desaparecido en las calles. Sólo quedaba María, la niña, que contaba doce años.

Fué María la que trabajó para ambos. Quitábale el padre los centavos que ganaba y la golpeaba, como había golpeado a su muerta mujer en otro tiempo. La misma vida de antes...

Una mañana de lluvia, al levantarse del catre, María, muy pálida, le dijo bajando la voz:

— Papá... Guillermo ha vuelto... Lo tengo escondido aquí, porque dice que la policía lo está buscando...

— ¿Guillermo? — exclamó el borracho — ¿dónde está?
Un mozo de unos veinte años, mal vestido, sombrío, salió de un rincón.

— Aquí estoy, padre...

El borracho lo miró con ojos turbios.

— ¿Qué has hecho?

— He dado muerte a un hombre, en una huelga — contestó el hijo — para que no me mataran a mí...

— ¡Vete, asesino!

— ¿Asesino? — repitió Guillermo — sí, es verdad. Te lo debo a ti, padre. A ti, que me arrojaste a puntapiés del hogar cuando yo tenía trece años, una noche que estabas borracho, como siempre, y mi madre, esa santa a quien mataste la semana pasada, lloraba lágrimas de sangre... Vengo a que me salves. Si me prenden, pasaré el resto de mi vida en un presidio, si no me ahorcan...

Warden, el ebrio, escuchaba en silencio. Al anochecer salió a la calle. Ganó unos centavos vendiendo revistas. Se disponía a volver a su pieza cuando dos hombres que lo habían estado siguiendo se le acercaron.

— ¿Qué frío hace, verdad, Warden? Venga a tomar una copa con nosotros, compañero.

Lo hicieron entrar en una taberna. Le sirvieron alcohol, obligándolo a beber una copa tras otra.

— Somos amigos de Guillermo, de su hijo — le dijeron — el que tuvo la «desgracia»... Vamos a ayudarlo a salir del país, para que se salve...

Warden, completamente ebrio, confesó:

— Lo tengo escondido en casa...

Una hora después se lo llevaban, con las manos encadenadas. Guillermo, al salir entre los agentes, miró al ebrio.

—Padre: no volverás a verme nunca. Por unas copas de alcohol has vendido tu propia sangre, me has entregado a mí, tu hijo, a la justicia. Has causado la muerte de mi madre... Has deshecho el hogar. ¡Algún día tendrás tu castigo!

Se lo llevaron. María desapareció del conventillo al día siguiente. Warden, solo en el mundo, sucio, enfermo, embrutecido, se arrastró durante varias semanas por las calles, bebiendo siempre, durmiendo en los portales. En su delirio alcohólico se le aparecían los fantasmas de su mujer y de sus hijos, y gemía de terror.

...Fué una mañana de invierno cuando el cadáver hinchado del borracho apareció flotando en el río.

(Adaptación de CHARLES DICKENS).



Las víboras venenosas del Norte.



OS circunstancias, especialmente, influyen en el temor que inspiran las serpientes del Norte de la República: su tamaño y sus hábitos. Aunque en su gran mayoría estas serpientes del Chaco y de Misiones no miden más de un metro, suelen encontrarse ejemplares de un metro veinte, un metro ochenta, dos metros y hasta de tres metros de largo.

Pocas serpientes causan tanto terror como la «ñcaaniná», reptil de más de dos metros y de una gran rapidez en sus movimientos. Sin embargo, es una culebra sin veneno, inofensiva.

La «yarará alternada», por ejemplo, es una especie temible. Tiene la costumbre de frecuentar las casas habitadas. Si no llega a entrar nunca en las habitaciones, suele atravesarse en los corredores, frente a las puertas, en cualquier lugar donde sea fácil tropezar con ella.

Se ignora la causa de esta atracción de las casas habitadas sobre la terrible víbora. Quizá sea el olor del agua, o la luz.

La «ñcaaniná» es también un reptil de hábitos domésticos. Suele frecuentar los techos de paja de los ranchos en busca de ratones.

Las víboras más comunes en el Norte argentino son las siguientes:

La «surucucú». Es la serpiente venenosa más grande del mundo, después de la «hamadryas» de la India. Llega a tener hasta tres metros y más de largo. Los efectos de

su veneno son idénticos a los de la víbora de cascabel, aunque menos activos. Sus glándulas contienen vastas cantidades de tóxico. Baste recordar que de una « surucucú » mortalmente herida se extrajeron 24 gotas de veneno, en una sola inyección, dosis suficiente para matar a cien personas.

Como en el caso de la « yará yará », la luz parece atraer a la « surucucú », por cuyo motivo los cazadores de la selva, en los lugares frecuentados por este reptil, se abstienen de encender fuego durante la noche.

Por fortuna, este ofidio es raro en el Norte argentino, habiéndose encontrado un solo ejemplar en la frontera del Brasil.

La « yará yará ». Suele tener hasta dos metros de largo. Su veneno participa del de la yará yará y del de la víbora de cascabel. Es una especie muy escasa, habiéndose encontrado ejemplares en las ruinas de Misiones. Los colillos venenosos miden más de dos centímetros de largo.

La « serpiente de cascabel ». Mide de un metro a metro y medio, del grueso de una botella común. Su cabeza es característica, chata, triangular, muy destacada del cuello. La cola del macho es más larga y gruesa que la de la hembra, aunque el tamaño de aquél, como sucede entre las serpientes, es menor que el de esta última.

Es un reptil pesado, perezoso, tardo para el ataque. En el Chaco y Misiones se ha podido observar que nunca acierta con el enemigo cuando se decide a atacar. La víbora de cascabel es la más venenosa de las serpientes americanas. Su veneno obra directamente sobre los centros nerviosos. Es necesario tener en observación a la persona mordida, pues son frecuentes las recaídas después de la curación.

Este terrible reptil es muy común en el Chaco, raro en el Sur de Misiones y abundante en la frontera del Brasil.

Es muy curioso, gusta de visitar los desmontes, y así el poblador de la selva, que quema la madera alrededor de su casa para evitar las víboras, la ve frecuentada por las de cascabel.

La «yará». Es la víbora más común en Misiones. En el Brasil abunda tanto que de las veinte mil personas mordidas por año, ocho mil son víctimas de las yará. Rara vez alcanza a un metro ochenta. El dibujo de su piel es característico, en cuanto a las manchas laterales, pero en el fondo varía del amarillo al ceniza obscuro.

La hembra es más agresiva y mas grande que el macho. Su veneno es temible, porque cuando la yará muerde, inyecta todo el veneno de que dispone. Y como una yará de un metro ochenta tiene veinte gotas en cada glándula, es de suponerse sus terribles efectos. Felizmente, la época del año, la temperatura, el sitio de la mordedura, etc., contrarrestan en parte estos efectos.

Frecuenta la espesura del monte y tiene hábitos nocturnos. Como la de cascabel, mueve la cabeza de un lado a otro cuando se irrita, y da pequeños saltos. Se alimenta de ratones y otros pequeños roedores del campo.

La «yará alternada», llamada también «urutaú» o «cotiara», en el Brasil, es de un tamaño muy variado, llega hasta un metro ochenta. Los dibujos de su piel son bellísimos: son grandes C negras a ambos lados del cuerpo, y opuestas en línea alternada. Vive de noche. Su veneno es el mas activo entre todas las yará, y en el Brasil se dice que cuando no mata deja baldada a su víctima. Como las de su especie, inocular todo el veneno al morder. Frecuenta los lugares secos o húmedos, indistintamente, y gusta del campo abierto.

La «yará de cola blanca». Es una especie bastante común, de extraños y caprichosos colores. Su veneno es

menos activo que el de las anteriores, y sus glándulas más pequeñas. No es temible.

La « yararaquita ». Es muy rara. Habita en las serranías y en los campos. Se parece mucho a la yarará alternada. Sus glándulas son tan pequeñas que sólo contienen tres centigramos de veneno cada una.

La « ñanduríá ». Es una víbora muy pequeña, de color ceniza obscuro. Su mordedura es mortal, y dícese que no tiene cura, aunque en Misiones se han presentado casos de curaciones después de 24 horas de producida la mordedura. Es muy rara.

Estas son las especies más conocidas de las víboras venenosas del Norte, y por lo tanto las más temibles. Se las distingue de las no venenosas en que todas tienen un hueco entre la nariz y los ojos, la cola corta, la pupila vertical y escamas en la cabeza.

Entre los remedios naturales de defensa contra las víboras, pocos son tan notables como la musurana o cazapollas, culebra muy abundante, cenicienta, de escamas lisas y redondas. Este inofensivo reptil se alimenta de serpientes, es de una gran fuerza y agilidad, y en sus luchas con las venenosas sale siempre triunfante.

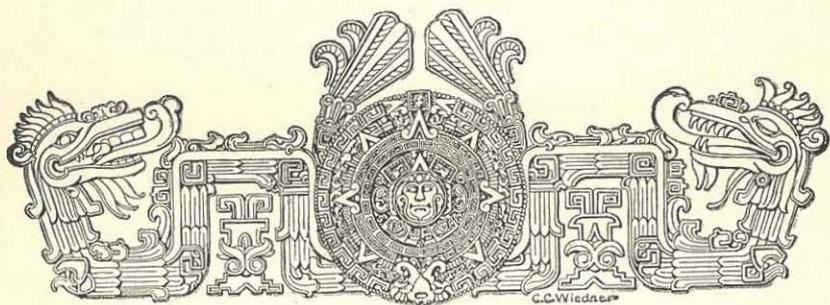
El Instituto de Seroterapia Antivenenosa de Butantam, en San Pablo, Brasil, prepara tres clases de sueros contra la mordedura de las víboras americanas. En este Instituto, que tan grandes servicios presta a la vida humana y a la ciencia, se han observado tres tipos específicos de venenos, que corresponden a las diversas especies del continente.

Así, mientras el suero « antibotrópico » es eficaz contra las yararás (efectos sobre la sangre), el « anti crotálico » obra contra el veneno de la víbora de cascabel. (Efectos

sobre el sistema nervioso, y el suero « anti elapino » neutraliza el de la víbora de coral) efectos neuro sanguíneos.

El mismo Instituto prepara actualmente otro suero « anti-ofídico », a base de diversos venenos mezclados.

Queda aún otro remedio muy eficaz contra las mordeduras venenosas: es el llantén, planta muy común. Se emplea mucho, y con grandes resultados, en las mordeduras de toda clase de víboras venenosas.



La Salamanca



ARRRANDO ganado, camino de Chile.
tres cargas perdimos en un cañadón.
En unas aguadas, al cerrar la noche,
fuimos a toparlas, yo con otro peón.

Lejos, a trasmano, quedaba la tropa,
la noche era oscura, pesado el tirón.
De cama a la espera que salga la luna,
en lo seco echamos apero y jergón.

Calculo sería más de media noche
cuando nos despierta singular rumor:
cantar de mujeres y tun-tun de cajas,
que el viento traía con distinto son.

Sin duda de fiesta, dije, en estos pagos
andaré la gente, pues sábado es hoy.
¿Qué tal que vayamos a buscar el baile?
Dijo el compañero: — güeno, vamonós.

Maneamos las mulas, y a pie nos largamos;
ya ofamos cerca sonar el rumor.
En una quebrada, doblando un recodo,
un rancho a la vista se nos presentó.

Ni perros, ni luces, ni fuego en el rancho...
Cada vez más cerca se oía el rumor;
ahora de gritos y de carcajadas,
y de juramentos y de confusión.

Al filo de un cerro pareció la luna,
patente un guanaco sobre ella pasó;
calcado en el cielo bajó por el filo,
y agudo relincho los aires llenó.

Mal agüero es éste — dijo el compañero —,
que toda esta bulla se me hace ilusión.
Recemos un credo, que aquí es Salamanca,
y de ella nos libre por siempre el Señor.

JUAN CARLOS DÁVALOS.





El soldadito de 1806.

I

ALLAN Campbell se envolvía en su grueso « plaid » de lana, porque el viento que soplaba sobre el inmenso río le llegaba hasta los huesos.

— ¡Qué frío mortal, el de estas tierras desconocidas y salvajes! — murmuraba el joven « highlander ». El viaje por el mar, en la vieja corbeta inglesa, le había dejado molido de fatiga. Desde que salieron de Southampton, una mañana de primavera, extraños presentimientos agitaban su alma. Agua y cielo, cielo y agua...

Creyó que nunca iba a llegar al nuevo mundo. A bordo, después de dejar atrás, perdido en la inmensidad del océano,

al árido peñón de Santa Helena, donde embarcaron al regimiento de los Verdes, se aburría un poco escuchando las conversaciones de sus compañeros de armas. No hablaban más que de batallas. Algunos habían estado en Trafalgar, donde el inglés Nelson derrotó a españoles y franceses juntos. Otros habían peleado en la batalla del Egipto. Los demás escuchaban absortos los relatos de los veteranos de tan inmortales batallas. No, no había en toda la tierra un regimiento más famoso ni con más gloria que el 71 de Highlanders...

Ahora iba a conquistar el nuevo mundo. Allan se dormía oyendo los rumores confusos y roncocos del mar. Creía oír en sus sueños las músicas de su aldea, los acordes de los « bagpipes », las dulces gaitas montañesas, que hablaban de los reyes de Escocia y de la gloria de los « clans ».

Un rudo sargento reclutador se lo llevó de soldado.

— Ven a servir a tu rey — le dijo. — ¿Sabes firmar? ¿No? Pues pon aquí una cruz... Allan puso la cruz, pues no sabía escribir, y el sargento se lo llevó consigo. Le dieron un uniforme magnífico. Un día se encontró a bordo de una corbeta del rey, camino del nuevo mundo, lleno de asombro. El había soñado siempre con ser un pastor, allá en su valle natal, oyendo las gaitas y cuidando los rebaños.

Cuatro meses después entraban en un río ancho como un mar. El viento ronco y frío cantaba en el velamen de las corbetas. Una noche, allá por la madrugada, los « bagpipes » tocaron marchas de guerra. Empezó a amanecer. Allan Campbell vió que todos, los veteranos de Trafalgar y del Nilo, los jefes y oficiales, el teniente coronel Pack, el capitán Kingston, estaban muy serios. La corbeta se acercaba a una costa chata y húmeda, envuelta en una azulada neblina.

A bordo de otros buques del rey que seguían a la corbeta, se oyeron voces de mando, rumor de armas, marchas de guerra, también.

Y Allan desembarcó. Formaron en la playa resbaladiza, al son de las gaitas y los clarines.

— Este es el nuevo mundo que vamos a conquistar para el rey de Inglaterra, — murmuró el soldadito escocés, contemplando aquellas tierras bajas y tristes, en las que se alzaban pequeños montes, espectrales en el alba, y que se extendían allá lejos, como un mar.

Era la primera invasión inglesa. X

A las pocas horas, una multitud compuesta por unos hombres barbudos, vestidos de modo extraño, les salió al paso. Cargaron los « highlanders », al son de las gaitas, y los dispersaron. Marcharon durante horas. A las tres de la tarde, bajo una lluvia que caía en menudos torrentes, entraban en las calles angostas de una ciudad. X

A su paso, hombres, mujeres y niños enfurecidos les mostraban los puños. Los niños corrían a los flancos de las columnas británicas, arrojándoles piedras y puñados de barro, gritando en un idioma desconocido palabras que Allan comprendió eran insultos horribles. X

Un vasto edificio rojizo, rodeado de fosos, se alzó ante los invasores. Era la Fortaleza. Allí entraron las primeras columnas. Los ojos asombrados de Allan vieron ondular sobre ese edificio misterioso el pabellón de su rey.

Las otras columnas se alejaron por las calles. Unas entraron en un cuartel de paredes sin pintar, en la esquina de dos calles estrechas, el cuartel de los Patricios. Otras siguieron hacia el Norte de la ciudad, en medio de la ira y la desesperación de los vecinos.

— Ya hemos conquistado el nuevo mundo — pensó Allan esa noche. Después...

El soldadito escocés, que nunca había visto la muerte, palideció un poco cuando vió caer a unos cuantos compañeros en un pequeño combate, en la acción de las Chacras de Perdriel. Siguió el encuentro del 6 de junio. Allí, en los Corrales del Miserere, vió desplomarse, cubierto de sangre, a un veterano de Trafalgar. Durante varios días la ciudad resonó con el tumulto de los encuentros. Allan, por primera vez en su vida de soldado, vió combatir a los hombres con cuchillos.

Vivieron días de tregua. Pero los invasores sentían que el corazón de aquella ciudad conquistada palpitaba como un volcán que va a estallar. Hasta que llegó el 10 de agosto.

Centenares, miles de soldados vestidos de blanco, de azul, de rojo, parecían salir de entre las piedras. Rodeábalos la multitud, rugiendo de coraje.

— Estos salvajes del nuevo mundo son valientes... Parecen escoceses — se dijo Allan, mientras hacía fuego, atrincherado con sus compañeros en una calle. — Sí, son muy valientes — repitió, mirando a una mujer desgreñada que apuntaba un fusil y hacía fuego contra los suyos.

De pronto su propio fusil cayó de entre sus manos. Sintió una extraña humedad en un costado y se deslizó hasta el suelo. No experimentaba dolor alguno. A su lado, por sobre su cuerpo, pasaron los combatientes. Todos se alejaban arrastrados por el furor de la batalla. A pocos pasos, Allan, cuyos ojos se nublaban por momentos, distinguió un cadáver inglés, cubierto a medias por una bandera color sangre, en medio de la cual se veían dos calaveras negras. Era el abanderado de los Verdes de Santa Helena. Una mujer, la misma a quien viera hacer fuego con un fusil, se inclinó sobre el muerto y se apoderó de la bandera.

Esto fué lo último que vió Allan Campbell al desangrarse, moribundo, en la esquina de la calle de Santa Rosa, que hoy se llama Bolívar. Al hundirse en las sombras, creyó oír, como en un sueño, las gaitas montañesas de su aldea.

II

La miraba con atención profunda. ¿Quién sería aquella mujer que iba y venía por la habitación donde se hallaba, no sabía cómo ni desde cuándo? Allan intentó moverse, pero un dolor agudísimo en un costado le arrancó un gemido.

Vió que la mujer se acercaba a él, le hablaba, haciendo ademanes. ¿Qué quería decirle?

Después apareció un hombre barbudo, que le curó la horrible herida que se abría en su pecho. Le dieron unas bebidas amargas, extrañas, que él bebió dócilmente, mientras la mujer desconocida lo miraba sonriendo.

Al tercer día, un soldado de los Verdes, con un brazo de menos, entró en la habitación. Se llamaba Williams. Después de preguntarle a Allan cómo seguía, dijo:

—El nuevo mundo se acabó para nosotros, Allan. Estos americanos salvajes nos han hecho pedazos, a nosotros, los vencedores de Napoleón. ¿Sabes que Whitelocke se rindió? Nos han arrojado de aquí. Todos se han ido, menos algunos heridos graves. Me parece que nuestro rey se queda sin estas tierras, Allan. A menos que mande más tropas de Southampton y de Gibraltar...

Mientras el soldado manco hablaba, Allan contemplaba a la mujer. Tenía unos ojos muy negros, y sonreía. Cerró los ojos, dolorido y triste.

— Yo ya no sirvo para el servicio, Allan... Ni tú tampoco. Nos volveremos a nuestra tierra a cuidar ovejas.

Pasaron los días. Las tropas británicas habían abandonado la ciudad. El teniente coronel Pack, que cayó prisionero, fué puesto en libertad después de la capitulación. Pensaba irse a la Colonia, al otro lado del río. El pobre capitán Kingston había muerto.

Allan se quedó en la casa. Los hombres, un viejo y tres jóvenes, lo miraban con severidad, pero nunca le decían nada. Las mujeres, una anciana y la muchacha de ojos negros, lo cuidaban solícitas, le enseñaban el español.

Al año siguiente, en 1807, Allan aun no estaba curado. La horrible herida en el costado se reabría cada vez que hacía un esfuerzo.

— Nunca se curará si no va al campo, — dijo el viejo barbudo, que era cirujano. Y un día, en enero de 1807, la anciana y la muchacha se llevaron al soldadito a una chacra del Sur. Allá, en la soledad de los campos, llegaron ese año noticias tremendas. La segunda invasión inglesa, más formidable que la primera, había sido rechazada heroicamente por los porteños. Los ingleses, Whitelocke, Auchmuty, todos, se habían ido para no volver.

Fué entonces cuando Allan Campbell quiso irse con los suyos.

— Adiós — dijo a sus bienhechores, — nunca les agradeceré lo que han hecho por mí. Tengo que irme a Escocia, a cuidar ovejas en mi aldea.

La anciana que lo cuidara como una madre lo miró fijamente.

— Ingrato — le dijo, — ¿usted no sabe que fué mi hija quien lo recogió moribundo en la calle de Santa Rosa?

¿Que fueron mis hijos quienes lo trajeron hasta aquí? ¿Que fuimos nosotros quienes le hemos devuelto la vida, y aprendido a quererlo como a un hijo y un hermano? Y ahora se va, nos abandona.

Allan sintió que los ojos azules se le llenaban de lágrimas. Besó las manos de aquellas santas mujeres. Pensó un instante en su aldea lejana, donde no dejó ni padres ni hermanos...

— No... No soy un ingrato... — dijo — me quedaré aquí, para siempre, con ustedes.

Y el soldadito de 1806 cumplió su palabra.



C.C. Vedner

La canción de Rolando.



OR qué Rolando, aquel oscuro y heroico guerrero antiguo, durante siglos ha llenado con su nombre todos los mundos de la poesía?

No era, dice Saint-Victor, más que un prefecto militar de Carlomagno, « el emperador de la barba florida », un soldado cualquiera, que cayó combatiendo contra los moros en Roncesvalles, hace mil años.

Durante tres siglos durmió en el olvido. Pero la Poesía y la Leyenda, que lo han hecho inmortal, velaban sobre su sepulcro, se apoderan de su sombra, la engrandecen y la transfiguran.

Como los paladinos fabulosos, que heredaban el valor y la fuerza de sus enemigos vencidos, Rolando hereda todos los heroísmos y todas las hazañas de su época.

En el poema de Theroulde, Rolando resucitó para la inmortalidad. De un soldado oscuro que cayó combatiendo en una obscura batalla del siglo XI, se convierte en el más portentoso de los héroes que haya creado la imaginación humana. Extermina más monstruos que el mismo Hércules, y más infieles que el mismo Cid Campeador. El solo hace frente a todo un ejército; se bate en duelo con Olivier, y el combate dura cinco días y cinco noches.

Los fulgores de su espada iluminan el mundo. Las leyendas y guerras de Francia, de Alemania, de Inglaterra, de Italia, resuenan con el estrépito de su gloria: es Rolando que pasa con su espada invencible.

Desde los primeros cantos del poema de Theroulde, vemos al emperador Carlomagno, rodeado de sus caballeros, como un patriarca del mundo feudal. Asistimos después a las admirables escenas de la disputa de Rolando con Gandos, el traidor.

Pero es en la batalla de Roncesvalles donde estalla el genio del poeta, desde el instante en que Olivier, el compañero del héroe, trepado en un árbol, avisa a Rolando que el ejército sarraceno se aproxima.

« ¡Camarada Rolando — le grita tres veces — sonad el clarín, que el emperador escuchará su llamada y vendrá con el ejército! ».

Pero el héroe se niega. ¿Para qué? El solo acabará con los infieles. Estos avanzan, diez contra uno, mil contra cien.

La batalla se traba, espantosa, sobrehumana. La espada de Rolando siega las cabezas infieles como espigas. Pero ya no puede más...

Entonces Rolando toca su clarín de cuerno. Sopla con tal fuerza que la sangre le salta de los pulmones. El toque desesperado atraviesa las montañas y llega a los oídos del emperador, que está a treinta leguas de distancia, y siente pasar el alma del héroe.

— Es el clarín de Rolando — dice Carlomagno — sólo toca así en medio de una batalla...

Los traidores tratan de engañar al emperador. Pero éste corre en auxilio del guerrero. Llega demasiado tarde: Rolando aun blande su espada formidable; Olivier, enceguecido por la sangre, marcha a tientas por el campo de batalla, y hiende con su espada el yelmo de Rolando.

— ¿Lo has hecho adrede, camarada? — pregunta éste, y el guerrero, herido y ciego por la sangre, le responde:

— ¡No! Perdóname, camarada, pues no veo... Ambos se abrazan, y se separan para morir.

Ya no quedan más que tres guerreros cristianos en el campo. Rolando, antes de morir, quiere romper su espada contra los peñascos.

«¡Oh espada mía, clara y blanca — exclama — prefiero verte rota antes que prisionera de los bárbaros, tú que me ayudaste a conquistar las tierras de libertad donde reina Carlomagno, el emperador de la barba florida!».

El héroe, sintiendo que la muerte está próxima, se tiente sobre la hierba, a la sombra de un pino, con su espada al lado. Mira hacia España, llena de hordas infieles; piensa en Francia, su dulce patria, por la que con tanto valor combatió; en Carlomagno, su emperador y señor. El héroe derrama lágrimas a su pesar; se quita el guantelete de hierro de la mano derecha y lo extiende hacia el cielo; y es el arcángel San Gabriel quien se lleva la prenda del héroe agonizante.

Con la muerte grandiosa termina la canción de Rolando, que durante siglos llenó con sus acentos la poesía universal.



Canto a la Argentina.

(FRAGMENTO)



ARGENTINA! ¡Argentina!

¡Argentina! El sonoro

Viento arrebató la gran voz de oro.

Ase la fuerte diestra la bocina

Y el pulmón fuerte, bajo los cristales

Del azul que han vibrado,

Lanza el grito: «Oíd mortales,

Oíd el grito sagrado».

Oíd el grito que va por la floresta
De mástiles que cubre el ancho estuario
E invade el mar; sobre la enorme fiesta
De las fábricas trémulas de vida;
Sobre las torres de la urbe henchida;
Sobre el extraordinario
Tumulto de metales y de lumbres
Activos; sobre el cósmico portento
De obra y de pensamiento
Que arde en las políglotas muchedumbres;
Sobre el construir, sobre el bregar, sobre el soñar,
Sobre la blanca sierra,
Sobre la extensa tierra,
Sobre la vasta mar.

¡Argentina, región de la aurora!
¡Oh tierra abierta al sediento
De libertad y de vida
Dinámica y creadora!
¡Oh barca augusta de proa
Triunfante, de doradas velas!
De allá, de la bruma infinita,
Alzando la palma que agita,
Te saluda el divo Cristóbal,
Príncipe de las Carabelas.

Te ábriste como una granada,
Como una ubre te henchiste,
Como una espiga te erguiste,
A toda raza acongojada,
A toda humanidad triste:
A los errabundos y parias
Que bajo nubes contrarias
Van en busca del buen trabajo,
Del buen comer, del buen dormir,
Del techo para descansar,
Y ver a los niños reír,
Bajo el cual se sueña, y bajo
El cual se piensa en morir.

¡Exodos! ¡Exodos! Rebaños
De hombres, rebaños de gentes
Que teméis los días huraños,
Que tenéis sed sin hallar fuentes,

Y hambre sin el pan deseado,
Y amáis la labor que germina;
Los éxodos se han salvado:
¡Hay en la tierra una Argentina!

He aquí la región del Dorado,
He aquí el paraíso terrestre,
He aquí la ventura esperada,
He aquí el Vellochino de Oro,
He aquí Canaán la preñada,
La Atlántida resucitada;
He aquí los campos del Toro
Y del Becerro simbólicos;
He aquí el existir que en sueños
Miraron los melancólicos,
Los clamorosos, los dolientes
Poetas y visionarios
Que en sus olimpos o calvarios
Amaron a todas las gentes.

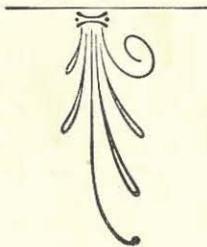
Os espera el reino oloroso,
El trébol que pisa el ganado,
Océano de tierra sagrado
Al agricultor laborioso
Que rige el timón del arado.

¡Que vuestro himno soberbio vibre,
Hombres libres en tierra libre!
Nietos de los conquistadores,
Renovada sangre de España,

Transfundida sangre de Italia,
O de Germania, o de Vasconia,
O venidos de la entraña
De Francia o de la Gran Bretaña:
Vida de la Policolonia,
Savia de la patria presente,
De la nueva Europa que augura
Más grande Argentina futura.

¡Salud, Patria, que eres también mía,
Puesto que eres de la Humanidad:
Salud en nombre de la Poesía,
Salud en nombre de la Libertad!

RUBÉN DARÍO.





El niño de la selva.

(CONTINUACIÓN)

II.—La Peña del Consejo

LA Ley de la Selva ordena terminantemente que una vez al mes sean presentados al Consejo de la manada, para ser reconocidos, todos los lobatos que ya andan por sí solos. Después de esta inspección, los cachorros quedan en libertad para correr por donde quieran, y los lobos tienen la obligación de cuidarlos y defenderlos.

Esperó Papá Lobo que sus cachorros pudieran corretear poco o mucho y los llevó a la Peña del Consejo, junto con Mowgli y Mamá Loba.

Akela, el enorme y gris Lobo Solitario, que había llegado

a ser jefe de la manada gracias a su fuerza y habilidad, estaba echado, cuan largo era, sobre su peña. Más abajo se sentaban unos cuarenta lobos de todos tamaños y colores.

Muy poco se habló. A cada presentación, Akela decía:

— ¡Ya sabéis lo que dice la Ley! ¡Mirad bien, lobos!

Y las ansiosas madres repetían:

— ¡Mirad bien, lobos! ¡Mirad bien!

Al fin presentó Papá Lobo a Mowgli. Éste quedó en el centro del círculo, riendo y jugando con algunos guijarros que hacía brillar la luz de la luna.

Sordo rugido se elevó detrás de las rocas: era Shere Khan que gritaba:

— ¡Ese cachorro es mío, dádmelo!

— ¿Quién, que pertenezca al Pueblo Libre, habla en favor de este cachorro? — dijo Akela.

La Ley de la Selva ordena que, en caso de disputarse a un cachorro el derecho a ser admitido por la manada, han de defenderlo por lo menos dos de sus miembros, que no sean su padre o su madre.

Nadie contestó. Mamá Loba tenía erizados todos los pelos del cuello.

— ¿Quién habla en favor de este cachorro? — repitió Akela.

Entonces, Baloo, el soñoliento oso pardo, que enseña a los lobatos la Ley de la Selva, el viejo Baloo, que puede ir y venir por donde se le antoje, porque no come más que nueces, raíces y miel, se levantó en dos patas y gruñó:

— Yo os hablo en favor del cachorro humano. Dejadlo correr con la manada y contadlo como uno de tantos. Yo mismo le enseñaré.

— Necesitamos ahora que hable otro — dijo Akela.

Una densa sombra deslizóse hacia el círculo. Era Bagheera, la pantera negra, de un negro de tinta, con manchas

en la piel, las cuales, según como les daba la luz, parecían los cambiantes de un floreado retazo de seda. Todo el mundo conocía a Bagheera, y nadie gustaba de atravesarse en su camino, porque era tan astuta como el chacal, tan atrevida como el búfalo salvaje y tan impetuosa como el elefante herido. Tenía la piel más fina que un plumón y la voz suave, como la miel silvestre que se desprende de un árbol gota a gota.

— Akela — dijo como susurrando, y — vosotros, ¡Pueblo Libre! Yo no tengo derecho de mezclarme en vuestra asamblea; pero quiero recordaros que la Ley de la Selva dice que, en caso de duda respecto a un nuevo cachorro, éste puede comprarse por un precio estipulado. A lo que ha dicho Baloo, añadido yo la oferta de un toro gordo, acabado de matar, a poca distancia de aquí, si aceptáis el cachorro humano, de acuerdo con la Ley.

— ¡Bien, bien! — dijeron los lobos más jóvenes, hambrientos siempre, — ¡aceptémoslo!

Y entonces se oyó el profundo ladrido de Akela, que decía:

— ¡Miradlo bien, lobos, miradlo bien!

Tan entretenido estaba Mowgli en jugar con los guijarros, que no se dió cuenta cuando los lobos se le acercaron, uno por uno, a examinarlo atentamente. Al fin descendieron todos de la colina en busca del toro muerto, exceptuando Akela, Bagheera, Baloo y los lobos de Mowgli.

Shere Khan rugía aún entre las sombras de la noche, rabioso por no haber logrado que le entregaran a Mowgli.

— ¡Sí, sí, ruge cuanto quieras! — díjole Bagheera. — Día vendrá en que esa cosa que está ahí, tan desnuda, oirá rugir a *vuestra majestad* en tono distinto.

Así entró Mowgli a formar parte de la manada de los lobos: un toro fué el precio de su vida, y Baloo, su defensor.

El padre de los indios.



BARTOLOMÉ de las Casas fué el santo de la colonización de América. Rico y joven, llegó al nuevo mundo dispuesto a hacer carrera y mayor fortuna. Anduvo por tierras indias, y un día sintió que su corazón se llenaba de santa misericordia por los infelices indígenas.

Arrojó su espada de gentilhomme aventurero, se ciñó un sayal de fraile, y desde entonces, hasta que pasó los noventa años, no vivió más que para sus indios.

¡Sus indios!

El padre de las Casas los veía oprimidos y maltratados, y lloraba de ira y de piedad. Por sus miserables indígenas peleaba con reyes, con virreyes, con obispos, con los duros señores de su tiempo. En aquellos humildes hombres color cobre, el santo veía sus hermanos ignorantes y oprimidos.

Pronto su fama corrió por toda América. Las indias besaban los pies del apóstol cuando pasaba por los pueblos y los caminos. Íbase a España, una vez y otra, y sus gritos de noble indignación por sus indios oprimidos resonaban en la Corte. Volvía a América, y era su mano trémula de amor o de ira la que detenía el látigo del encomendero sobre la espalda humillada del indio.

Y así, en esta lucha de amor y de fraternidad, pasó larguísima años. Ni el odio, ni la venganza, ni el peligro, ni la burla, ni la indiferencia, amortiguaban la llama que ardía en el corazón sublime del misionero, del antiguo hidal-

go que había abandonado bienes, carrera, fortuna y familia para redimir a sus pobres indios.

Bartolomé de las Casas, en aquella edad de hombres extraordinarios, es la figura más extraordinaria de todas. Por espacio de setenta años continuó su cruzada sin tener un desfallecimiento ni una vacilación. Rodeado de soberbios y poderosos enemigos, sin más armas que su amor y su fe, proseguía, aun en la ancianidad, su lucha por la redención de los indios. Sin interrumpir sus viajes, sus discursos, sus peregrinaciones fatigosas, escribía sin cesar. Y cada página suya era un grito apasionado, una exhortación ardiente.

Aquel sublime anciano de cabellos blancos, de ojos de fuego, iba y venía, siempre a pie, por los ámbitos de América, visitando a sus hijos, como los llamaba; desafiando a los crueles señores que maltrataban al indígena, heroico e inquebrantable, porque él sabía que procedía en nombre de la fraternidad humana, de la justicia, del amor...

Ni la vida dura y errante, ni sus penosos viajes, ni las fatigas mortales de aquella existencia ardorosa y magnífica, entibiaban la fe del Padre de los indios. Él solo contra las leyes implacables, contra los virreyes, contra el mismo rey de España. Su acento era un grito de pasión y de justicia en medio del tumulto del nuevo mundo. Su mano febril y valerosa era más fuerte que las espadas.

Murió cerca de los cien años, soñando siempre con sus indios, y su nombre y su gloria quedaron iluminando para siempre la historia americana.



Don Quijote.

EL valeroso caballero de la Mancha oculta un alma de héroe bajo el ropaje de un loco. Sus actos más absurdos no son más que las desviaciones de una idea sublime. Proteger a los débiles, castigar a los malvados, «desfacer los entuertos», ejercer la justicia salvadora y vengadora por los grandes caminos de la vida humana: he ahí la misión de Don Quijote.

Sus quimeras tienen el arranque de las águilas, su locura vuela con él en las alas de la victoria. Su único error es no haber nacido tres siglos más tarde.

Despojad las ilusiones de Don Quijote de las formas extravagantes con que las reviste, y se encontrarán las virtudes más elevadas. El culto del honor lo devora, el anhelo de la equidad turba su razón, el entusiasmo de la fe lo hace delirar.

El mundo, para este viejo niño grandioso de la novela de Cervantes, se divide en dos partes: la de los buenos y la de los malos. Don Quijote combate por los buenos, y ataca, intrépido, a los malvados. No concibe el Bien mas que bajo formas sublimes y reales; el Mal sólo se le aparece en figura de monstruos. Su ideal de Justicia se remonta más arriba de las instituciones y de las leyes humanas. Sus hazañas suelen tener un fin lamentable. Arremete, lanza en ristre, contra los molinos de viento, creyéndolos perversos gigantes, y contra los rebaños de ovejas, creyéndolos enemigos; acuchilla los pellejos de vino, decapita los muñecos de palo creyendo realizar portentosas empresas en nombre de su ideal sublime de Justicia.

Cuando penetra valerosamente en la jaula de los leones, éstos le vuelven la espalda con desdén. En todos los lugares recibe burlas y golpes. Por todas partes tropieza con la ingratitud.

Sin embargo, el Caballero de la Mancha siempre es noble y grande en medio de los desengaños que lo hieren. En torno suyo, todo es mentira, menos su valor; si sus famosas aventuras son tan sólo fruto de su imaginación, su intrepidez es verdadera; si el peligro le engaña, no es por su culpa.

Cuando su locura sublime se despeja, Don Quijote es el más sabio y prudente de los hombres.

¡Qué superior entendimiento y qué grandeza de alma en los consejos que da a Sancho Panza, su fiel escudero!

Su cortesía es incomparable; este hidalgo rural, surgido entre la canallería de los pastores y los arrieros, es digno de hallarse entre los reyes. Sus discursos son himnos a la Justicia, al Amor, al Bien, a la Esperanza. El caballero loco es el mas perfecto de los caballeros.

El mismo Sancho Panza, tosco y astuto, se ennoblece al lado de Don Quijote. A fuerza de vivir junto a esta flor de los caballeros andantes, acaba por saturarse de su perfume de romanticismo y de nobleza.

En la segunda parte del libro inmortal, la glotonería y la grosería de Sancho disminuyen. Sancho Panza ama a Don Quijote por su misma locura sublime, de la que comprende vagamente la grandeza. El criado ávido y grosero se convierte en el más fiel y desinteresado de los escuderos hasta la hora de la muerte.

La simpatía cada vez mas grande que inspira Don Quijote aumenta la piedad que despiertan las mistificaciones y los engaños de que se le hace víctima. Las brutalidades de los arrieros, las burlas de los duques, sublevan el ánimo. Cuando un clérigo pedante y un barbero inculto encierran al pobre caballero en una jaula y lo exhiben como un animal raro en una feria, el corazón se indigna.

¡Cuán tristemente termina la heroica aventura del inmortal soñador!

Vencido por el Caballero de la Blanca Luna, debe renunciar a ser caballero y regresar a su aldea.

Derrotado, sólo le queda la muerte. Se despoja de sus armas y de su noble orgullo. Marcha a pie por los caminos que en otro tiempo atravesó lleno de valor y de fe. Su misión ideal ha fracasado. Las pjaras de cerdos pasan gruñendo sobre el caballero caído.

Precipitado desde lo alto de sus visiones al mundo de

las realidades, no puede sobrevivir. El cura y el bachiller, ignorantes y torpes, se acercan al moribundo. Y Don Quijote les dice:

«No es hora ya de chanzas, que no hay pájaros ogaño en los nidos de antaño. Loco estuve, y he aquí que he recuperado la razón. Fui Don Quijote de la Mancha, y ahora vuelvo a ser Alonso Quijano el Bueno».

Y al decir estas palabras, Don Quijote entrega su alma sublime a la razón, que llega hasta él revestida con los rasgos severos de la Muerte, como hubiera entregado su espada a un enemigo victorioso.

(Adaptación de PAUL DE ST. VICTOR)



El niño de la selva.

(CONTINUACIÓN)

III. — Educación de Mowgli en la selva.



AN pasado diez u once años.

Mowgli creció junto con los lobeznos, y Papá Lobo le enseñó su oficio.

Todo tuvo para Mowgli significación clara y precisa: cada crujido bajo la hierba; cada soplo del tibio aire de la noche; cada nota lanzada por el buho sobre su cabeza; cada ruido que producían los murciélagos, arañando, al descansar por un momento en un árbol, cada rumor que causa el pececillo al saltar en una balsa. Sabía trepar a los árboles tan bien como andar, y nadar con igual habilidad que correr. Baloo, el Maestro de la Ley, le enseñó las leyes de la Selva y del Agua: cómo puede distinguirse la rama carcomida de la rama robusta; cómo tenía que hablar cortésmente a las abejas silvestres; cómo tenía que avisar a las serpientes que viven en las lagunas, antes de lanzarse al agua entre ellas.

Cuando no aprendía algo, se sentaba a tomar el sol o dormía, y luego, a comer y a dormir de nuevo. Cuando sentía necesidad de limpieza o le molestaba el calor, se iba a nadar en las lagunas del bosque. Cuando necesitaba miel, se encaramaba a los árboles para buscarla, según le había enseñado Bagheera.

Tendíase la pantera sobre una rama y le llamaba, diciendo: « Ven acá, hermanito ». Al principio, Mowgli se agarraba

M. Padua



torpemente, como el *perezoso*, mas luego saltaba por entre las ramas, de una a otra, con todo el aplomo de un mono gris.

Ocupó también su puesto en el Consejo de la Peña, y allí descubrió que mirando fijamente a un lobo, le obligaba a bajar los ojos. Otras veces arrancaba de la piel de sus amigos las largas espinas que se clavaban en ella.

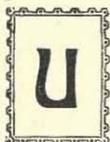
Descendía también por la ladera de la colina, en plena noche, hasta llegar a las tierras de cultivo, y miraba curiosamente a los campesinos en sus chozas.

Nada le gustaba tanto como perderse con la pantera por entre las tibias profundidades del bosque, dormir durante todo el ardoroso día y contemplar por la noche cómo Bagheera se dedicada a la caza.

Así creció, creció tan fuerte, como el niño que vive en medio de la Naturaleza y que todo lo aprende naturalmente, sin otro cuidado que el de procurarse alimentos.



Un fasto solitario.



NA tarde clara, bajo los cielos ingleses.

Desde el parapeto de Embankment miraba las aguas lentas y profundas. Era mayo, y hasta las ondas del Támesis parecían sentir un estremecimiento de primavera.

¡ Mayo!

Siete millones de almas, yendo y viniendo por las históricas riberas, hormigueando en las calles y en los edificios, sentían su sortilegio misterioso. El viento que soplabá del mar del Norte había desvanecido los últimos jirones de la niebla. Geranios y gardenias florecían en las ventanas de Buckingham Palace, el hogar de los reyes, y una caricia de luz diríase que animaba los muros seculares de la Abadía de Westminster.

Continuaba mirando el río, el río cuyas aguas lentas y grises habían llevado el genio inglés a la conquista de los continentes y de los mares.

Estaba solo. Solo, entre siete millones de desconocidos. Y era mayo... Abandoné el Embankemnt. Me sentí flotar y arrastrar como un corcho en el torrente humano de Charing Cross. En los ojos azules de los desconocidos leía la canción de la primavera. Y al andar, sin rumbo, melancólico y solitario, recordé una canción que había oído hacía muchos años a un inglés a quien conocí en un rincón de la Patagonia:

« I'll never be in England in the spring... »

« Yo nunca estaré en Inglaterra en la primavera ». Evocaba, a través del tiempo, los ojos claros del emigrado, en los cuales temblaba una lágrima de ardiente añoranza.

Y yo estaba ahora en Inglaterra, en la primavera.

Me encontré de pronto en la plaza de Trafalgar. En lo alto de su columna, el héroe del Nilo se erguía inmóvil sobre el tumulto de Londres, y el cielo parecía también animar su imagen de piedra con una caricia de sol.

Primavera, y en Londres...

Me apoyé en uno de los leones de granito que velan el sueño de Lord Nelson, y me dije, con súbita y misteriosa tristeza, que allá, a muchos miles de leguas, del otro lado de los mares, en la tierra donde yo había nacido, era el otoño.

El otoño y el 25 de Mayo.

Continuaba rodando el río humano ante mí. Pasaba bajo las arcadas imponentes del Mall, y se perdía en la amplia y luminosa avenida del mismo nombre, bordeada de palacios.

No conocía a nadie, a nadie, en aquella ciudad inmensa, cuyas piedras me hablaban con las voces familiares y solemnes de la Historia.

Y allí, bajo la sombra heroica del vencedor de Trafalgar, apoyado en uno de sus leones inmóviles, bajo el cielo azul de Londres, me invadió la misma añoranza ardiente del inglés que suspiraba por la primavera inglesa en el fondo de la Patagonia.

¿Volvería a estar yo en Buenos Aires, en un otoño?
¿Volvería a escuchar los versos imperecederos que en tales días cantaba jubiloso en mi niñez? :

Oíd mortales el grito sagrado...

Empezaba a hundirse el sol detrás de la Abadía de West-

minster. Raleaba la multitud, y flotaba sobre las calles londinenses el gran suspiro del crepúsculo.

Seguí caminando.

Delante de mí se levantaba la mole gloriosa del palacio de Buckingham. Y soñé absorto, tropezando con las vendedoras de flores y de fósforos, en los años distantes, los 25 de Mayo en mi villorrio natal, un pueblecito soñoliento, perdido en una hondonada de la provincia de Buenos Aires, un pueblecito triste donde alcancé a oír los relatos incoherentes de un viejecito que había conocido a Lavalle la vispera de Puente Márquez...

¡Cómo cantaba yo, en aquellos años luminosos y remotos, las estrofas del Himno Nacional!

Mi voz infantil temblaba de emoción en el patio de la escuela aldeana:

¡O juremos con gloria morir!

Oía claramente el coro de las voces infantiles resonando en el villorrio, despertando ecos estridentes en las huertas lugareñas, en la soledad de la hondonada, perdiéndose en el silencio de los campos natales.

Ya no volverían jamás aquellos 25 de Mayo en la aldea del Oeste. El niño que cantaba el himno temblando de unción patriótica en el patio de la escuela, estaba solo en el corazón de una ciudad extranjera, lleno de misteriosa angustia, de nostalgia ardiente. Los últimos destellos del sol enrojecieron los grandiosos muros de Buckingham, la casa de los reyes de Inglaterra y emperadores de la India.

Pasaban ya escasos transeúntes, apresurados y distraídos. Y fué entonces cuando canté el Himno Nacional:

*¡Oíd mortales, el grito sagrado:
Libertad, libertad, libertad!*

Mi voz resonaba bajo los muros del palacio real, subía hasta las ventanas de los reyes; quizá el emperador de la India me estaba oyendo cantar desde una ventana...

Una mano cayó sobre mi hombro. El gigantesco « constable » me miró con atención, pero sin ira...

— Move on, sir... (Siga su camino, señor).

Obedecí. El colosal vigilante me miraba con curiosidad. Le dí la espalda y me alejé. Cuando estuve a una distancia prudente, terminé de cantar la canción inmortal, al pie de la estatua de Nelson:

*Y los libres del mundo responden.
¡Al gran pueblo argentino, salud!*



La negra Carmen.

(Escenas de la vida en los fortines).



UANDO estalló la revolución de 1874, las fronteras habían quedado completamente abandonadas, porque las tropas que las guarnecían habían acudido al llamamiento del gobierno unas, mientras las otras se plegaron a la revolución, siguiendo al general Rivas.

En el fuerte General Paz, comandancia de la frontera Oeste, no quedaba un solo soldado útil.

Todos habían marchado al campamento de Mercedes con el benemérito coronel Lagos, jefe de aquella frontera.

La noticia de la revolución los tomó de sorpresa. El Regimiento 2 de Caballería venía de perseguir a unos indios, recibiendo Lagos, en la marcha, la noticia de lo que sucedía en Buenos Aires.

Llegó al campamento, hizo montar a caballo inmediatamente la fuerza que allí quedaba, y se puso en marcha hacia Chivilcoy a esperar órdenes, o a ver qué giro tomaban los sucesos.

Cada cual salió con lo puesto, considerándose feliz el que pudo echarse una muda de ropa a los tientos, por lo que pudiera suceder.

Nadie sabía a donde iba, lo que sucedía y cuánto duraría aquella marcha precipitada.

Allí quedaba la ropa, las armas de repuesto, las camas y hasta la correspondencia.

Los quillangos comprados a los indios, para traerlos a sus novias unos y a sus madres otros, los retratos de familia, todo, en fin, quedaba a la vista y a disposición del primer indio que allí entrara.

En el hospital no quedaba más que un soldado moribundo, el loco Echevarría, y dos soldados más, enfermos de golpes de caballo que les privaban de todo movimiento.

Los buenos milicos se despidieron de sus consortes, que quedaban allí a cuidar las cuadras, los oficiales saludaron aquellas covachas donde dejaban su tesoro, y la columna se puso en marcha, con gran espanto del médico Franceschi, que no sabía andar a caballo.

El abandono era peligroso, porque el campamento quedaba situado entre las tribus amigas, que no por ser amigos dejaban de ser indios, Manuel Grande, Coliqueo y Tripailaf.

Allí quedaba armamento en desuso, polvorín bien provisto y casuchas como la del coronel Lagos, que guardaba cuanto tenía éste, y que no había querido llevar nada para quedar en iguales condiciones que sus oficiales.

No quedaba más amparo que la negra Carmen, sargento primero del 2 de Caballería, y a ella le correspondía el comando accidental de la frontera.

Aquella misma tarde «mama Carmen» vistió con uniforme de tropa a todas las mujeres que quedaron en el campamento, para que en un caso dado pudieran fingirse un piquete dejado de guarnición en él.

En el mangrullo había dos piecitas de bronce, las mismas que tomó Arredondo en San Ignacio, y que estaban en buen estado de servicio.

En aquel mangrullo estaban perfectamente seguras, pues levantando la tabla no había quien trepara a la estrella, y en último caso, «mama Carmen» sabía manejar las piezas con bastante acierto.

Allí subían a dormir de noche, estableciéndose de día la más estricta vigilancia.

Los indios amigos veían a la distancia que en el campamento habían quedado soldados, y no se atrevieron a llegar.

Una siesta en la que «mama Carmen» estaba entregada con sus amigas y los soldados, ya mejorados, a las delicias de una carne con cuero, sintieron a la centinela que gritaba: «Indios por el Fortín Luna».

Medio atorándose con un bocado de matambre, «mama Carmen» mandó formar sobre el mangrullo, y subió ella misma a preparar las piezas.

Efectivamente; a la derecha del campamento se veía una indiada que avanzaba con el mayor descuido, como si supiera que el campamento estaba abandonado.

Los caballos estaban atados a la estaca, y nada acusaba la presencia de tropas.

La negra Carmen cargó las piezas, levantó la tabla y se escondió como las demás mujeres detrás del parapeto.

Los dos soldados tenían su carabina con su dotación de tiros, otra carabina «mama Carmen», y otras dos tenían la

mujer del sargento Romero y la mujer del trompa Martinone, conocido por « Martineta ».

Los indios, que sin duda estaban convencidos de que no había nadie, entraron alegremente, mirando a todas partes, como si quisieran descubrir el paraje que debían asaltar primero.

Aquí fué donde « mama Carmen » hizo asomar a sus tiradores, asomándose ella misma, y rompió el fuego sobre los indios.

Aturdidos y aterrados por aquel inesperado fuego de fusilería, los indios se hicieron un ovillo y salieron del cuadro dando alaridos.

« Mama Carmen », que los vió hechos un pelotón que no atinaba por dónde romper, hizo un disparo de artillería que concluyó de aterrarlos.

Al segundo cañonazo los indios se ponían en fuga, dejando dos heridos dentro del mismo campamento.

« Mama Carmen » salió entonces del mangrullo seguida por los dos soldados, montó a caballo y se puso en persecución de los derrotados, haciéndoles frecuentes tiros de carabina.

Si los indios volvían, siempre tendría ella tiempo de volver al mangrullo a jugar su artillería.

Pero los indios no atinaban a volver: los disparos de las piezas los habían llenado de espanto, y sólo trataban de ponerse en salvo.

Tres indios que fueron alcanzados, en un trayecto de veinte cuádras que duró aquella persecución, los ató « mama Carmen » y los trajo al mangrullo diciéndoles:

—No tengan cuidado, hijitos: aquí quedarán hasta que vuelva el coronel y diga lo que ha de hacerse.

Cuando los indios vieron que allí no había más que mujeres, querían morirse de desesperación; pero no había remedio, pues estaban fuertemente amarrados al mangrullo.

Así se libró de ser invadido el Fuerte General Paz durante el tiempo que duró la revolución.

Cuando regresó la división del coronel Lagos, halló los tres prisioneros, guardados por aquel cómico destacamento.

No faltaba ni una hilacha en el campamento; todo se había salvado, gracias al valor y previsión de la negra Carmen, sargento primero del 2 de Caballería y jefe de frontera.

EDUARDO GUTIÉRREZ.



El niño de la selva.

(CONTINUACIÓN)

IV. — La flor roja.



CUÁNTAS veces te hemos dicho, hermanito, que Shere Khan es enemigo tuyo? — le preguntó una vez Bagheera.

— Tantas como frutos tiene esta palmera, — contestó Mowgli, que naturalmente no sabía contar.

— ¡Oh!... Tú eres un cachorro humano — dijo con gran ternura la pantera negra, y debes volver adonde están los hombres, los hombres que son tus hermanos. Esto, si no te matan antes en el Consejo.

— ¿Y por qué han de matarme? — preguntó Mowgli.

— Mírame — contestóle Bagheera.

Y Mowgli la miró fijamente en los ojos. La enorme pantera al cabo de algunos momentos volvió la cabeza.

— Por *esto* — dijo. Hasta a mí me es imposible mirarte en los ojos, y eso que yo te quiero, hermanito. Los otros te odian, porque su mirada no puede resistir el choque de la tuya; porque eres sabio; porque has arrancado espinas de sus patas... porque eres un hombre.

— No sabía nada de eso — contestó Mowgli, arrugando las negras y pobladas cejas.

— Me da en el corazón que en cuanto a Akela se le escape el primer gamo, la manada se pondrá en contra de él y de ti. Se celebrará un Consejo de la Selva, y entonces... entonces... Pero ya tengo una idea — dijo Bagheera, leván-

tándose de un salto. — Vete inmediatamente a las chozas de los hombres y toma una parte de la *Flor Roja*, a fin de que, en el momento oportuno, puedas contar con un apoyo más fuerte que yo, que Baloo y los que bien te quieren en la manada. Anda, ve a buscar la *Flor Roja*.

Lo que Bagheera quería significar al hablar de la *Flor Roja*, era el fuego; pero no hay en toda la selva ser viviente que quiera llamar al fuego por su nombre. Todas las fieras sienten ante él un miedo mortal, e inventan cien maneras diferentes de describir lo que les causa tal pavor.

— ¿La *Flor Roja*? — dijo Mowgli. — ¡Yo la tomaré! Y salió disparando, rápido como un gamo, en dirección a las chozas de los labradores.

Pegado a la ventana de una casa pasó toda la noche, mirando el fuego que ardía en el suelo. La mujer del labriego echaba, de cuando en cuando, unos pedazos de algo negro. Al llegar la mañana, un muchacho, hijo del campesino, llenó de encendidas brasas una especie de cantarillo, lo puso bajo su manta y salió a cuidar de las vacas en el establo.

— ¿Esto es todo? — se dijo Mowgli.

Corrió hacia el muchacho, le arrebató aquella especie de maceta y desapareció con ella entre la niebla.

— Esto se va a morir si no lo alimento — dijo Mowgli. Y comenzó a echar ramitas de árbol y cortezas secas sobre aquella materia de un rojo tan vivo.

Hacia media colina hallóse con Bagheera, cuya piel, con el rocío matinal, parecía salpicada de piedras preciosas.

— Akela ha sido destronado — dijo la pantera. Si no fuese porque también te necesitaban a ti, lo habrían muerto anoche mismo. En busca tuya fueron a la colina.



Todo el día pasó Mowgli sentado en la caverna, cuidando de su maceta y metiendo en ella ramas secas para ver el efecto que producían después. Por fin halló una de su gusto.

Al anoecer llegó el chacal a anunciarle, con harta rudeza, que lo necesitaban en el Consejo de la Peña. Mowgli lo recibió riendo, y riéndose estuvo hasta que el chacal echó a correr.

V. — En busca del ser misterioso que se llama hombre.



OWGLI se dirigió al Consejo, riéndose aún.

Akela, el Lobo Solitario, estaba echado junto a su roca, como signo de que la jefatura se hallaba vacante. Shere Khan paseábase de un lado a otro, con aire resuelto y satisfecho. Bagheera estaba echada junto a Mowgli. Éste tenía medio oculta la maceta del fuego.

Cuando estuvieron todos reunidos, Shere Khan empezó a hablar.

Mowgli púsose de pie.

— ¡Pueblo libre! — gritó. ¿Es acaso Shere Khan quien dirige la manada?

— Se me ha suplicado que hablara... — comenzó a decir Shere Khan.

— ¿Quién te ha suplicado? La jefatura pertenece exclusivamente a los miembros de la manada.

Oyéronse feroces aullidos, que significaban: — ¡Silencio, cachorro de hombre!

— ¡Pueblo libre! — dijo Shere Khan. Ese hombrecillo fué mi presa desde el primer día. ¡Dádmelo! ¿Queréis que él vaya a alzar contra nosotros a toda la gente de los pueblos?

No. Dádmelo a mí. Es un hombre, y ninguno de nosotros puede mirarle frente a frente.

Akela levantó la cabeza y dijo:

—De lo nuestro ha comido; nos ha proporcionado caza; nada ha hecho contrario a la Ley de la Selva.

—Además, yo pagué por él un toro — dijo Bagheera — debéis respetar la promesa, y si no...

— ¡Es un hombre... un hombre! — gruñeron los lobos partidarios de Shere Khan.

Entonces Mowgli se puso de pie, llevando entre sus manos la maceta del fuego.

— ¡Escuchadme! — gritó. La selva es desde hoy campo vedado para mí; pero quiero ser más generoso que vosotros y os prometo que, cuando sea un hombre entre los hombres, no os haré traición, como vosotros me la habéis hecho a mí. Yo, el hombre, dueño de la Flor Roja, quiero trataros como lo merecéis, como a perros que sois...

Arrojó al suelo la maceta; ardió un montón de seco musgo, y el Consejo huyó aterrorizado al ver elevarse las llamas; dió un puntapié al fuego, y el aire se llenó de chispas. Tomó en seguida una rama ardiendo y se dirigió hacia el sitio donde Shere Khan estaba sentado sobre sus patas, parpadeando con aire atontado al mirar las llamas, y lo tomó por el puñado de pelos que tenía bajo las barbas.

— ¡Levántate, perro! — gritó Mowgli, — ¡Levántate cuando te habla un hombre, o de lo contrario te abraso la piel!...

Shere Khan bajó las orejas y cerró los ojos. Mowgli le pegó en la cabeza con la rama, y el tigre gimió con llorosa voz, como agonizante de terror.

— ¡Anda ahora, chamuscado gato de la selva! Pero acuérdate de lo que te digo: cuando yo vuelva al Consejo de la Peña, será cubriendo mi cabeza con tu piel. Es mi

voluntad que Akela quede libre de vivir, y... ¡largo de aquí, perros!

Ardía furiosamente el extremo de la rama, y Mowgli comenzó a batirla a derecha e izquierda, en medio del círculo. Al sentir que las chispas le quemaban el pelo, los lobos echaron a correr aullando.

Al fin, sólo quedaron Akela, Bagheera y unos diez lobos partidarios de Mowgli.

Fuése en seguida a la caverna de Papá Lobo, a despedirse de él, de Mamá Loba y de los cuatro lobatos.

— ¡Vuelve pronto! — le dijo Mamá Loba. Vuelve, desnudo hijo mío; porque... oye lo que voy a decirte: siempre te he querido a ti más que a mis cachorros, aunque eres hijo de hombre.

— Cuando vuelva, será para tender la piel de Shere Khan sobre la Peña del Consejo. ¡No me olvidéis! ¡Decidlé a todos los de la selva que tampoco me olviden nunca!

Rayaba el alba cuando Mowgli bajó de la colina, completamente solo, para ir en busca de esos seres misteriosos que se llaman hombres.

RUDYARD KIPLING.



La oración de la maestra.



SEÑOR! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la tierra.

« Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

« Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aun me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido.

« Dame el ser, más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es « carne de mi carne ». Dame que alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarte en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

« Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él.

« Pon en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre tu carro de niños descalzos.

« Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida.

« Amigo, ¡Acompáñame! ¡Sosténme! Muchas veces no tendré sino a Ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más

casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás entonces contra tu corazón, el que supo harto de soledad y de desamparo. Yo no buscaré sino en tu mirada la dulzura de las aprobaciones.

« Dame sencillez y dame profundidad, líbrame de ser complicada o trivial en mi lección cotidiana.

« Dame el levantar los ojos de mi pecho con heridas, al entrar cada mañana a mi escuela. Que no lleve a mi mesa de trabajo mis pequeños afares materiales, mis mequinos dolores de cabeza.

« Aligérame la mano en el castigo y suavízamela más en la caricia. ¡Reprenda con dolor, para saber que he corregido amando!

« Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Que envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más fuerte columna y mi buena voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas.

« Y, por fin, recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la Tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos en el costado ardiente de amor ».

GABRIELA MISTRAL.



Echa la simiente...



El surco está abierto, y su suave hondor
Bajo el sol semeja una cuna ardiente.
¡Oh, labriego! tu obra es grata al Señor:
¡Echa la simiente!

Nunca, nunca el hambre, negro segador,
A tu hogar se llegue solapadamente.
Para que haya pan, para que haya amor,
¡Echa la simiente!

La vida conduces, rudo sembrador.
Canta himnos donde la esperanza aliente;
Burla a la miseria y burla al dolor:
¡Echa la simiente!

El sol te bendice, y acariciador
En el viento Dios te besa en la frente.
Hombre que echas granos, hombre creador,
¡Prospera tu rubia simiente!

GABRIELA MISTRAL

Diálogo de la Pampa y la Noche

ESTAMOS solas — dijo la Noche.

— ¿Y la Luna? — preguntó la Pampa.

— ¡Oh!, esa vendrá recién al amanecer, cuando yo me haya marchado. Y aunque estuviera, no habría ningún peligro. ¿No sabes que está muy vieja?

Si no fuera por el Sol, no serviría para nada. La Luna es la que alborota constantemente a ese inocentón del mar, tan grande y tan simple, tan ciego y atropellado. ¡Cuándo dejará de ser juguete de la Luna! Si supiera que es tan vieja, que ya no puede girar fácilmente. Recién cuando ha completado su ronda mensual, concluye de darse vuelta. Pero en ese momento se le achicharra el ojo completamente y queda ciega por dos, por lo menos.

— Ya veo que no andas muy en armonía con esa señora Luna — dijo la Pampa —. Me parece que tu antipatía para con ella se debe a que su presencia aminora el esplendor de tus joyas.

— Así será — respondió la Noche —; pero se ve que tú no me conoces, querida Pampa. Debes saber que yo soy la reina absoluta del espacio: todo él me pertenece. Eso que tú llamas el día esplendoroso, es algo muy limitado: para mí no vale tanto como el resplandor de un fósforo. Si tú pudieras remontarte un poco y atravesar la mayor parte de la atmósfera, llegando siquiera a la región por donde cruzan las estrellas fugaces, te encontrarías en tinieblas a las doce

del día, con el Sol sobre tu cabeza. Es que más arriba estoy yo con mi sombrilla y mis joyas, los astros, acompañada por mis dos hermanos: el Silencio y la Serenidad. El espacio es un mar insondable y tenebroso, inmóvil y absolutamente frío...

Hizo una pausa, y luego prosiguió:

—Pues yo con mis hermanos llenamos ese mar, lo abarcamos, lo saturamos, y en él flotamos eternamente. Esas luces que ves destacarse en el fondo de mi sombrilla y que tanto te agradan, pertenecen a los barcos que navegan en el inmenso mar. Se mueven en todas direcciones, trazando curvas gigantescas, aunque parezcan fijos. Todo es cuestión de tiempo. Algunos se acercan a tu pequeño esquife, la Tierra; otros se retiran, los que, con el infinito rodar de los siglos, irán desapareciendo lentamente hasta perderse para siempre en la inmensidad.

—No sé por qué estas cosas me entristecen —dijo la Pampa.

—La poesía del misterio es siempre triste —replicó la Noche, pestañeando ligeramente, y después de un largo silencio siguió hablando así:

—En mi mar no hay naufragios, porque no tiene fondo ni superficie; no hay arriba ni abajo, nada cae ni sube; se anda siempre. Te confieso que, a pesar de la costumbre, cuando uno de mis buques apaga sus luces en la inmensidad, me aterra el ver andar en las tinieblas esos buques negros, helados, sin vida. Cuando los veo venir hacia mí se me hiela el cuerpo...

—A mí también me está dando miedo —dijo la Pampa.
—Hablemos de otra cosa.

—¿Sabes cuántos faros se vislumbran en ese mi mar?

interrogó de pronto la Noche —; millones y millones. Todos pertenecen a buques jefes, y seguramente cada uno de ellos marcha rodeado de su flota, como el Sol con sus ocho cruceros o destróyers.

— ¿Y adónde se dirigen todas esas flotas? — preguntó la Pampa, con voz trémula.

— Triste es decirlo — contestó la Noche, pensativa —; sobre el particular nada se sabe; no se conoce el puerto adonde van, ni la ruta que llevan; esos buques andan a ciegas en medio de las tinieblas y el silencio de los mundos. Pero de todos modos no vale la pena inquietarse, pues nada se remediaría. La Tierra es un pequeño navío que lleva sobre cubierta más de mil quinientos millones de prisioneros mientras navega por la inmensidad...

Iba a hablar la Pampa, cuando la Noche la interrumpió, diciendo:

— Allá viene la vieja Luna, precediendo al Sol. Me voy para el otro lado. Andando; me bañaré un buen rato en el Pacífico y veremos lo que hacen en Australia y en Asia.

Al terminar estas palabras desapareció. El alba triunfó, y entre las nubes rosa que anunciaban el Día, no quedó ni una huella de la Noche.

MARTÍN GIL.



El país de los matreros



A población más heterogénea y más curiosa de la República es, seguramente, la que acabo de visitar y que vive perdida entre los pajonales que festonean las costas entrerrianas y santafecinas, allá en la región en que el Paraná se expande triunfante. ¡Qué imponente y qué majestuoso es allí el gran río,

con sus embalsados que parecen islas flotantes; con sus pajonales impenetrables que quiebran la fuerza del oleaje y defienden del embate continuo la tierra invasora que poco a poco lo estrecha y que ya luce orgullosa su diadema de ceibos y de sauces; con sus nubes de garzas blancas que al volar semejan papelitos que arrastrara el viento; con sus bandadas de macaes que zambullen chacotones persiguiendo las mojarras entre los camalotes florecidos y con sus nutrias y sus carpinchos y sus canoas tripuladas por marineros de chiripá, que parece que allí no más, a la vuelta del pajonal, han dejado el caballo y las boleadoras!

¡Qué curioso y qué original es este gran río que lucha desesperado por ensanchar sus dominios! ¡Cómo se defiende la tierra de sus ataques, y cómo avanza, tenaz y cautelosa, aprovechando la menor flaqueza de su adversario, y con qué orgullo tremola, como un pendón de triunfo, la florescencia vistosa y fragante de la vegetación que alimenta!

Aquí el río impetuoso arranca de cuajo un pedazo de isla y lo arrastra mansamente, desmenuzándolo hasta dejar en descubierto los tallos trenzados de las lianas y camalotes que formaron su esqueleto.

Allá va a tenderlo como un rompeolas ante un ceibo veterano cuyas raíces sirven de asidero a las zarzas y enredaderas que ya dibujan en su contorno un futuro albardón, o lo estrella con fuerza sobre el tronco rugoso de un sauce sin hojas, paradero habitual de los enlutados biguáes encargados de la vigilancia en la comarca.

Más lejos, la tierra avanza una red de plantas sarmentosas protegida por otra de esos camalotes cuyos tallos parecen víboras y cuyas flores carnudas, pintadas con los colores de la sangre sobre fondos cárdenos, exhalan perfumes inten-

sos que marean, y lentamente va extendiendo su garra sobre el río, inmovilizando sus olas, aprisionando los detritus que arrastra la corriente, hasta poder formar un albardón donde la vida vegetal se atrinchera para continuar con nuevos bríos la lucha conquistadora.

Este vaivén, esta brega de todos los instantes, da a la región una fisonomía singular e imprime a todos sus detalles un sello de provisorio, un aire de nómada, que bien a las claras indica al menos observador que ha llegado adonde la civilización no llega aún, sino como un débil resplandor; que está en el desierto, en fin, pero no en el de la pampa llana y noble—donde el hombre es franco y leal, sin dobleces, como el suelo que habita—, sino en otro, áspero y difícil, donde cada paso es un peligro que le acecha y cuyo morador ha tomado como característica de su ser moral la cautela, el disimulo y la rastrería, que son los exponentes de la naturaleza que le rodea; que se halla en el país de lo imprevisto, de lo extraño; en la región que los materos han hecho suya por la fuerza de su brazo y la dejadez de quienes debieran impedirlo; en la zona de la República donde las leyes del Congreso no imperan, donde la palabra autoridad es un mito, como lo es el presidente de la República o el gobernador de la Provincia.

Pensar aquí en la Constitución, en las leyes sabias del país, en los derechos individuales, en las garantías de la propiedad o de la vida, si no se tiene en la mano el Smith Wesson y en el pecho un corazón sereno, es un delirio de loco, una fantasía de mente calenturienta, pues sólo impera el capricho del mejor armado, del más sagaz o del más diestro en el manejo de las armas.

—¿Y cómo arreglan ustedes sus diferencias?, preguntaba

a un viejo cazador de nutrias — ¿Cómo zanja sus dificultades?

— Asigún el envite, es la respuesta. Si uno tiene cartas, juega, y sino se va a baraja.

— Es decir, ¿que aquí sólo tiene razón la fuerza?

— ¡Ansina no más es, señor!... ¡Aquí, como en todas partes, sólo talla el que puede!

No obstante, a medida que uno sube de las tierras bajas a las altas, la vida del hombre cambia, como cambia la naturaleza que le rodea: las pajas desaparecen bajo el manto tupido de la gramilla, los ceibos y los sauces son substituídos por el éspinillo y el ñandubay, los ranchos no son ya miserables chozas quinchadas, sino construcciones de paja y barro que resguardan de la intemperie.

En vez de la desolación que reina en aquéllos, alegran la vista en éstos algunas aves caseras y un enjambre de muchachos que juegan bajo el alero.

En las tierras altas están los hombres de responsabilidad, los diablos que se hacen santos, los que lucran con el esfuerzo de los nómades sin techo y los que, a su vez, son sus víctimas en las horas de escasez; en las bajas habitan los desheredados, los que recién llegan a la tierra de promisión donde no hay piquetes de seguridad ni comisarios, donde a nadie se pregunta su nombre ni la causa que lo trae al desierto, ni cómo va a vivir o a morir.

JOSÉ S. ALVAREZ (Fray Mocho).



Las mieses

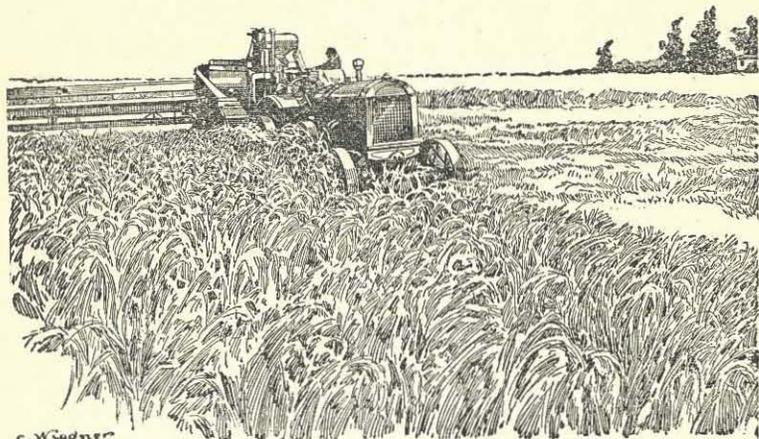
(FRAGMENTO)



LCEMOS cantos en loor del trigo

Que la pampeana inmensidad desborda,
En mar feliz donde se cansa el viento
Sin haber visto límite a sus ondas.

Simbolizando las alianzas nobles
En las doradas tribus que escalona,
Sobre el color indiano de las eras
Florece un juvenil rubio de Europa.



Las mieses

(FRAGMENTO)

ALCEMOS cantos en loor del trigo
 Que la pampeana inmensidad desborda,
 En mar feliz donde se cansa el viento
 Sin haber visto límite a sus ondas.

Simbolizando las alianzas nobles
 En las doradas tribus que escalona,
 Sobre el color indiano de las eras
 Florece un juvenil rubio de Europa.

Fuerte gañán que tiene un hijo blanco
 Y una hija blanca como en las historias,
 Dice del almidón y de la harina
 En que el hogar cimenta sus concordias.

Con una rubia desnudez de niño
 Rueda la masa, echando tibio aroma
 Que a aquella simple industria da el encanto
 De una maternidad blanda y recóndita.

En la fiel solidez del pan seguro
 La vida es bella y la amistad sonora.
 Suave corre la vida en las cordiales
 Tierras del pan, como una lenta sombra.

LEOPOLDO LUGONES



“La gloria de don Ramiro”

(FRAGMENTO)

I



RAMIRO solía quedarse hasta la noche en el último piso del torreón, escuchando los cuentos y parladas de las mujeres.

Allí terminaba la tiesura solariega. Allí se canturriaba y se reía. Allí el aire exterior, en los días templados, entraba libremente por las ventanas, trayendo vago perfume de fogatas campesinas y el sordo rumor de los molinos y batanes en el Adaja.

¡Qué holganza para el niño hallarse lejos de la facha torva del abuelo, y encima de aquellas cuadras silenciosas del caserón, donde se acostumbraba encender velones y candelabros durante el día! Cuadras sólo animadas por las figuras de los tapices; fúnebres estrados, brumosos de sahumero, que su madre, vestida siempre de monjil, cruzaba como una sombra.

Las criadas le querían de veras. Todas miraban con respetuosa ternura al párvulo triste y hermoso que no había cumplido aún doce años y parecía llevar en la frente el surco del misterioso pesar. Todas rivalizaban en complacerle, en agasajarle.

Durante el trabajo, entre el zumbo de las ruelas, se hablaba de cosas fáciles que él comprendía, y, casi siempre al anochecer, se contaban historias. Añejas historias, sin tiempo ni comarca. Unas sombrías, otras milagreras y fasci-

nadoras. Consejas de tesoros ocultos, de agüeros, de princesas, de ermitaños. Una vieja esclava, herrada en la frente, sabía cuentos de aparecidos. Ramiro la escuchaba con singular atención, cada vez más goloso de papura y de misterio.

La estancia era un vasto recinto que ocupaba casi todo el plano de la torre. Las vigas no habían perdido el oro de la añosa pintura, y la faja de escudos nobiliarios, que corría en lo alto de las cuatro paredes, lucía intacto su tinte de gules y sinople. En el rincón más oscuro dormía un antiguo telar descompuesto. No se había pensado nunca en repararlo, y se le dejaba apo'illar y cubrirse de telaraña, conservando todavía entre sus maderos los hi'os de una estameña comenzada, quizá, en el reinado anterior.

En el grosor de las paredes cada ventana formaba un hueco profundo, con sendos poyos de piedra. Ramiro se sentaba de costumbre sobre uno de ellos; y pasaba las horas largas mirando hacia fuera, con el codo apoyado en el a'féizar.

Una de las ventanas, la que abría hacia el nordeste, dominaba casi todo el caserío. Desde aquella altura, Avila de los Santos, inclinada hacia el Adaja y ceñida estrechamente por su torreada y bermeja muralla, más que una ciudad, semejava gran castillo roquero. El niño oteaba los corrales y los patios, el interior de los conventos, el carapacho de las iglesias. A corta distancia, en el sitio más eminente, la catedral levantaba su torreón de fortaleza almenado y parduzco.

Desde la otra ventana se disfrutaba de una vista grandiosa: el Valle Amblés, toda la nava, toda la dehesa, el río, las montañas. Fuera de los sotos ribereños, la vegetación era escasa. Raras encinas, negras a distancia, moteaban apenas los pedregosos collados. Paisaje de una coloración

austera, sequiza, mineral, donde el sol reverberaba extensamente. Paisaje huracán y apacible como el alma de un monje.

Vivo resplandor revelaba a trechos, entre fresnos y bardagueras, el curso del Adaja, esparcido sobre la arena como galón de plata que se deshila. En el fondo, la sierra de Avila levantaba sus picos más altos chapados de nieve. De ordinario un bulto de nubes asomaba por detrás de la Serrrota o del Zapatero, como vapor de una olla, sombreando los picachos y suspendiendo sobre la falda largos vellones horizontales.

Aquella tarde las mujeres aderezaban ropas de iglesia. Sentadas en redondeles de esparto, extendían sobre el suelo las viejas vestiduras, cambiando el hilo desdorado, rehaciendo la raída guirnalda, el símbolo eucarístico, la orla de santos; y, a veces, también, alguna alcoránica leyenda deslizada en la estofa por el obrero morisco. Era un trabajo piadoso. Aquellos ternos y frontales pertenecían a los conventos. Los monjes aseguraban que cada puntada equivalía para Dios a una cuenta del Rosario.

Había góticos terciopelos que se plegaban angulosamente, terciopelos acartonados y finos del tiempo de Isabel y Fernando, donde una línea segura iba inscribiendo el tenue contorno de una granada sobre el fondo verde o carmesí; donosas telas de plata que parecían aprisionar entre la urdimbre un viejo rayo de luna; brocados y brocateles amortecidos por el polvillo del tiempo, a modo de vidrieras religiosas. El resplandor del poniente prestaba rara vislumbre a todos aquellos ornamentos, iluminando de soslayo las sedas multicolores, cuyos tintes vinosos habían madurado como zumos añejos en los cajones de las sacristías.

ENRIQUE LARRETA.



Labrador

(CAMPO ARGENTINO)

Qué negras parecen las tierras labradas
Entre las paniegas y las refalfadas ...

C. Wedner

Labrador que labras tan tarde la tierra,
Aquel lindo rancho que hay allí, ¿qué encierra?

¿Acaso en los brazos tibios del amor
Pasaste las albas frías, labrador?

Todavía es tiempo... Labra, labra, labra,
La rosa esperanza en tu pecho se abra,

Que en las tierras grasas, en las tierras rotas,
Vuela una bandada blanca de gaviotas.

FERNÁNDEZ MORENO



El chacarero de 1830

VIVIA en los alrededores de la amada ciudad o a muy pocas cuadras del suburbio; orgulloso dentro de los grandes plantíos de maíz de guinea, generoso proveedor de la gran industria de las escobas, con las cuales daba de comer a veinte mil negros.

Cultivaba la sandía jugosa, las uvas de sus grandes viñedos, el trigo y el membrillo, que en ciertas épocas venía a las puertas de ese hogar sencillo, todo ocupado en la confección del dulce y la jalea tradicional. En grandes y caprichosos envases confeccionados en la casa salía de las manos de su industria sana y próspera.

Algunos de los invidiables caserones, llenos de perfumados recuerdos y melancólicamente perdidos entre el hu-

mo de los « hornos de vascos » que hoy los profanan, conservan todavía la señorial altivez de la ruina romana.

La pita garbosa, entremezclada con la cina-cina, defendiéndose con sus reverdecimientos intermitentes y provocadores, están revelando, hasta en su robusta resistencia a las flagelaciones del tiempo, cómo era de celoso el chacarero del tiempo de Rosas en la defensa de su heredad, y qué despreciativos conceptos le merecían ciertas profanidades europeas entre cuyos dorados deslumbramientos descubría su lejana ruina.

En la Chacarita de los Colegiales y sus pintorescos alrededores estaba uno de los principales centros de estas chacras, de tan gratos recuerdos para generaciones que aun no han desaparecido y que conservan en el sentido el perfume tan grato de los montes de duraznos, de la higuera y de los inmensos parrales cuya fruta no ha sido todavía reemplazada con ventaja. Casi todos esos chacareros eran propietarios o simples arrendatarios.

Estos últimos, ya fueran de las suertes de chacras principales, como la « de cabezadas », pagaban anualmente diez pesos por cuadra cuadrada, que el Administrador de la Chacarita recogía conjuntamente con el producto de los montes de frutales, dando cuenta a la Receptoría General a fin de cada semestre.

Todas estas chacras estaban bien medidas y amojonadas en cumplimiento del decreto de 1829, defendidas por cercos vivos y por mansas jaurías de perros a quienes la obscuridad de la noche, con sus ruidos misteriosos, ponía celosa la garganta y ágil el colmillo.

Este porteño utilitario y práctico, de cepa tan criolla, resistió heroicamente al cosmopolitismo voraz, que ha supri-

mido al payador de las leyendas, rompiendo las cuerdas de la guitarra para vestir al gaucho de «jaquet» y borrar hasta la remota posibilidad del idilio.

Al arrebatarse a la estancia vieja su poesía y al tipo nacional de las ciudades su gentil hombría indolente, puebla el suburbio de fábricas y usinas, y tiende sobre la llanura, tan bella como desierta, los mil hilos de acero que suprimen el tiempo y acortan el espacio.

JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA

Un educador

(DE JUVENILIA)



JACQUES llegaba indefectiblemente al Colegio a las nueve de la mañana; averiguaba si había faltado algún profesor, y en caso afirmativo iba a la clase, preguntaba en qué punto del programa nos encontrábamos, pasaba la mano por su vasta frente como para refrescar la memoria, y en seguida, sin vacilación, con un método admirable, nos daba una explicación de química, de física, de matemática, en todas sus divisiones, aritmética, álgebra, geometría descriptiva o analítica, retórica, historia, literatura, ¡hasta latín! El único curso de aquel extenso programa, que no le he visto dictar por accidente, era de inglés, dado por mi buen amigo David Lewis, que nos hacía leer a Milton y a Pope, a Adison y a todos los buenos prosistas del «Spectator».

Debe estar fija en la memoria de mis compañeros aquella admirable conferencia de M. Jacques sobre la composición del aire atmosférico. Hablaba así una hora, y (fenómeno inaudito en los fastos del Colegio) al sonar la campana de salida, uno de los alumnos se dirigió, arrastrándose hasta la puerta, la cerró para que no entrara el sonido, y por medio de esta estratagema, ayudada por la preocupación de Jacques, tuvimos media hora más de clase. Había venido de buen humor ese día y su palabra salía fácil, elegante y luminosa. En ciertos momentos se olvidaba y nos hablaba en francés, que todos entendíamos entonces. ¡Qué pintura ini-

mitable de ese maravilloso fenómeno de la vegetación de aquellas plantas con corazón de madre, absorbiendo el letal carbono de la atmósfera y esparciendo a raudales el oxígeno, la esencia de la vida! ¡Cómo nos hablaba de la bajeza miserable del hombre que pisotea una planta o abate un árbol para coger un fruto! Aun suenan en mis oídos sus palabras, y al recordarlas aún se apodera de mi alma aquella emoción nueva e inexplicable entonces para mí!

Cuando empezó a dictar el curso de filosofía, que debía concluir tan brillantemente Pedro Goyena, dió como texto el manual en colaboración con Simón y Saisset. En la primera conferencia dijo bien claro que aquella era la filosofía ecléctica; más tarde añadió a algunos compañeros: «El día que yo escriba mi filosofía, comenzaré por quemar ese manual».

No ha dejado nada al respecto; pero si es posible rehacer sus ideas personales con el estudio de su naturaleza intelectual y sus opiniones científicas, no es arriesgado afirmar que, discípulo directo de Bacon, pertenecía a la escuela positivista que hasta entonces no había tenido divulgadores como Littré, pero que, antes de haberla formulado Augusto Comte, ha sido la filosofía de los hombres de ciencia, realmente superiores en todos los tiempos.

Adorábamos a Jacques a pesar de su carácter, jamás faltábamos a sus clases, y nuestro orgullo mayor, que ha persistido hasta hoy, es llamarnos sus discípulos. A más, su historia, conocida por todos nosotros y pintorescamente exagerada, nos hacía ver en él, no sólo un mártir de la libertad, como lo fué en efecto, sino un hombre que había luchado cuerpo a cuerpo con Napoleón, un hombre simbólico de la tiranía.



Recuerdos

(DE JUVENILIA)



MUCHOS años más tarde volví a entrar un día al Colegio; a mi turno, iba a sentarme en la mesa temible de los examinadores. Al cruzar los claustros, al ver mi nombre al pie de algunos dibujos que aun se mantenían fijos en la pared con sus modestos cuadros negros; al pasar junto a mi antiguo dormitorio, teatro de tantas y tan renombradas aventuras; al

cruzar frente a la puerta sombría del encierro, que por primera vez recibió una mirada cariñosa de mis ojos; al ver el grupo de estudiantes tímidos, callados, que en un rincón procuraban penetrar mi alma y leer en mi cara sus futuras clasificaciones; al estrechar las manos de mis compañeros de hoy, mis maestros de otro tiempo; al respirar, en una palabra, aquel ambiente que había sido mi atmósfera de cinco años, sentí una impresión extraña, grata y dulce, y una vaga melancolía me llevó por un momento a vivir la vida del pasado.

Me lancé a todos los viejos rincones conocidos, y al pasar bajo las bóvedas del claustro, se levantaban mis recuerdos, obedientes a una evocación simpática. Aquí, me decía, el buen Cosson, tan afectuoso, tan justo, nos leía las elegías de Gilbert con entusiasmo sincero o nos recitaba las tiradas de la «Théraméne» sin mirar el libro; aquí fué donde el profesor Rossetti, encantado de mi exposición, me predijo que sería un ingeniero distinguido si perseveraba en las matemáticas, para las que había nacido; en aquel banco expuse a Puiggari mi deplorable conferencia sobre el yodo que destruyó todas las esperanzas de verme convertido en un Lavoisier; en este sitio memorable fuí sostenido por M. Jacques cuando, habiendo sido llamado a dar examen de francés ante el doctor Costa, Ministro de I. P., me tocó en suerte traducir a primera vista el «Incendio de Moscou», de M. Segur, y me trabé en descomunal batalla con Larsen sobre la significación de la palabra «tôle»; aquí Jaques me dijo que era un imbécil, pero que tenía razón cuando sostuve ante él una discusión con un compañero, que este título de un capitu'o de La Bruyére, «Les esprits forts», no debía traducirs por «Los espíritus fuertes»; en aquel rincón me

bati una tarde con denuedo contra un muchacho Arriaza, quien, si bien sacó del combate la nariz demolida y con una forma pintoresca, me dejó ciego por una semana; en este escaño se sentaba mi madre, me tomaba las manos, me acariciaba con sus ojos llenos de lágrimas, me apretaba contra sí, y al fin, cuando la noche caía y era necesario separarnos, me dejaba su alma en un beso... y diez pesos en la mano, que yo corría a convertir en cigarros en la portería; aquí fué donde el Padre Agüero pilló al alba a Adolfo Saldías, que volvía de una escapada, y a la luz de la luna, que entraba por los cristales del gimnasio, lo hizo arrodillar en el claustro helado y pedir perdón de su delito, mientras yo, con el mate en la mano y tras la puerta entreabierta del dormitorio del anciano contemplaba el cuadro, poniendo la ausente barba en remojo...

— Los exámenes van a comenzar, doctor. — Sólo a usted se espera.

— Voy al momento.

MIGUEL CANÉ.

La dulce patria



UANDO los hombres se reúnen y hacen una patria realizan un acto de amor, porque la patria presupone una creación, y toda creación es un acto amoroso. Fijar una frontera no significa: «por aquí no se entra», sino: «por aquí se pasa».

Crear una patria vale por encender un nuevo hogar para bien de la humanidad. Nadie se disgusta ni duda de la humana solidaridad cuando la ciudad gana una casa. Nadie debe dudar tampoco del amor solidario cuando el mundo gana una patria. Y recíprocamente, así como nada infunde más pena en la ciudad que la casa derruida, nada duele tanto en la tierra como la patria acabada.

Hay quien aboga por la patria universal, ya que estas otras que conocemos parecen no servir, ya que trajeron consigo el odio y la guerra.

¿Para qué fundar nuevos países si mañana resultarán tan malos como los antiguos?

Las patrias no se fundan para la inmutabilidad, sino para la vida, que es una renovación incesante. Por eso, dicho en verdad, los buenos patriotas son los que quieren renovar o reformar, y los enemigos más grandes de la patria son los que quieren cristalizar o inmovilizar, ya se trate de la costumbre, de la ley o de la institución.

El espíritu de la patria avanza por avatares, por transformaciones, buscando la perfección a través de las instituciones, que son su vehículo natural. Cuando el Espíritu se

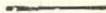
va, no quedan más que fórmulas muertas. Se ve que los grandes días de la patria se han ido. No palpita ningún ideal superior. Quiere decir que se necesitan instituciones nuevas, animadas con el calor de la vida.

Nada tan antipatriótico como el patriotismo del fanático que empieza por suponer que su patria es perfecta. Las patrias nunca son perfectas, y por eso es que viven. Viven perfeccionándose, y cuando en un país faltan hombres que clamen, luchen o sucumban por una renovación; cuando ya no hay quien escuche el llamamiento del Espíritu de la patria, puede afirmarse que la tal patria está muerta, y que aquel Espíritu se ha ido para siempre.

Ahora se siente que este Espíritu de la patria nuestra, vibrante de grandes designios, está llamando de nuevo a la puerta de su destino.

Sólo falta que los héroes despierten de su largo sueño y abran de par en par las puertas del Porvenir.

ARTURO CAPDEVILA.



En el mar.



AJO las nubes, la esmeralda fluída,
Placa es de plomo, palpitante, inmensa;
La quilla rauda, que la hiende densa,
Le infunde el verde de su antigua vida.

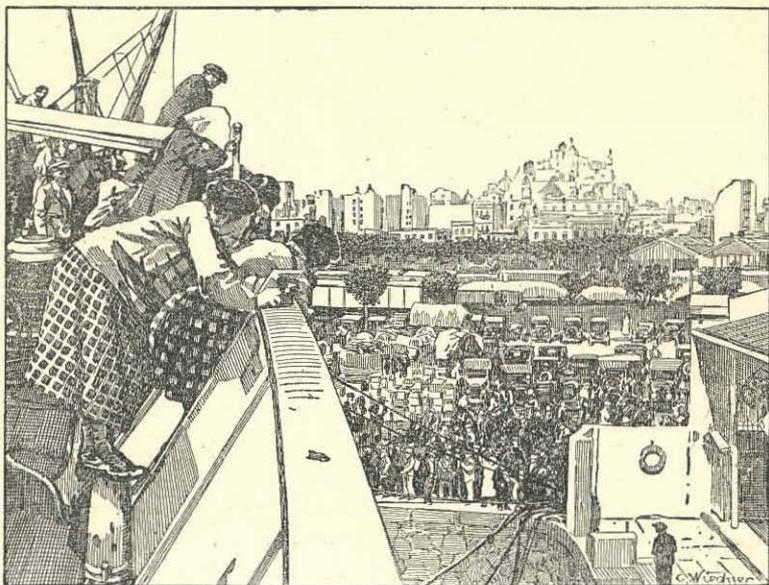
Una peña ceñuda y revestida
De triste velo, en el misterio piensa;
Y otra, lumínea, en su vapor condensa
El alba por los soles concebida.

« Insomne viajador, ¿ qué cariñoso
Asilo tocarás? — dice el acento
Que sueña y canta por el mar undoso.

El responde:

« No soy del firmamento
Astro polar; llamadme el sin reposo:
Yo soy la vela que obedece al viento ».

ANGEL DE ESTRADA.



“El solar de la raza”

(FRAGMENTO)

LA Europa latina empieza a ver en nuestra Argentina la salvación de la raza. Hombres inquietos, con su camino de ascensión clausurado, ávidos de nueva vida, trovadores del Oro, casta de águilas, llenan los transatlánticos rumbo a esta patria. Son los modernos conquistadores. Héroe de la energía y de la voluntad, sacan ilusiones de su fuerza; y a la noche, en las cubiertas populosas, bajo el lírico panteísmo del gran cielo marítimo, sueñan gestas de audacia y de dinero los Cortés y los Pizarros de hoy. Los latinos de Europa, pues latinos son casi todos aquellos hombres, se dirían vestales

de la estirpe: traen la misión, providencial e invisible, de conservar las excelencias latinas en la mezcla de pueblos, de afianzar el predominio, en la amalgama de tantos metales del oro puro de la latinidad.

Porque una nueva raza está formándose aquí. Gentes de todas las comarcas, en lucha atroz y secreta, en formidable Babel de índoles, mutuamente se absorben, se funden, se mezclan, se devoran y se amalgaman. Israelitas de Besarabia que todavía llevan en sus ojos místicos el misterio de la estepa y el pavor de las persecuciones, se ayuntan, en hogares gauchos, con nativos de tez bronceada; vascos intrépidos unen su vida audaz con mujeres de estirpe aborigen; sajones, armenios, latinos griegos, eslavos, nadie resiste a la absorción del ambiente. Esta patria, generosa para el extraño, exige, en cambio de sus dones, el olvido de todas las patrias. Y así, en el común amor a la tierra prolífica, en usufructo de libertad y democracia, va naciendo, sobre el suelo argentino, una raza predestinada en tiempos próximos a destinos magníficos.

Raza latina, no obstante todas las mezclas. Nosotros vamos recogiendo las virtudes de la estirpe que nuestros hermanos de Europa comienzan ya a olvidar; latinos en mayoría irremplazable son los hombres que vienen a poblar el país; latino es nuestro espíritu y nuestra cultura. Pero dentro de la latinidad somos y seremos eternamente de la casta española. Las inmigraciones, en inconsciente labor de descaracterización, no han logrado ni lograrán arrancarnos la fisonomía familiar. Castilla nos creó a su imagen y semejanza.

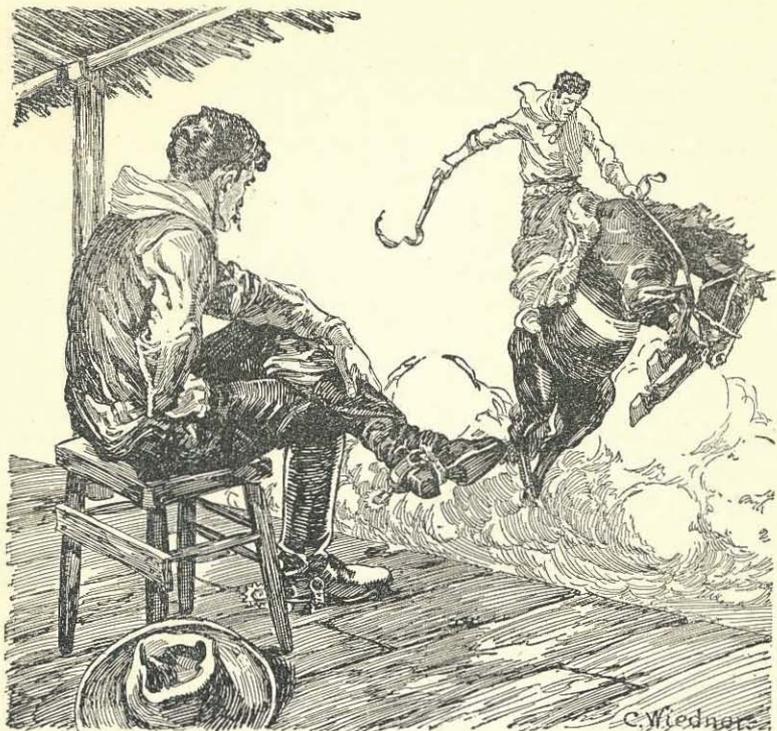
El porvenir de nuestra patria no es puramente material. Será ella el granero del orbe, pero no debe ser eso tan sólo. Un más alto y perenne destino la engrandecerá magníficamente. ¿Mas tendremos sobre el mundo alguna influencia es-

piritual? ¿Crearemos en los siglos un bello y armonioso tipo de civilización? Un inmenso anhelo da la razón a mi esperanza. No sabría con qué argumentos justificar tanta ilusión, pero allá en el fondo de mi ser alguien me dicta estas palabras.

Nosotros poseemos el secreto de la energía. Pero no será la nuestra una energía bárbara y automática como aquella que hierve sin cesar en los Estados Unidos de Norte América. La nuestra es y será una energía armoniosa, una fuerza atemperada de elegancia latina, un impulso inteligente, un brazo de un ser en quien la acción no ha destruído al ensueño. En consecuencia, el poeta de nuestra estirpe no será un Walt Whitman; los ritmos bárbaros, el tono bíblico, la inelegancia, el desorden del poeta yanqui, serían cosas extrañas a nuestra idiosincrasia. La sola energía material no crearía la grandeza que soñamos, y todas las excelencias espirituales son indispensables a nuestra patria.

Mientras tanto, trabajemos para que llegue cuanto antes el día de tan espléndidas realidades. La grandeza material ya existe. Ahora debemos, en labor paralela, crearnos la otra. Aprovechemos, pues, los dones espirituales que nos hacen nuestros hermanos de Europa. Recojamos los viejos ideales latinos que ellos van perdiendo y adaptémoslos a nuestra vida. Y finalmente dejemos que templen de espiritualidad a nuestras energías materiales los efluvios de la España vieja. La decadencia del solar de la raza debiera ser para nosotros una fecunda fuente de ideales. En las ruinas suntuosas y tristes de la España vieja podemos hallar los raros bienes que faltan a nuestra riqueza ascendente. Así a las cumbres opulentas de oro llegan a veces para atenuar su materialidad vaguedades de aromas en que expresan su misterio los valles profundos.

MANUEL GÁLVEZ.



“Don Segundo Sombra”

(FRAGMENTO)

PENSÉ en Don Segundo Sombra, que en su paso por mi pueblo me llevó tras él, como podría haber llevado un abrojo de los cercos prendido en el chiripá.

Cinco años habían pasado sin que nos separáramos un solo día durante nuestra penosa vida de reseros. Cinco

años de esos que hacen de un chico un gaucho, cuando se ha tenido la suerte de vivirlos al lado de un hombre como el que yo llamaba mi padrino.

Él fué quien me guió pacientemente hacia todos los conocimientos del hombre de la pampa. Él me enseñó los saberes del resero, las artimañas del domador, el manejo del lazo y las boleadoras, la difícil ciencia de formar un buen caballo para el aparte y las pechadas, el entablar una tropilla y hacerla parar a mano en el campo, hasta poder agarrar los animales donde y como quisiera.

Viéndolo me hice listo para la preparación de lonjas y tientos, con los que luego hacía mi bozales, riendas, cinchones, encimeras, así para ingerir lazos y colocar argollas y presillas.

Me volví médico de mi tropilla, bajo su vigilancia, y fui baquiano para curar el mal del vaso dando vuelta la pisada, el moquillo con la medida del perro, la renguera de arriba atando una cerda de la cola en la pata sana, los hormigueos con una chaira caliente, los nacidos, cerda brava y otros males, de diferentes modos.

También por él supe de la vida la resistencia y la entereza en la lucha, el fatalismo en aceptar sin rezongos lo sucedido, la fuerza moral ante las aventuras sentimentales, la prudencia ante los forasteros, la fe en los amigos.

Y hasta para divertirme tuve en él un maestro, pues no de otra parte me vinieron mis floreos en la guitarra y mis mudanzas en el zapateo.

Pero todo esto no era sino un resplandorcito de sus conocimientos y mi admiración tenía donde renovarse a diario.

¡Cuánto había andado ese hombre!

En todos los pagos tenía amigos, que lo querían y respetaban aunque poco tiempo paraba en un punto. Su ascen-

diente sobre los paisanos era tal que una palabra podía arreglar el asunto más embrollado.

Su popularidad, empero, lejos de servirle, parecía fatigarlo después de un tiempo.

—Yo no me puedo quedar mucho en ninguna estancia —decía— porque en seguida estoy queriendo mandar más que los patrones...

¡Qué caudillo de montonera hubiera sido Don Segundo Sombra!

Pero, sobre todo y contra todo, Don Segundo quería su libertad. Era un espíritu anárquico y solitario, a quien la sociedad continuada de los hombres concluía por infligir un invariable cansancio.

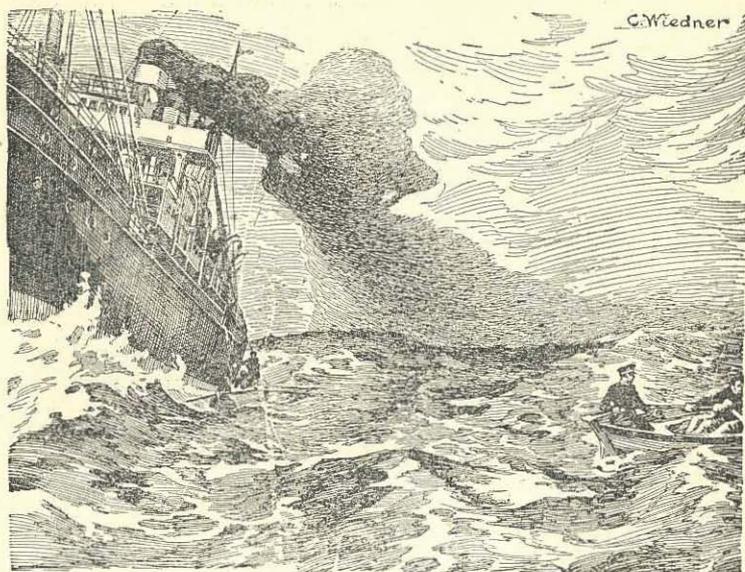
Una virtud de mi protector me fué revelada en la tranquila plática del fogón.

Don Segundo Sombra era un admirable contador de cuentos, y su fama de narrador daba nuevos prestigios a su ya admirada figura.

Sus relatos introdujeron un cambio radical en mi vida. Seguía yo de día siendo un paisanito corajudo y levantisco, sin temores ante los riesgos del trabajo; pero la noche se poblaba para mí de figuras extrañas, y una luz mala, una sombra, un grito, me traían a la imaginación escenas de embrujados por magias negras o magias blancas.

Mi fantasía empezó así a trabajar, animada por una fuerza nueva, y mi pensamiento mezcló una alegría a las vastas meditaciones, nacidas de la pampa.

RICARDO GÜIRALDES



Visiones del Mar Austral.

La Isla de los Estados.

AUNQUE tranquilizándose poco a poco, las olas del estrecho jugaron con el barco, haciéndolo bailar un buen rato, pero todo anduvo bien y no tardamos en ver de cerca la silueta espantable de la isla.

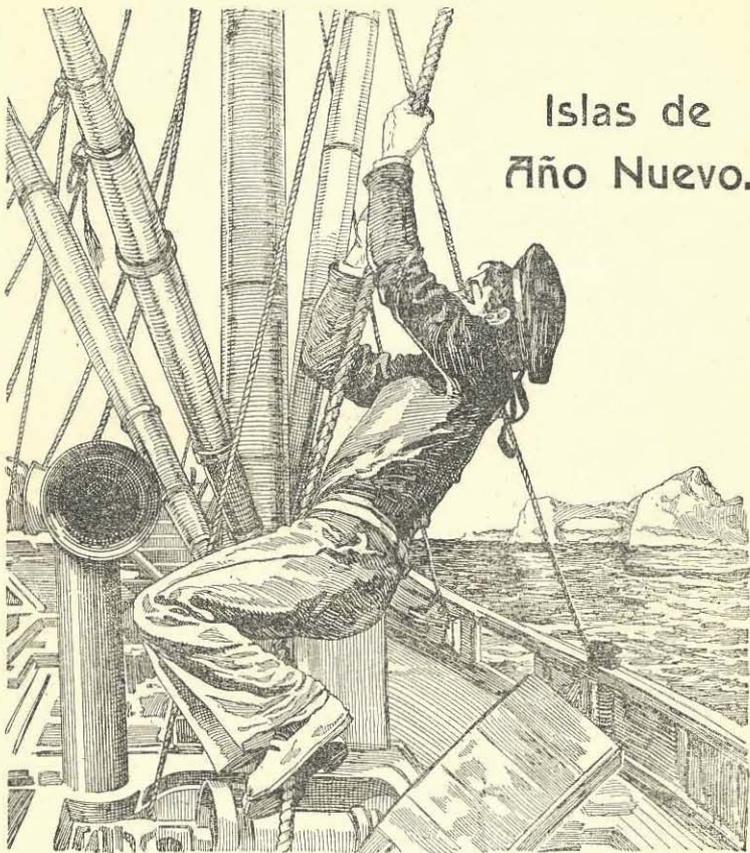
Diríase que era la fantástica decoración de un drama sobrenatural cuyos protagonistas fueran los elementos desencadenados por la mano de un Prometeo en pugna con los dioses. Las nubes se enredaban haciéndose jirones en los

picos agudos, bajaban a las peñas, colmaban las hondonadas, acudiendo de todos los rincones del horizonte para posarse como gigantescos pájaros cansados en aquel enorme escollo rodeado por los espumarajos de la rompiente y el hervidero de los remolinos.

Nada más salvaje que aquella costa inhospitalaria vista desde lejos: acantilados, peñas a pico, rocas que avanzan desde lo alto hacia el mar, prontas a descuajarse; y ni una playa, ni un punto a que pueda acercarse un bote sin peligro de ser estrellado contra las piedras, como una cáscara de nuez, por las olas que se levantan muchos metros para caer pulverizadas en amarga lluvia, sobre las otras que vienen furiosas detrás a continuar el incansable asalto. Pero para vencerla tendrá que desmenuzarla, partícula por partícula, en una tarea de siglos que él sólo puede realizar...

De cerca, la vista se sorprende al hallar que lo que parecía roca desnuda, es intrincada selva que trepa por todos lados, agarrándose a las aristas de la piedra, aprovechando las hendiduras, las grietas, los pequeños espacios abrigados, o adaptándose a las exigencias del viento en los sitios descubiertos, y estirando sus ramas de modo que resbale sobre ellas sin desgajarlas.

La Isla de los Estados se halla poblada por la misma vegetación de Tierra del Fuego: árboles, arbustos, hierbas y parásitos son completamente análogos, hasta el punto de hacer creer que un ataque violento del océano, o una serie de ataques conducidos por los invencibles vientos del sur, se ha abierto un paso por lo que antes era el extremo de la gran isla fueguina.



Islas de Año Nuevo.

HABÍAMOS salido del estrecho de Lemaire, y navegábamos a la vista de las islas de Año Nuevo, bajas y cubiertas de espesa hierba. Carecen de árboles, aunque las semillas puedan llegar con mucha facilidad desde la vecina costa, sin duda por la violencia del viento que las barre continuamente.

Una de ellas presenta cierta curiosidad natural que aprovechan los bromistas: en una de sus costas más elevadas hay un agujero circular que la atraviesa de parte a parte, y que los navegantes suelen mostrar a los viajeros cándidos diciéndoles que ha sido hecho a cañonazos por uno de nuestros buques de guerra que tiraba al blanco desde corta distancia. El agujero tiene como dos kilómetros de largo...

Están situadas al Norte del centro de la de los Estados, y ofrecen un magnífico asiento para un faro, cuya luz se vería mucho antes de llegar a los parajes verdaderamente peligrosos que de todos lados rodean a la isla principal.

Pasamos entre ellas, acercándonos más a la costa, que seguía presentando el aspecto de un erizamiento de rocas inaccesibles, embatidas por el mar, ceñidas por ancho cinturón de verdes árboles y coronadas por una diadema de agudos picos envuelta en el tul de las nubes.

El océano se había calmado por completo, y navegábamos tranquilamente, a la vista ya de puerto Cook y en demanda del siempre proceloso cabo Fourneaux. Pero la rompiente mantenía su línea de blancas espumas en las rocas de la costa, y el tide-rip alzaba su columna aquí y allá, al capricho de la marea y de las corrientes.

También veíamos el viento pulverizando las aguas de la superficie del océano e imitando las tormentas de tierra de la provincia de Buenos Aires...

(De "La Australia Argentina".

Campamento de lobos.

UNA roque-
ría!
— ¡Esta-
mos tan
lejos!

— ¡Con un ante-
ojo, con un anteojol!

Nos hallábamos
frente a una roque-
ría o campamento
de lobos-leones o
focas de un pelo.

Pero por más que me desojara mirando con el antejojo, no alcancé a ver sino una roca plana como una mesa que descendía en suave declive hacia el mar, y sobre la cual apenas se distinguían algunos bultos oscuros, inmóviles, semejando excrecencias de las piedras. De vez en cuando llegaba hasta nosotros un rumor confuso como de bramidos de animales vacunos sedientos.

Era la primera vez que veía focas, si aquello era ver...

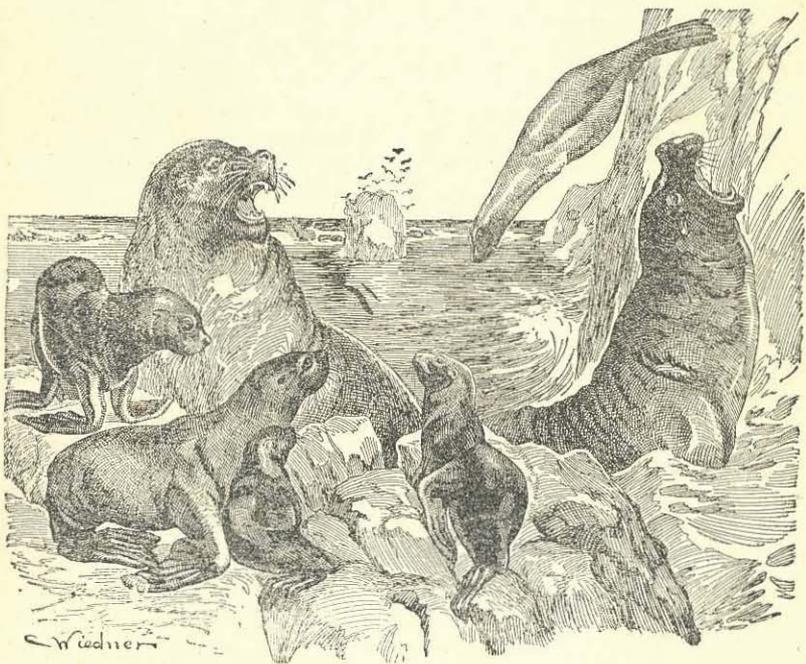
Pero ya podía hacer gala de conocerlas y de haberlas sorprendido en su guaridas, aunque necesitara buscar informes para no describirlas mal y hacer lo del mono de Pireo. Afortunadamente, más tarde iba a tener ocasión de examinarlas más de cerca. Dejamos atrás la roquería y no tardamos en llegar a la altura del cabo Fourneaux, un promon-



torio abrupto, de rocas altas y desnudas, azotado por enormes olas, rodeado de tide-rips movibles, que alcanzan a tres millas, y de cuyas puntas bajan violentas y repentinas rachas, que silban como terribles latigazos. Un instante después se presentaba a nuestra vista la Punta Laserre y la casucha del faro, oculto como un pirata en la concavidad que forman los cabos Fourneaux y San Juan.

ROBERTO J. PAYRÓ

(De «La Australia Argentina»).





INDICE GENERAL

	<u>Pág.</u>		<u>Pág.</u>
Prólogo.....	3	El árbol.....	73
Los libros.....	7	La yerra en las cumbres.....	74
Cantos de las Provincias Uni- das.....	9	Cartas de don Manuel de Ro- sas a sus padres.....	77
La carreta.....	14	La maestra rural.....	79
El pequeño payaguá.....	16	Los climas.....	81
El indio.....	19	La casa.....	85
Las fuentes del calor.....	21	El beso de Manuelita Rosas.....	89
Los insectos.....	23	Nostalgia africana.....	91
Los animales-plantas.....	26	Los sabios en América. — 2.º Humboldt.....	92
Cervantes.....	28	La mujer americana.....	95
Gabriela Mistral.....	32	La conquista de Méjico.....	97
Marina.....	34	La siembra en el valle Cal- chaquí.....	98
Sebastián Gaboto.....	36	Caupolicán.....	101
La vidalita de las montañas.....	37	El hermano del Himno Nacio- nal.....	102
La caza de vicuñas.....	40	El canal de Panamá.....	105
El maestro suizo.....	43	La trilla.....	107
El vendedor de naranjas.....	45	Anita Garibaldi.....	110
El canal de Suez.....	47	La casa derribada.....	113
Martín Fierro.....	50	El gobierno de Rosas.....	115
A Buenos Aires.....	53	Las mulas.....	117
El agua.....	55	El cóndor que no quiso hablar. (Fábula).....	120
Juan Ortiz de Zárate.....	57	« Amalia ».....	123
Los sabios en América. — 1.º Félix de Azara.....	61	Sarmiento.....	126
El romance del petróleo.....	64	Miguel Angel.....	127
La casa del mar.....	67		
El niño de la selva. — 1.º El cachorro de hombre.....	69		

	<u>Pág.</u>
Un capitán del mar.....	130
Los galeones.....	133
Los sabios en América.—Darwin.....	135
El mago de las plantas.....	139
A un río.....	142
La muerte de Warden.—En la semana de la Templanza	144
Las víboras venenosas del Norte	148
La Salamanca.....	153
El soldadito de 1806.....	155
La canción de Rolando.....	162
Canto a la Argentina.....	165
El niño de la selva.—(Continuación).—2.º La Peña del Consejo.....	169
El padre de los indios.....	172
Don Quijote.....	174
El niño de la selva.—(Continuación).—3.º Educación de Mowgli en la selva.....	178
Un fasto solitario.....	181
La negra Carmen.—(Escenas de la vida en los fortines)..	185

	<u>Pág.</u>
El niño de la selva.—(Continuación).—4.º La flor Roja.	
5.º En busca del ser misterioso que se llama hombre.....	190
La oración de la maestra....	196
Echa la simiente.....	198
Diálogo de la Pampa y de la Noche.....	199
El país de los matreros.....	202
Las mieses.....	206
La gloria de Don Ramiro....	208
Labrador.....	211
El chacarero de 1830.....	212
Un educador.....	215
Recuerdos.....	217
La dulce patria.....	220
En el mar.....	222
El solar de la raza.....	223
Don Segundo Sombra.....	226
Visiones del Mar Austral....	229
Islas de Año Nuevo.....	231
Campamento de lobos.....	233



68



CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION
DISTRIBUCION GRATUITA
DIVISION SUMINISTROS

LL
1926
BLO